MUY HISTORIA
Número 41
2012
3,40 €
(Spain only)



DOSSIER

18 GRANDES SOLDADOS
Alejandro, Gengis, El Gran Capitán, Napoleón, Lee, Rommel, Dayan...

www.muyinteresante.es

- Las cualidades del buen general
- Ideólogos de la guerra: de Sun Tzu a Clausewitz
- La tecnociencia entra en combate
- Los militares más incompetentes
- Mujeres al pie del cañón
- Los guerreros de Oriente
- En la sombra: guerrilleros y comandos

Guerreros

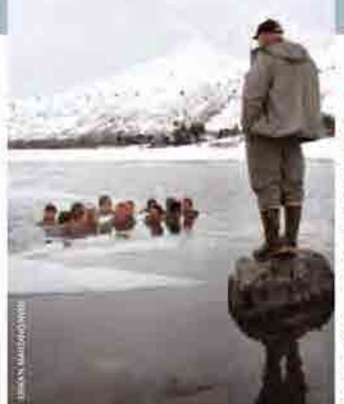
de todos los tiempos

Printed in Spain. Canarias: 3,55 € (sin IVA), incluido transporte
8 414237 001143 00041

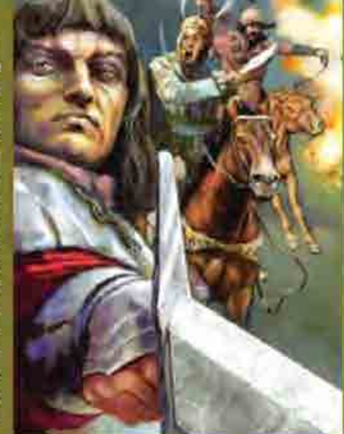
Menos guerreros

Cementerio 117 lo llaman los arqueólogos. Los 59 restos humanos que lo componen son el primer vestigio que tenemos de una batalla mortal. Descubierto en Sudán, data de hace 14.000 años: edad de Piedra. La guerra sería pues anterior a la propia civilización (el soldado surge en las sociedades agrícolas sedentarias del Neolítico, hace 10.000 años). Y aún habrían de pasar decenas de siglos hasta el choque militar más famoso de la antigüedad, la Guerra de Troya (1194 a. C.). Desde entonces la historia de los hombres, nos guste o no, se ha urdido en torno a sus guerras. Y en ellas han destacado los guerreros profesionales, a los que dedicamos este monográfico. Con sus cualidades de liderazgo, valor, astucia, estoicismo, sacrificio; y su lado oscuro, predatorio, cruel y salvaje. Tras las catástrofes de muerte y destrucción que supusieron las dos guerras mundiales del siglo XX, y a pesar de los conflictos localizados que desde entonces estallan en el mundo, parecería que estuviéramos asistiendo a la época más pacífica de la existencia de nuestra especie. Hay pensadores, como Steven Pinker y Ian Morris, convencidos de que vivimos el momento de menor violencia desde que somos humanos. Con sus provocadoras tesis, más históricas que especulativas, creen ver en ello un signo inequívoco de que el progreso moral existe. El viejo sueño de un mundo en paz se habría conseguido, quizás, gracias al horror de 14.000 años de guerras.

José Pardina, director (jpardina@gyj.es). En Twitter: @pepelynx



20 Hasta la muerte. Un buen líder contará con la confianza de su tropa incluso en las condiciones más duras. Izquierda, entrenamiento del Navy SEAL (fuerza de operaciones especiales de la Armada estadounidense) en las gélidas aguas de Alaska.



41 Capitanes intrépidos. A lo largo de la historia, siempre han aparecido líderes carismáticos, como el Gran Capitán, Escipión o Gengis Khan (en la ilustración), que contaron con el fervor incondicional de sus hombres, tanto en la victoria como en la derrota.



28 Pensar la guerra. Siguiendo una máxima de Sun Tzu, autor del *Arte de la Guerra*, Hitler estudiaba el terreno antes de atacarlo, pero al invadir Rusia olvidó otra directriz del estratega chino: "Hay territorios que se deben evitar".

62 De la punta de lanza al tanque. La industria bélica ha impulsado muchos de los avances tecnológicos de la humanidad.



MAYO 2012

EN ESTE NÚMERO:

SECCIONES

Han colaborado en este número:



Rafael Bardají Director de política internacional en la FAES, fundó el Grupo de Estudios Estratégicos.



Juan Antonio Guerrero Haciendo honor a su apellido, este experto en temas bélicos firma el Dossier.



Vanas esperanzas. A principios del siglo XX se llegó a creer que las contiendas europeas estaban obsoletas. Poco después estalló la I Guerra Mundial, la más letal de nuestro continente (en la foto, un monumento a sus caídos en Bad Godesberg, Alemania), destruyendo, de paso, esa vana ilusión.

LIDERAZGO MILITAR

Vencedores y vencidos

Pensamiento estratégico, objetivos claros, dotes de mando, conocimiento de los contextos multinacionales... Los buenos líderes militares poseen todas estas virtudes e incluso extraen de sus derrotas las lecciones necesarias.

Por Rafael L. Bardají





Nos guste o no, la guerra es un fenómeno social tan viejo como la propia humanidad. Los repetidos sueños de una concordia internacional y de la consiguiente paz perpetua se han demostrado, una y otra vez, puras fantasías. Baste recordar el análisis de Norman Angell, publicado en 1909, en el que difundía que la interdependencia económica de los europeos volvía la guerra entre ellos obsoleta. A pesar de resultar ser un *bestseller* para la época y ganarse el Nobel de la Paz, su visión acabó destrozada por la I Guerra Mundial, la más destructiva que ha conocido nuestro continente; igualmente, en 1989 el reputado analista americano Francis Fukuyama publicaba su archiconocido artículo *El final de la Historia*, donde avanzaba el triunfo del liberalismo y el arranque de una nueva era para el mundo. Desgraciadamente, la caída de la URSS no trajo el final de la guerra tampoco, como muy pronto descubrirían los aliados tras la invasión de Kuwait por Saddam o los mismos europeos con la guerra civil en Yugoslavia.

Nos guste o no, la guerra, entendida como patología, instrumento de los gobiernos o fracaso del sistema mundial, va a estar con nosotros y nada lleva a pensar que vaya a desaparecer. Sólo por eso ya merece estudios serios y análisis. La historia no se repite, pero los humanos tendemos a reproducir los mismos errores, por lo que conocer los aciertos y fracasos de nuestros antepasados, remotos y cercanos, las decisiones apropiadas o equivocadas que nuestros líderes adoptaron frente a determinadas circunstancias, es de vital importancia. De hecho, es la única guía con la que contamos para adentrarnos en el futuro.

En las guerras hay vencedores y vencidos. Y, normalmente, la victoria es el producto de algunos factores determinantes. Unas veces se achaca a la capacidad industrial, como cuando los EE. UU. eran capaces de fabricar más de 90.000 cazas y bombarderos al año, más del doble de la producción alemana a principios de los 40; otras veces, a la superioridad numérica, como en el caso de las fuerzas persas en las Termópilas frente a los 300 de Leónidas; también, al genio militar, como las conquistas de Gengis Kahn; e incluso en ocasiones a la sorpresa, como durante la guerra de los Seis Días en Oriente Medio. En su reverso, la derrota suele explicarse a menudo por pura incompetencia militar. La controvertida figura del general Custer y su muerte junto a sus hombres del 7º de Caballería en la batalla de Little Big Horn es un buen ejemplo.

El papel de un buen general. De ahí tal vez la fascinación por los personajes y líderes militares de todos los tiempos. Ahora bien, aunque la naturaleza de la guerra no ha cambiado en su esencia, la decisión para autorizarla, la forma de conducirla, los medios para llevarla adelante y la legitimidad tanto de sus objetivos como de sus acciones, sí. Y eso vuelve más complejo explicar y comprender el papel y el peso de liderazgo militar en nuestros días, esencialmente en una sociedad post-heroica y post-militar, como son las democracias liberales avanzadas, particularmente las europeas. Por poner un ejemplo para que se me entienda: el general Guderian, con su claro liderazgo tecnológico y su visión operacional, fue el indiscutible líder de la guerra mecanizada moderna y del concepto de la "guerra relámpago". Sus ideas le valieron a la Alemania nazi una rápida y aplastante victoria en la Europa occidental. Pero su liderazgo, junto con el de muchos otros, como el del general Rommel –el famoso Zorro del desierto–, no condujo a la victoria, sino a la aplastante derrota de Hitler. No por su falta de preparación, sino por el hecho de que hoy las guerras las deciden los líderes políticos. Unas veces para bien, como la Inglaterra de Churchill o la de Thatcher, otras para mal, como la Alemania de Hitler o el Irak de Saddam Hussein.

No cabe duda, en ningún caso, de que el papel de las personas resulta decisivo. Da igual el nivel, táctico, operacional, estratégico o político. Por eso es muy importante que el liderazgo se alimente, se prepare y se ejerza correctamente. Durante años se pensó que la guerra era un arte y que, por lo tanto, el genio militar era congénito y no aprendido. Sin ser una ciencia, al depender de las pasiones tanto como de la razón, hoy se acepta la idea de que el líder puede nacer, pero que en la mayoría de los casos aprende a serlo. El nudo gordiano, en cualquier caso, es saber identificar cuáles son las cualidades de todo líder. Aún más, si esas virtudes se aplican a la totalidad de los dirigentes en cualquier momento y lugar o si, por el contrario, son contingentes. ▶





Factores decisivos. El resultado de una guerra puede depender de los líderes políticos (arriba, Churchill, Truman y Stalin en la Conferencia de Potsdam, 1945), pero también del factor sorpresa, como en la Guerra de los Seis Días de 1967 (abajo, Moshe Dayan recorre Jerusalén tras la contienda).









Multiusos. Soldados argentinos leen la prensa en Port Stanley durante la Guerra de las Malvinas, en 1982 (1). Los Cascos Azules surgieron en 1948 para supervisar y mantener el cese de hostilidades en áreas de conflicto (2, evacuación de refugiados procedentes de Srebrenica en 1995, en plena Guerra de los Balcanes).

▶ Está claro que no puede haber liderazgo cuando el supuesto líder no sabe lo que quiere. Contar con una visión estratégica, un destino y cómo alcanzarlo, es indispensable. Al fin y al cabo, la acepción clásica de la palabra estrategia define el ejercicio de adecuar los medios a los fines que se pretenden alcanzar. En segundo lugar, hay que tener determinación. No basta con contar con la mejor idea si no se está dispuesto a defenderla. Determinación hasta para arriesgar la vida por un objetivo, como hizo el teniente israelí Zviki Greengold en 1973, manteniendo la posición en los Altos del Golán con un único carro de combate frente al aplastante avance sirio.

Los ejércitos modernos son complejas maquinarias o sistemas organizativos, de ahí que un líder militar actual deba contar con una elevada capacidad de manejo institucional (no confundir con gestión). Debe conocer cómo mantener el buen funcionamiento de un organismo complejo y vivo, muchas veces en circunstancias excepcionales como es el combate. En nuestra época, en la que lo global prima sobre lo específico, la sensibilidad personal para sacrificar los intereses del cuerpo propio en aras de la eficacia de las Fuerzas Armadas es absolutamente vital. Como también lo es la habilidad para entender los contextos multinacionales donde no sólo se cruzan intereses diversos sino que conviven culturas organizativas y estratégicas distintas.

El valor añadido de un armamento complejo. El buen líder militar, por otro lado, siempre ha sabido prestar atención y explotar a su favor las tecnologías puestas a su servicio y ha sabido, en buena medida, anticipar qué sistemas le serían más favorables para vencer a sus enemigos futuros. Hoy, los armamentos puestos a disposición de las fuerzas armadas son más complejos pero, sobre todo, lentos de producir, con un ciclo de concepción, diseño, fabricación y entrada en servicio de muchos años. Y cada día son más caros, lo que significa que las decisiones presupuestarias se confunden al final con las estratégicas, puesto que afectará a la distribución de los recursos y a la propia estructura de fuerzas durante varias décadas. En ese sentido, una buena comprensión del impacto tecnológico se ha vuelto una cualidad imprescindible para el mando.

En fin, la militar no es una profesión como otra cualquiera. A un soldado se le exige matar y morir por una causa abstracta, la defensa de los intereses nacionales. Esa es su esencia, porque es lo que va a tener que hacer llegado el caso. La guerra es un acontecimiento excepcional, de ruptura de la lógica normal, pero tiene sus leyes y reglas. No hay guerra sin violencia, destrucción y muerte. Y aunque sean los hombres y mujeres en uniforme los más interesados en que se mantenga la paz, la esencia y naturaleza del conflicto exige que su formación y preparación también tengan que ser especiales. Los lazos y la confianza mutua que deben desarrollarse entre compañeros de un pelotón, como la lealtad, la disciplina y el respeto a la autoridad de sus oficiales, no son obligatorias para el desempeño de otras profesiones. Mientras que para lo militar representan valores vitales. Por eso, aunque hay muchas personas y responsables políticos que creen que los militares cuanto más *civilizados* en su

Un buen líder militar puede nacer, pero hoy la idea más extendida afirma que en la mayoría de los casos es producto del aprendizaje



Innovaciones bélicas. Los ejércitos dependen hoy mucho más de la tecnología (arriba, un caza Tomcat de EE. UU. sobrevuela un campo petrolífero iraquí en llamas en la Guerra del Golfo de 1991).

formación, mejor, les están haciendo un flaco favor tanto a los miembros de los ejércitos, como a la seguridad y defensa nacionales. Dicho más brutalmente: un licenciado o doctor en filosofía o historia puede convertirse en un gran soldado si así lo quiere, pero para ser un buen soldado no es necesario un título universitario. Aunque otra cosa distinta sería que se convalidaran enseñanzas de las academias militares con las escuelas universitarias. Cada cual debe saber hacer bien lo que tiene que hacer y, hoy por hoy, lo que deben hacer los ejércitos no se enseña en las universidades.

Formados en la paz y forjados en la guerra. Este es un mal muy extendido en el mundo occidental. En España, además, cabe añadir otro problema: el déficit histórico, estructural, de pensamiento estratégico. Y sin pensamiento estratégico no puede haber grandes líderes militares. Como tampoco puede haberlos si las fuerzas armadas no pasan a la acción de cuando en cuando. ¿Cómo probar teorías y conceptos? ¿Cómo adecuar las tácticas? ¿Cómo experimentar y extraer las enseñanzas oportunas si no hay actividad? Todos los grandes líderes militares que conocemos y admiramos se formaron en tiempo de paz y se curtieron en exitosas campañas. Y, cuando fueron derrotados en el campo de batalla, supieron extraer las lecciones necesarias para evitar futuros errores. Los ejércitos que no combaten durante mucho tiempo acaban por debilitarse, empezando por el liderazgo. Con entrenamientos y simulaciones no se sustituye la realidad.

Es preciso asegurarse de que en tiempos de paz las fuerzas armadas cuenten con los medios, la formación y los valores adecuados para, si la necesidad surge, permitir que ese indispensable liderazgo florezca incluso en las peores condiciones. Antes he dicho que lleva años disponer de un sistema de armas. Pues muchos más lleva contar con buenos profesionales de la milicia. Los ejércitos son en la paz el invernadero donde cuidar de quienes se desarrollarán como auténticos líderes en la guerra. Pero como todo invernadero, el producto está en función del amor, la devoción y la dedicación que se les presta. Y eso, a la postre, significa dinero. No hay nada mejor para medir la ambición de un país que medir su esfuerzo presupuestario en defensa. El genio de unos pocos puede cubrir ciertas carencias durante algún tiempo, pero no puede obrar milagros todo el tiempo. ▪

ENTREVISTA CON

CARLOS BLANCO ESCOLÁ

"La táctica ejecuta lo que la estrategia concibe"

El coronel Carlos Blanco siguió la tradición familiar, pero su devoción por los temas militares es profundamente vocacional. Historiador, escritor y experto en la Guerra Civil española, admira a estrategas como Julio César, Napoleón y Montgomery. Por Fernando Cohnen



El tratadista militar prusiano Carl von Clausewitz (1780-1831) señala que la estrategia es la teoría del empleo de los combates para el fin de la guerra y la táctica es la teoría del empleo de las tropas en los combates. La estrategia abarca el teatro de operaciones, mientras que la táctica se ciñe solamente al campo de batalla. O dicho de forma más sucinta: la táctica ejecuta lo que la estrategia concibe.

¿Qué ha aportado el pensamiento de Sun Tzu al arte de la guerra?

Fue un general y tratadista chino del siglo VI a. C. que sigue teniendo influencia hoy día. Con aportaciones propias y otras recogidas de militares de su época, Sun Tzu elaboró un tratado en el que afirmaba que todo buen general debe tener en cuenta cinco factores fundamentales. El primero es la influencia moral, muy necesaria para que el pueblo esté en armonía con sus dirigentes y los siga sin dudar a la lucha. Los dos siguientes tienen que ver con el estudio del clima y del terreno, para que la operación militar se ajuste a ellos. La cuestión del mando debe basarse en la sabiduría, la equidad, la humanidad, el coraje y la severidad. Finalmente, el tema de la doctrina debe contemplar, sobre todo, la organización del ejército. Y añade: todo el arte de la guerra está basado en el engaño, en el empleo de la sorpresa y en el mantenimiento de la propia libertad de acción.

Entre los grandes generales de la antigüedad destacan claramente Alejandro Magno, Aníbal y Julio César. ¿Quién cree que debe ser considerado el número uno de este trío de ases?

La elección es difícil pues se trata de tres jefes militares cuya ejecutoria merece el máximo respeto. Pero puestos a elegir, creo que me decantaría por Julio César (101-44 a. C.), porque me parece el más completo de los tres. Era un hombre de gran personalidad y confianza en sí mismo y muy identificado con el sistema legionario romano. César desarrolló sus actividades militares en dos conflictos bien diferentes: la conquista de las Galias y la Guerra Civil. En el primero dejó de manifiesto sus dotes de estratega al operar en un teatro exageradamente amplio para las escasas tropas que mandaba. Supo repartir convenientemente sus fuerzas en todo momento. En el plano táctico se distinguió por la rapidez con que concebía sus planes y los ejecutaba.

¿Cómo se comportaba César en el campo de batalla?

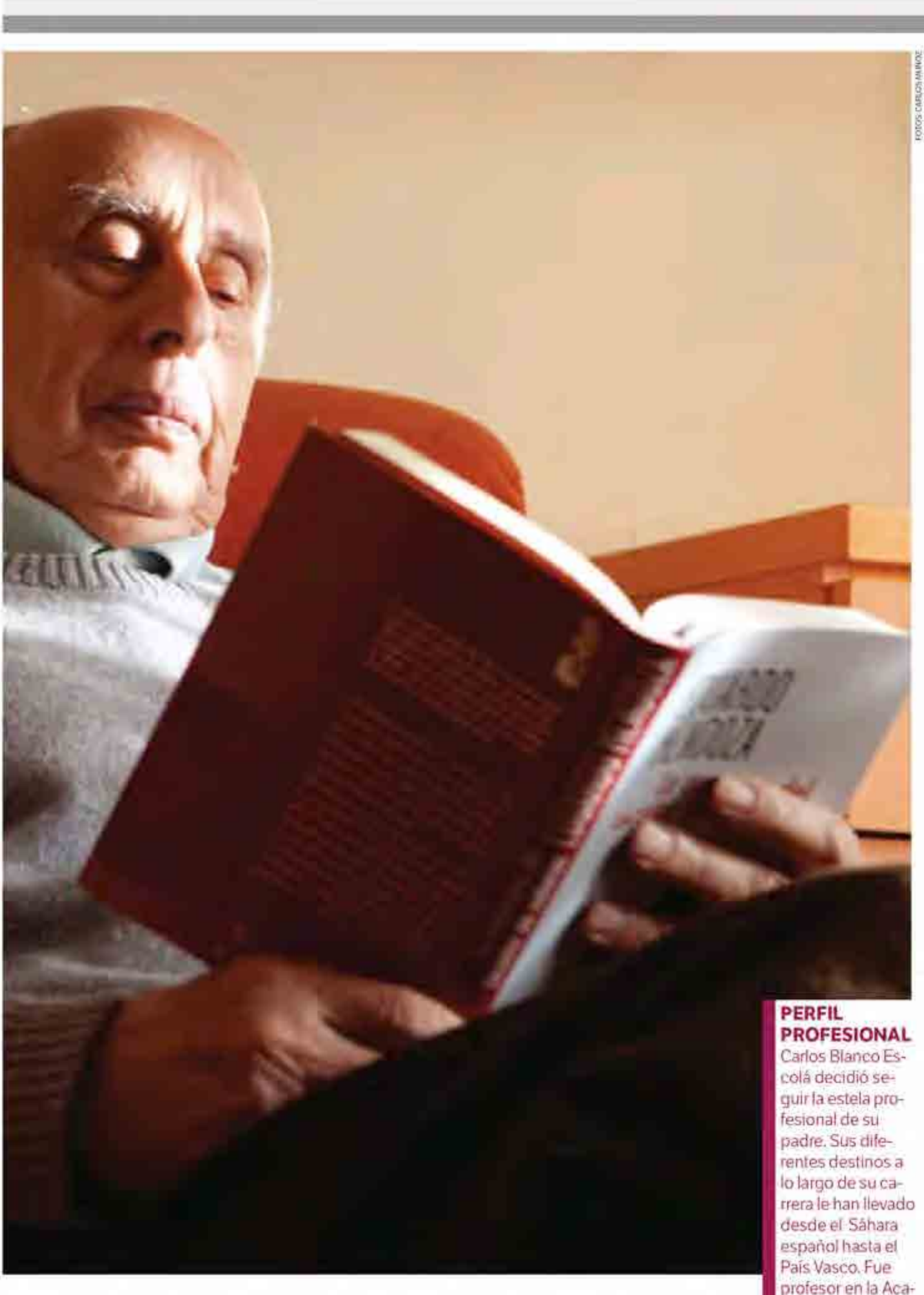
En el combate exhibía una actividad increíble, acudiendo a las zonas que exigían su presencia para resolver cualquier problema. En el relato de la guerra de las Galias, hablando de sí mismo en tercera persona, comenta: "Multus in eo proelio Cesar fuit", que significa literalmente: "César fue muchos en aquella batalla". Y es cierto que se multiplicó en esa contienda. Durante la Guerra Civil tuvo que afrontar dificultades todavía mayores. Enfrente tenía un ejército tan poderoso como el suyo comandado por Pompeyo, cuya capacidad como jefe militar era extraordinaria. Pero César terminó venciendo en la batalla de Farsalia gracias a su flexibilidad y rapidez de concepción.

Volviendo a Carl von Clausewitz, ¿cuáles son las claves de su pensamiento militar?

En su obra *De la guerra*, Clausewitz nos dice que las fuerzas morales constituyen la cuestión más importante de la guerra. Vivió la época de la Revolución francesa, que dio lugar a un cambio muy profundo en los ejércitos, comenzando por el galo. Los soldados, siervos y mercenarios del absolutismo se convirtieron en soldados ciudadanos que defendían no ya los intereses del monarca, sino los de la nación. El espíritu democrático que inflamó a las tropas francesas incrementó notablemente sus motivaciones sin necesidad de someterse a una disciplina brutal, como sucedía en el ejército del déspota ilustrado Federico de Prusia. Y ese cambio lo reflejó Clausewitz en su obra.

¿Podría explicarme cuál era su concepto de jefe militar?

Al definirlo, Clausewitz apunta que debe desecharse la errónea creencia de que un bravucón sin inteligencia puede hacer algo brillante en la guerra. Suya es la frase: "Jamás se ha visto un caudillo ilustre de limitados alcances". El jefe no sólo debe ser una persona inteligente, sino además poseer


FOTOS: CARLOS MUÑOZ

una serie de cualidades fundamentales: audacia, golpe de vista y resolución. Porque la guerra, sostiene Clausewitz, es la comarca de la incertidumbre, el predio del azar. Y en ese terreno la inteligencia y la audacia son imprescindibles. El mariscal Montgomery, sin abandonar su fino humor británico, vino a decir lo mismo cuando afirmó que en la guerra sólo una cosa está clara, que no hay nada que esté claro.

Clausewitz vivió la Revolución Francesa y el vertiginoso ascenso del emperador galo. ¿Admiraba las virtudes militares de Napoleón?

Pensaba que era el primer estratega de la historia y que era un gran innovador. Napoleón, en efecto, se distinguió como estratega y creó el principio divisionario por el que se estructuraban las fuerzas en divisiones que avanzarían por el teatro de operaciones siguiendo ejes diferentes hasta confluir en el punto elegido para librar la batalla.

¿Y a quién admiraba Napoleón?

A Julio César. En eso, como en otras cosas, coincido con él.

Antes usted ha mencionado al mariscal Montgomery. ¿Qué opinión le merece este militar británico?

Es seguramente el militar más brillante del siglo XX. Acumuló gran experiencia bélica al participar en las dos guerras mundiales, pero, dada su afición al estudio, alcanzó además una notable preparación teórica. Se le suele recordar por su victoria en el Alamein sobre Rommel en 1942, pero este éxito sólo representa el inicio de su carrera. A finales de 1943, mientras luchaba en Italia contra los alemanes, Churchill le citó en Londres con la misión de analizar el plan elaborado por el Estado Mayor aliado para el desembarco en el norte de Francia. Montgomery advirtió que ese plan contenía graves deficiencias y logró que se modificara atendiendo a sus consideraciones. Tiempo después, el mariscal británico desembarcó en Normandía y mandó las tropas anglocanadienses, a la vez que dirigió el conjunto de las fuerzas de desembarco. A continuación, avanzó con sus tropas hacia el este hasta enlazar con los rusos en 1945.

Hubo militares aliados que criticaron a Montgomery por la desastrosa Operación Market Garden *en Holanda (septiembre de 1944).*

El objetivo de aquella operación aerotransportada, que apoyó Eisenhower y que de haber salido bien habría adelantado el final de la guerra, era tomar una cabeza de puente en Arnhem y otra en Nimega, en los Países Bajos. Pero fracasó debido al mal tiempo, que impidió el apoyo de la aviación, y al error de los servicios de inteligencia, que no se percataron de la presencia de fuerzas armadas alemanas apoyadas por carros de combate, que se estaban preparando para iniciar la contraofensiva en las Ardenas. Montgomery se defendió afirmando que casi había obtenido una victoria, a lo que respondió el príncipe Bernardo de Holanda: "Dios nos libre de muchas victorias de Montgomery como esta". Pero, tal y como les ha ocurrido a otros grandes militares, fue un traspié que en nada emborronó su brillante carrera militar.

En uno de sus libros, Emperadores: los sueños de gloria de tres tiranos, *usted afirma* ▶

PERFIL PROFESIONAL

Carlos Blanco Escolá decidió seguir la estela profesional de su padre. Sus diferentes destinos a lo largo de su carrera le han llevado desde el Sáhara español hasta el País Vasco. Fue profesor en la Academia General Militar de Zaragoza, donde ejerció la docencia durante varios años, impartiendo las asignaturas de Historia Contemporánea de España e Historia Militar.

que en el arranque de la II Guerra Mundial se puso de manifiesto la superioridad alemana sobre los aliados en planteamientos estratégicos.

Lo mismo ocurrió en el ámbito de la táctica, gracias, entre otros factores, a los ensayos que llevó a cabo la aviación alemana en la Guerra Civil española. Con esa ventaja combatieron las fuerzas alemanas hasta bien entrado 1942. Hitler, que evidenció una cultura militar nada desdeñable, sabía que el enfrentamiento bélico debía ser muy corto para evitar un estancamiento que llevase a la guerra de desgaste, lo que propiciaría el rearme de los aliados y la posibilidad de que estos bloqueasen Alemania. Por eso puso en práctica un violento y fulminante ataque (*blitzkrieg*) que acabó con la derrota de Francia en pocas semanas. Pero Hitler nunca fue capaz de explicar adónde pretendía llegar al provocar semejante catástrofe. Es posible que en su cabeza estuviera justificado responder por medio de la fuerza al atropello que sufrió Alemania en Versalles, una vez concluyó la I Guerra Mundial. Sin embargo, Hitler fue mucho más allá, dejando en evidencia su condición de perturbado.

En uno de sus libros usted afirma que el general republicano Vicente Rojo humilló militarmente a Franco.

Con su acertada dirección de operaciones y sus dotes de organizador, Vicente Rojo compensó la superioridad del bando nacionalista, consiguiendo distraer a las fuerzas franquistas y prolongando la Guerra Civil, contra todo pronóstico, durante casi tres años. En las batallas de Brunete (julio de 1937) y Belchite (agosto-septiembre de 1937), Rojo realizó contragolpes estratégicos para atraer a las fuerzas de Franco a esas zonas y alejarlas del frente del norte, donde los militares republicanos se encontraban muy presionados por los nacionalistas. Luego, cuando Franco trató de tomar Madrid a través de Guadalajara, en el frente donde habían fracasado los italianos meses antes, Rojo volvió a efectuar un contragolpe en Teruel (diciembre de 1937), haciendo que el ejército nacionalista abandonara la idea de tomar la capital. El *generalísimo* ganó Teruel. Pero perdió Madrid, que debía haber sido su objetivo principal. Si la hubiera tomado, la guerra habría finalizado mucho antes.

¿Cómo es posible que Franco se tragara el anzuelo una y otra vez?

Montgomery decía que en la guerra hay que procurar hacer bailar al enemigo. Y Vicente Rojo lo hizo con Franco hasta el final. Cuando las fuerzas franquistas llegaron a Levante e intentaron conquistar Sagunto y Valencia, lo que habría sido la puntilla final para la República, Rojo volvió a retar a Franco en el Ebro (julio-noviembre de 1938), un nuevo trapo que lanzó el general republicano y al que el *generalísimo* entró de inmediato.

Teórico y práctico

Este coronel de Caballería y licenciado en Historia amplió sus profundos conocimientos militares a través de las lecturas de grandes tratadistas e historiadores del arte de la guerra, como Sun Tzu, Clausewitz, Liddel Hart y Fuller, entre otros. En uno de sus libros rinde homenaje al general Vicente Rojo, un militar que brilló en la Guerra Civil española y que fue depurado al finalizar la contienda: "Gracias a la generosidad de sus familiares, he podido trabajar en su archivo personal y escribir un libro sobre su concepción de la estrategia y táctica militares.

Mi padre se formó con Vicente Rojo en la Academia de Infantería de Toledo; yo mismo me considero un alumno suyo", subraya Carlos Blanco Escolá. Admirador de grandes guerreros como Julio César, Napoleón y Montgomery, este militar ha publicado artículos en revistas y diarios y es autor de numerosos libros, alguno de los cuales han desatado una fuerte polémica en España, como *La incompetencia militar de Franco*, *General Mola: el ególatra que provocó la Guerra Civil*, *Vicente Rojo, el general que humilló a Franco*, *Las falacias de la Guerra Civil* o *Emperadores: los sueños de gloria de tres tiranos*. Historiadores de gran prestigio internacional, como los ingleses Paul Preston, Antony Beevor y Sebastian Balfour, además del estadounidense Gabriel Jackson, han mencionado en sus obras algunos aspectos de su trabajo y han reconocido las valiosas aportaciones de Blanco Escolá a la historia de la guerra, un terreno en el que se mueve como pez en el agua.



Militar por los cuatro costados. Escritor, historiador militar y coronel de caballería retirado, las publicaciones de Carlos Blanco han gozado de la buena acogida del público, aunque sus obras no están exentas de polémica.

Por lo que usted comentaba anteriormente de Sun Tzu, ¿cree que en las estratagemas de Vicente Rojo hay algo de la doctrina del pensador chino?

Por supuesto. El factor sorpresa, del que tanto habló Sun Tzu, siempre estuvo presente en la estrategia militar de Rojo. El tratadista chino expone: "Donde sea fuerte el enemigo, evítale. Atácale donde no esté preparado. Haz una salida por donde no se te espere".

¿Qué ocurrió con Vicente Rojo una vez concluyó la Guerra Civil española?

Tras la caída de Cataluña, Rojo se exilió varios meses a Francia y luego partió a Buenos Aires. De allí pasó a Bolivia, cuyo gobierno le ofreció un puesto en la Escuela Superior de Guerra. En 1957, el Consejo de Ministros presidido por Franco le concedió a Rojo la autorización para volver a España. Pero poco después de fijar su residencia en Madrid, le procesaron por delito de rebelión militar y le condenaron a cadena perpetua, aunque un indulto le libró de ir a la cárcel. Vivió amargado y sin recuperar su puesto en el ejército hasta su muerte en 1966. ▪

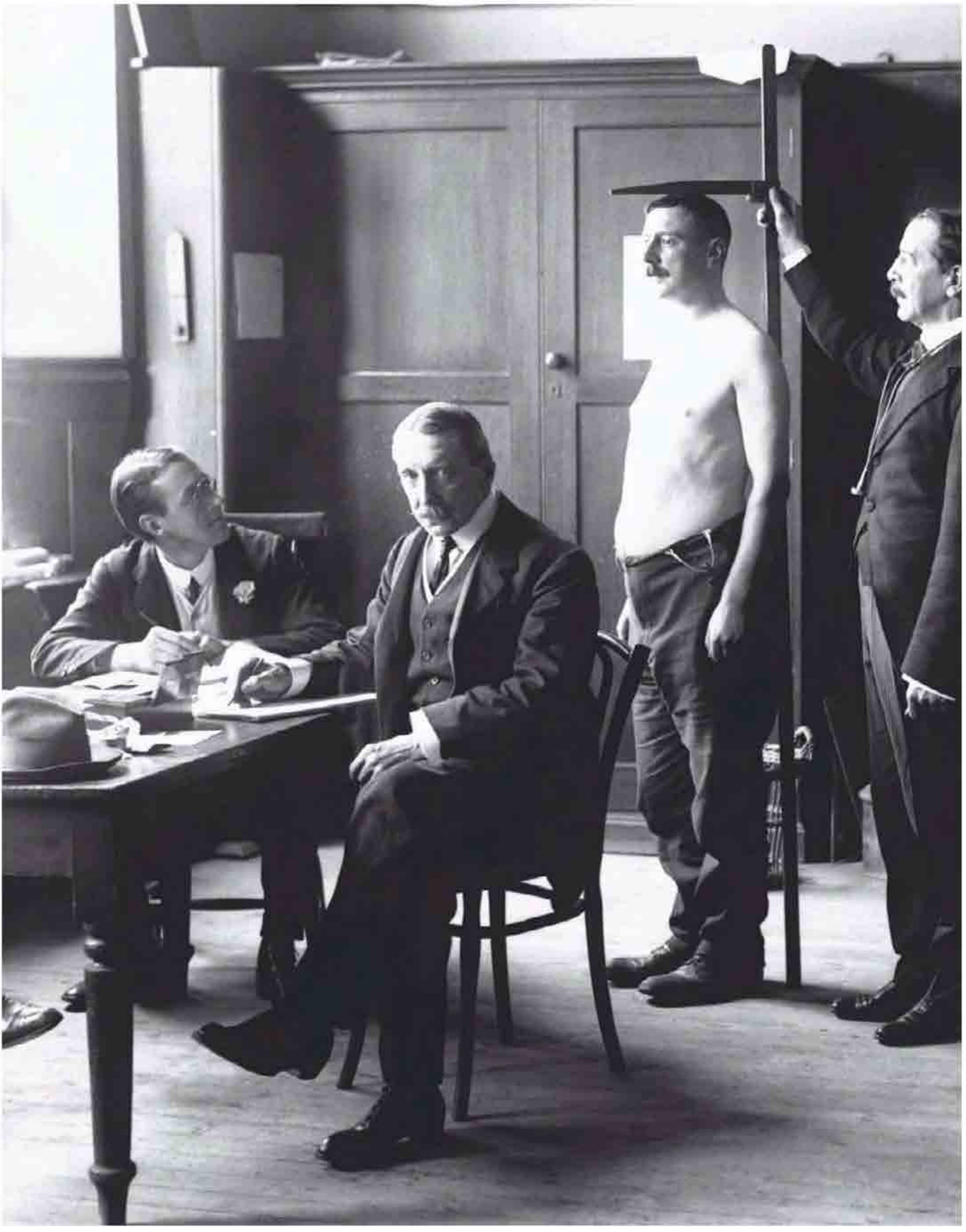


VÍDEO

bit.ly/A3Vmzv

Las tácticas de combate de los dos bandos a lo largo de la Guerra Civil española.







ASÍ SE FORJA UN SOLDADO

Todo por la patria

El alistamiento, la lucha en el campo de batalla, el sabor de la victoria y la derrota... A través de fotografías de la Primera Guerra Mundial, recogemos los momentos clave que marcan la participación del soldado en la contienda.

Por Teresa Pacheco

DAR LA TALLA
Los dos últimos supervivientes de la 1ª Guerra Mundial murieron el año pasado. Ambos, el estadounidense Frank Woodruff Buckles y el británico Claude *Chuckles* Choules, revelaron en sus memorias que mintieron sobre su edad (apenas eran unos niños) para poder alistarse como soldados. Y es que en aquellos primeros días de la guerra se extendió un entusiasmo generalizado y patriótico en ambos bandos que hizo que millones de jóvenes se unieran al ejército (la mayoría pensaba que sería una contienda corta, cuando en realidad se encontraban a las puertas de lo que sería la más cruenta de las guerras conocidas hasta entonces). En la imagen, una oficina de reclutamiento británica durante un control de alistamiento. Horatio Kitchener, el secretario de guerra de entonces, dirigió una campaña de llamada a las armas que atrajo a una riada sin precedentes de voluntarios. Aquel marketing bélico fue reforzado con un mensaje (al fondo, en el cartel) que se haría famosísimo: "El rey y tu país te necesitan".

BAJO EL FUEGO ENEMIGO

"Estos tres días pasados encogidos en la tierra, sin beber ni comer: los quejidos de los heridos (...), las terribles horas que se pasan con la máscara y las gafas en el rostro, ¡los ojos lloran y se escupe sangre!" Este fragmento de una carta enviada por un soldado francés durante la batalla de Verdún, una de las más sangrientas y largas de la I Guerra Mundial, atestigua que la *vida* en las trincheras, aguantando los disparos y bombardeos del enemigo, inhalando gases tóxicos, viendo morir a los compañeros... fue una constante prueba de resistencia humana. Pero el campo de batalla (en esta fotografía, soldados en pleno avance. A la derecha, abajo, la devastación en la batalla de Pilckem Ridge, en Bélgica) no fue el único escenario de esta barbarie bélica. Durante la contienda se usaron por primera vez aviones en misiones de ataque, defensa y reconocimiento (en la imagen, choque en pleno combate aéreo entre un aparato aliado y otro alemán).



AGE



AGE



CORDON PRESS





CARA A CARA CON LA MUERTE Es difícil determinar con precisión el número de bajas totales que hubo en ambos bandos; se calcula que murieron más de 10 millones de soldados y que hubo unos 21 millones de hombres heridos en combate. El 1 de julio de 1916 se produjo la mayor pérdida de vidas en un día; sólo en Somme, en las filas británicas cayeron más de 57.000 militares. Alemania y Rusia registraron la mayor cantidad de soldados muertos: 1.773.700 y 1.700.000, respectivamente. Ningún país llevó una cuenta minuciosa de sus pérdidas civiles, pero se calcula que unos 13 millones de no combatientes fallecieron como consecuencia directa o indirecta de los enfrentamientos. Pero, ¿qué fue de aquellos soldados que consiguieron esquivar a la *parca*? Muchos de ellos padecieron otra forma de morir en vida… La violencia, el horror, el sufrimiento vivido durante aquellos cuatro largos años les marcaría para siempre. En la imagen, supervivientes alemanes atravesando, prisioneros, la ciudad de Ypres (Bélgica), devastada tras los bombardeos.

COMPARTIR LA ALEGRÍA DEL FIN
"Todo el mundo está harto, y a ninguno le queda nada de lo que se conoce como patriotismo.(...) Lo único que quiere todo el mundo es acabar con esto de una vez e irse a casa." Es lo que escribía en 1918 un soldado inglés en una carta dirigida a su familia. Ese momento estaba a punto de llegar... A las 11:00 de la mañana del 11 de noviembre de 1918 se firmó el armisticio que puso fin a la Primera Guerra Mundial. Un estallido de alegría resonó en todo el mundo: las sirenas de las fábricas comenzaron a sonar, miles de personas salieron a la calle haciendo ruido con cacerolas y sartenes (en esta imagen, la celebración en la Plaza Martin de Sydney, Australia) y los principales periódicos sacaron ediciones especiales para anunciar la noticia: *The Great War ends*. La guerra había acabado, los soldados podían por fin regresar a casa con los suyos. Lástima que la esperanza de que el conflicto que acababa de finalizar fuera "la guerra que pusiera fin a todas las guerras" se desvaneciera tan pronto.


GETTY

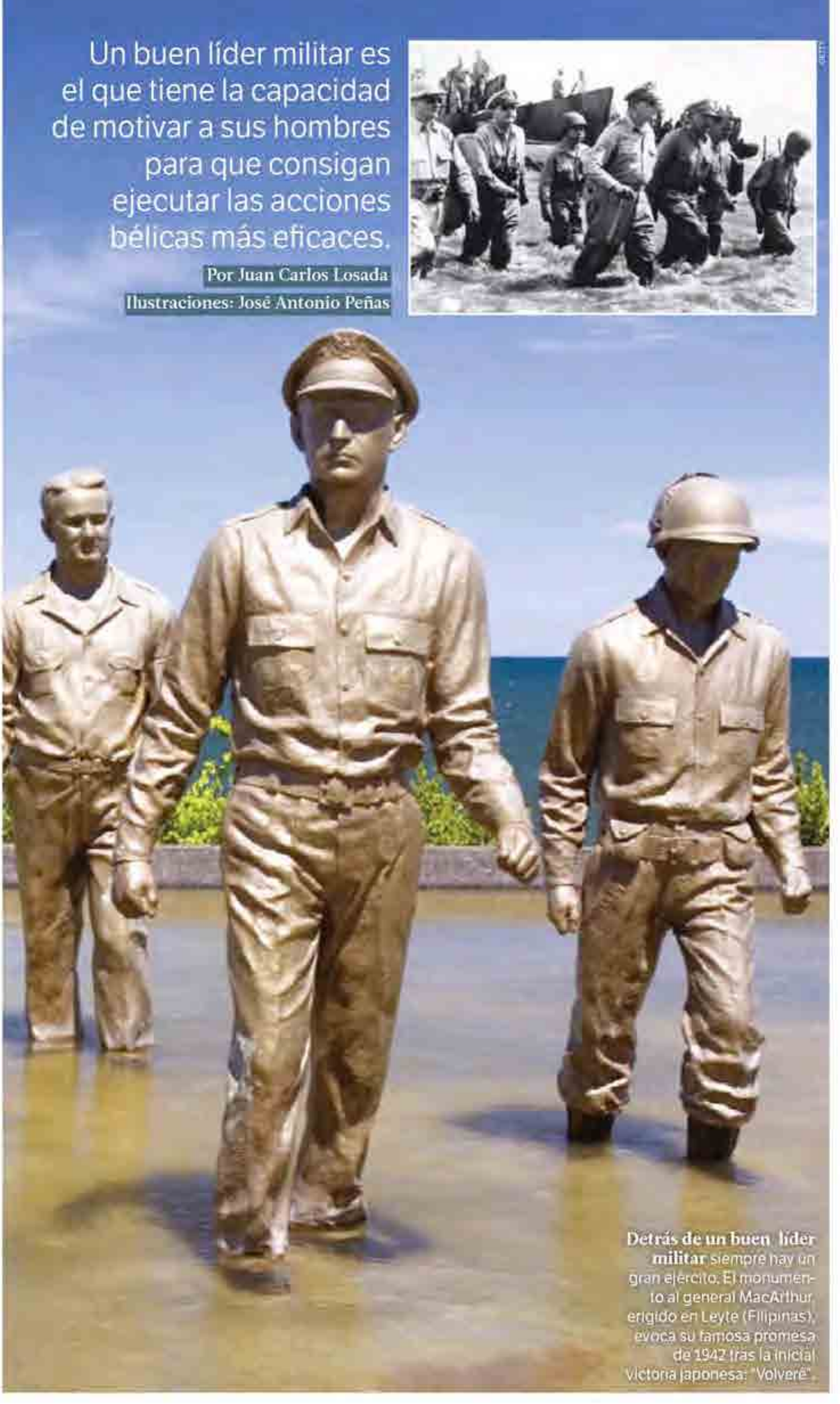


LAS CUALIDADES DE UN BUEN GENERAL

¡Seguidme, valientes!



GETTY



Un buen líder militar es el que tiene la capacidad de motivar a sus hombres para que consigan ejecutar las acciones bélicas más eficaces.

Por Juan Carlos Losada

Ilustraciones: José Antonio Peñas

Detrás de un buen líder militar siempre hay un gran ejército. El monumento al general MacArthur erigido en Leyte (Filipinas), evoca su famosa promesa de 1942 tras la inicial victoria japonesa: "Volveré".

El político francés Talleyrand pronunció una famosa frase que haría historia: "La guerra es asunto demasiado grave para dejarlo en manos de los militares". También es cierto que lo mismo se puede decir a la inversa, lo que lleva a la conclusión de que ambos han de cooperar íntimamente para poder acometerla, dada la complejidad creciente que las guerras han tenido a lo largo de la historia. Por ello no es casualidad que muchas veces los grandes caudillos como Ramsés II, Alejandro Magno, Julio César, Guillermo el Conquistador, Federico el Grande, Napoleón... hayan sido, al tiempo, brillantes políticos y militares, pues como dijo Clausewitz: "La guerra es la continuación de la política por otros medios". Ello significa, simplemente, que los buenos generales y estadistas antes de lanzarse a la lucha han debido de sopesar los pros y los contras y agotar todas las vías diplomáticas y de persuasión posibles. Porque es muy probable que una vez desatadas las hostilidades no haya vuelta atrás y sólo quede la victoria o la derrota.

Diseñar un objetivo preciso. Por ello, como paso previo al combate, el general ha de saber cuál es el objetivo final. No es lo mismo conquistar todo un país, que sólo una parte o una ciudad; obligar a negociar la rendición del enemigo de un modo ventajoso, que exterminarle; imponer simplemente un cambio de dinastía, un tratado comercial o un nuevo régimen político. Son miles los posibles objetivos y a ellos se ha de adecuar el análisis de todas las fuerzas. Primero de las enemigas; saber de cuántos efectivos dispone, de su calidad, de su armamento, de la moral y capacidad de sacrificio de su tropa y población, de su grado de adhesión a sus líderes, de su situación demográfica, de sus vituallas y reservas de agua, municiones, del terreno en el que se va a dar la batalla, etc. Obviamente en este aspecto juega mucho el espionaje o los servicios de información con los que se cuenten. Cuando se llega a esta fase es muy importante no menospreciar al enemigo, ese fue el típico error cometido por las potencias coloniales en África, Asia o América, que creían que los indígenas eran cobardes o incapaces de guerrear ▶





Tácticas de guerra. Arriba, bajorrelieve egipcio del *rey guerrero* Ramsés II, al mando de su ejército en la célebre batalla de Kadesh contra los hititas. A la derecha, el caudillo lusitano Viriato, que lideró con maestría la resistencia frente a la expansión romana en Hispania.

▶ en orden. Hay varios ejemplos: los británicos en Isandhlwana contra los zulúes o en Jartum, los españoles en Annual contra los rifeños, los norteamericanos en Little Big Horn contra los comanches, Pearl Harbor o Vietnam. También Hitler, al invadir con el apoyo de muchos de sus generales la Unión Soviética, demostró que sus prejuicios despectivos contra los eslavos y el comunismo se imponían al sentido común. Todos son ejemplos que evidencian la incompetencia de estos altos mandos, que confundieron el dominio tecnológico con la superioridad militar general.

Las apariencias engañan. La derrota en la batalla de Isandhlwana dio una lección a los generales británicos, que subestimaron el poder militar de los zulúes.

Es importante también que el jefe militar evalúe, lo más fríamente posible, el estado de las fuerzas propias en los mismos términos empleados con el enemigo. Ha de saber estudiar la capacidad para reponer armamento y combatientes, la resistencia a los ataques enemigos, la capacidad de sacrificio de la propia población, etc.

Tener todo bien atado. Prever las posibles evoluciones políticas una vez iniciado el conflicto, como es la incorporación a un bando u otro de terceros países que, al principio, no estaban contemplados, y que podían alterar gravemente el equilibrio de fuerzas y abrir nuevos frentes, es también una tarea que debe dominar un general a la hora de *organizar* la guerra. Este fue precisamente el error, por ejemplo, de Alemania, tanto en la Primera como en la Segunda Guerra Mundial, al no considerar la posible participación bélica de los EE. UU., factor que resultó claramente determinante.

La agilidad para alterar el objetivo final de la victoria (pedir la paz o una tregua, por ejemplo) si aparecen factores imponderables, como epidemias, bruscos fenómenos meteorológicos, cambios súbitos e inesperados en la correlación de fuerzas, etc., que hagan que una previsible y fácil victoria se convierta súbitamente en una empresa imposible es otra de las cualidades importantes que ha de poseer un buen general.

Todo este complejo análisis habrá de llevar a una consecuencia lógica: no se pueden romper hostilidades si no hay una clara superioridad general del bando agresor y, por tanto, un porcentaje muy alto de victoria asegurada. Tampoco sin haber garantizado diplomáticamente la neutralidad de otras potencias o estados que eviten sorpresas desagradables. Parece simple, pero no lo es. De hecho, detrás de cada guerra que se haya saldado con la derrota o la parálisis del bando que la desencadenó (las napoleónicas, las dos mundiales, la de Vietnam, la de Secesión norteamericana, la reciente invasión de Irak, etc.), hay un erróneo cálculo en algunos o en varios de estos presupuestos. De ello se deriva que los grandes caudillos, así como los políticos que dirigen las contiendas, han de haber estudiado un compendio muy alto de materias no sólo estrictamente militares para tratar de reducir al mínimo los errores que, indudablemente, aparecerán. El estudio de los clásicos, de la historia de las guerras, de las novedades tecnológicas y de política, economía y psicología, entre

otras, que se dan hoy en día en las academias militares, va encaminado precisamente a eso. Y es que en una guerra se sabe cómo se entra, pero nunca cómo se sale.

Un buen jefe militar ha de establecer vínculos con sus hombres. Si tiene la osadía de pedir que sus soldados se jueguen la vida, éstos han de percibir unos motivos por lo que vale la pena hacerlo y en la transmisión de esos objetivos está el papel esencial del general. La motivación puede ser meramente económica, como la promesa de botín o de una cuantiosa paga. Pero cuando hay retrasos en esa recompensa, la fe en la promesa que da el jefe de que llegará el dinero es fundamental para evitar deserciones o dejadez. De ahí la importancia de inspirar confianza en los hombres. Sin embargo, la causa económica no ha sido, generalmente, suficiente por sí misma. También han hecho falta gratificaciones personales para que los soldados luchasen. De ahí que se esgrimiese la salvación de sus familias y de sus hogares por parte del enemigo en caso de derrota; la simple apelación al miedo.

La importancia psicológica del liderato. A esta se sumaba, hasta la Edad Moderna, la motivación religiosa. Se luchaba también en nombre de Dios, se moría en nombre de Dios y, si se había sido un buen cristiano y se había combatido con valentía, se iba al cielo con Dios. Todo ejército llevaba cientos de sacerdotes y frailes que se encargaban de celebrabar misas diarias o diversas ceremonias para forjar en la mente del soldado que era un honor luchar por una causa que estaba bendita por su Dios. Ver al general participar en primera fila de esos actos religiosos le identificaba con la tropa. Más tarde, y sustituyendo al motor religioso, apareció la gran motivación política que iniciaron los revolucionarios norteamericanos o los ejércitos de Napoleón: guerrear por una causa, por una nación y unos ciudadanos libres o por unos ideales revolucionarios. De esta manera, el buen general es aquel que ha sabido sembrar una combinación de esas razones en sus hombres (económicas, miedo al enemigo, entusiasmo religioso, patriótico, glorioso, revolucionario...) para lograr un ejército entregado, animado y capaz, por tanto, de arriesgarse a muerte en el combate.

Un general altivo y distante con sus hombres tenía más posibilidades de ser abandonado en el combate

Sin embargo, a lo largo de la historia ha sido necesario que el cabecilla diera un paso más para acercarse a sus hombres. Viriato, César, Aníbal, Alejandro, Napoleón..., compartían con sus guerreros las mismas comidas, las horas al lado del fuego, hablaban con ellos de sus heridas, de sus familias y sus problemas, soportaban idénticas incomodidades en las campañas, el frío o el calor, el hambre y la sed, y a la hora del combate le veían cerca de ellos, compartiendo peligros, lo que despertaba en la tropa lazos de compañerismo junto a la admiración y adoración. De esta manera se establecían vínculos indestructibles entre el líder y la tropa, una cohesión ideológica entre el ejército y su jefe, que le permitía a éste pedir y obtener sacrificios a sus hombres que en otras circunstancias serían imposibles. Establecer y mantener los puentes afectivos con los soldados era un arma muy poderosa, capaz de compensar inferioridades técnicas o numéricas. El resultado era alcanzar el prestigio del jefe como valor supremo del liderazgo. En caso contrario, un general alejado de las penurias de sus hombres que se mostrase distante y altivo tenía más posibilidades de ser abandonado en el combate ante las primeras adversidades. Así pasó en el enfrentamiento entre César y Pompeyo; éste tenía muchos más efectivos, pero el primero mucho más prestigio y capacidad de liderazgo entre sus guerreros.

Disciplina, organización y logística. La motivación que el general debía ser capaz de insuflar en sus tropas había de servir, ante todo, para lograr un ejército entrenado y disciplinado. Las viejas legiones tenían que soportar caminar veinte o treinta kilómetros al día cargadas con su equipo, y luego tener tiempo y energía para montar el campamento. Sin disciplina, entrenamiento físico y militar y organización, ello era imposible. El ejemplo del jefe era ahí decisivo. Debía estar presente y supervisar esas acciones, logrando que los soldados se acostumbrasen al trato duro, aunque nunca llegando a extremos de crueldad que podían volver a los reclutas contra su jefe.

Como en todo régimen disciplinario, debían combinarse castigos y recompensas. Había que administrar ▶

124.000 hombres lucharon a las órdenes de Napoleón durante la campaña de Waterloo (18 de junio de 1815), que supuso la caída definitiva del *pequeño corso.*

Diferencias entre estrategia y táctica

La estrategia militar tiene como fin plantear el plan general de acción para ganar la guerra, teniendo en cuenta todos los aspectos y frentes de la confrontación: político, económico y militar. La estrategia debe contemplar cómo y en qué medida emplear los recursos económicos de la nación, asegurar la movilización de los recursos logísticos globales, gestionar la movilización general de las tropas y prever las reacciones del enemigo para contrarrestar sus movimientos. Es, en definitiva, el estudio global, en el tiempo y en el espacio, del escenario de la confrontación con el objetivo de alcanzar la victoria. La estrategia ha de ocuparse de la dirección de la guerra y de los planes generales de combate, lo que supone el despliegue y disposición de los diferentes cuerpos y armas de los ejércitos en los distintos frentes de guerra.

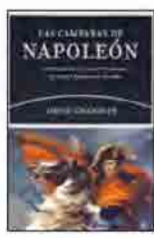
La táctica es la aplicación concreta en el campo de batalla de los planes que ha establecido la estrategia, con el fin de ejecutar con precisión las maniobras que han de permitir vencer sobre el terreno. Lo que la estrategia ha ideado, la táctica lo ejecuta en un escenario determinado, en el tiempo y lugar decididos y considerando factores concretos como la orografía. Podemos decir que la estrategia es el cerebro y la táctica es la mano que la concreta, según las circunstancias. No pueden concebirse aisladas, pues el cerebro sin mano es inoperante y la mano sin cerebro no sabe qué hacer. Un buen jefe militar ha de ser, por tanto, tan buen estratega como táctico virtuoso, aunque raras veces se alcanza la brillantez en ambos terrenos.


El estratega Kutuzov dirigió las tropas rusas contra la invasión napoleónica.

La brillantez de un líder militar debe ser demostrada mucho antes del comienzo de la batalla

LIBRO

Las campañas de Napoleón
David G. Chandler
La Esfera de los libros, 2005. La obra expone la faceta militar de Napoleón: campañas, teorías, táctica y estrategia desde Tolón a Waterloo.





▶ ambos con rigor y selectivamente, y siempre tratando de que fuesen compartidos y comprendidos por el resto de soldados. Los castigos frente a una falta evidente debían ser ejemplares, sobre todo si era traición, robo, cobardía o, por ejemplo, quedarse dormido en las guardias. Esos errores avergonzaban a los compañeros del infractor y el castigo estaba bien visto e incluso pedido por ellos, pues con su comportamiento habían puesto en peligro a todo el ejército y, por supuesto, manchado el prestigio y el honor de la unidad. En esos casos, una sanción ejemplar servía para cohesionar aún más al general con sus hombres. También la indulgencia, el perdón ante algunas faltas, servían para incrementar la adhesión al mandatario. Sobre todo si se dirigía hacia un veterano con buena fama entre los compañeros que había cometido una falta sólo ocasional. Lo mismo sucedía con los premios. Debían de otorgarse con cuidado, si se podía con carácter colectivo y siempre haciendo partícipe al conjunto del ejército del orgullo de ser premiado. Para ello, para saber cómo y en qué medida castigar, perdonar, o premiar, el general debía conocer bien la psicología de sus soldados, sus valores y sus reacciones.



Tratando al César de tú a tú. Además de ser un magnífico estratega, el caudillo romano sabía manejar a su ejército, en el que se integraba como un soldado más.

Cuidar a los suyos. También era muy importante asegurar la logística. Una tropa sometida a dura disciplina y exigida en la lucha debía de estar bien alimentada. No sólo era importante para ser fuerte y poder combatir bien. También se prevenían mejor las enfermedades y se garantizaba una curación de las heridas más rápida. Por ello asegurar los víveres, fuese comprándolos a los lugareños o llevándolos en carros, era imprescindible. De acuerdo con esto, salvaguardar las líneas de abastecimiento, los pozos de agua o almacenes de grano para los hombres y forraje para los animales era fundamental en cualquier campaña militar y objetivo imposible de olvidar para todo general. Son innumerables las derrotas causadas por el hambre o la sed, o el cansancio y la debilidad. El buen líder militar sabía, y sabe, que el espíritu de lucha depende totalmente de estos factores. César y Napoleón, que llevaban consigo enormes ejércitos, eran obsesivos en estos temas y se preocupaban en dejar asegurados en las rutas almacenes de víveres. El *corso* llegó a impulsar el desarrollo de las conservas como medio de solucionar el problema alimenticio, aunque no pudo impedir, por ejemplo, que su ejército fuese masacrado en Rusia precisamente por agotamiento, frío y falta de alimentos. También los alemanes, en un exceso de confianza que les llevó a creer que Moscú caería en semanas, carecieron de ropa de invierno y cuando llegó diciembre de 1941, los efectos del frío fueron catastróficos.

Con una milicia bien entrenada, alimentada, motivada e identificada con su jefe se tenía una máquina bien engrasada, capaz de realizar las mayores acciones bélicas. Por tanto, la brillantez de un general empezaba mucho antes de la batalla; comenzaba en el momento en que se hacía cargo del ejército y debía ponerlo en funcionamiento. Esta tarea previa era más importante, más decisiva, que la batalla o la guerra en sí. Sólo de esta manera se podía aspirar a la victoria compensando inferioridades numéricas o técnicas.

Elegir el campo de operaciones. Todo lo anterior se había de concretar y culminar con una victoria en el campo de batalla. Sin embargo, antes del choque armado estaba la importante cuestión de elegir el terreno apropiado. Hay veces que ello era imposible, como cuando el choque armado tenía el fin de conquistar o defender una ciudad.





Frente a las adversidades. No basta con un único plan para vencer al enemigo, el líder militar debe idear alternativas ante el *ataque* de otros *contrincantes*. Por ejemplo, en la Batalla de Stalingrado (a la izquierda, pintura de la contienda), el frío (arriba, soldados de Hitler en la nieve) fue un rival invencible para las tropas alemanas.

En ese tipo de batallas el terreno es uno: la ciudad. Y la contienda se ciñe a la toma y la defensa del enclave concreto, en donde las armas de sitio o resistencia, las murallas, las empalizadas y trincheras, las minas, las reservas de víveres, etc. juegan un papel central. Obviamente, en este tipo de batallas el jefe debía contar con un eficiente cuerpo de ingenieros que le permitiesen resolver con éxito el asedio de la plaza, fuese como sitiado o sitiador. También era muy importante tener unos buenos espías que le informasen de los puntos débiles del enemigo, y un sistema de comunicaciones capaz de enviar solicitudes de refuerzos a ejércitos aliados lejos del frente pequeño y estático que suponía el cerco de una villa. Sin embargo, el resto de batallas, la mayoría, se llevaban a cabo en campo abierto. Decidir el escenario era y es, entonces, fundamental.

Atacar en el momento oportuno. El general había de decidir qué tipo de paisaje (orografía) se adecuaba más a sus fuerzas. En caso de poseer mejor o mayor caballería (hoy en día estaríamos hablando, por ejemplo, de helicópteros), le interesaban campos abiertos en donde poder aprovechar la fuerza de sus cargas, y las maniobras de persecución. En caso contrario prefería terrenos escarpados o boscosos, en donde sus fuerzas de infantería pudiesen resistir mejor a los jinetes atacantes. Lo mismo sucedía al valorar las fuerzas artilleras de ambos bandos, arqueros, tipo de infantería, arcabuces, picas, aviones, buques de guerra, etc.

Todo este conjunto de material es más eficiente según se adapte a las circunstancias físicas del entorno, y el estratega ha de preocuparse de buscarlas. Es evidente que hay cientos de variables a tener en cuenta para decidir el momento y lugar de la batalla, incluyendo el clima, el cansancio de las tropas o el estado anímico de las mismas. Pero si el general decide que el lugar donde le presenta batalla el adversario no es el oportuno, tie- ▶

VIDEO

bit.ly/HwGaq5
Documental producido por Canal Historia sobre *El Arte de la Guerra*, libro sobre tácticas y estrategias militares escrito por el chino Sun Tzu.



BLOG

losmasgrandes-delahistoria.blogspot.com.es/
Reportajes y videos sobre personajes, muchos de ellos jefes de guerra, que hicieron historia.



No siempre gana el mejor

Las victorias suelen ir dirigidas por grandes generales, pero no siempre sucede así y a veces esos grandes caudillos caen derrotados. Las genialidades de Aníbal o Gustavo Adolfo de Suecia no valían por sí solas para compensar la enorme desproporción de efectivos con el enemigo o la falta de provisiones. En otros momentos, las victorias, aunque ejecutadas con una brillantez destacada, eran a tal precio que el ejército vencedor sufría un gran número de bajas que le imposibilitaba explotar la victoria. Este es el caso de uno de los mejores generales de la Historia, Pirro de Epiro, cuyos muchos triunfos recibieron el nombre de "victorias pírricas". Era tal el número de bajas que sufría ante el enemigo que la victoria, que podía ser un triunfo táctico, se convertía en un enorme desgaste imposible de soportar y, en consecuencia, en una derrota estratégica. La conclusión es que la genialidad de los generales puede decidir las batallas, pero no las guerras. Estas han sido ganadas siempre por quien ha tenido más recursos económicos, materiales y humanos y, por tanto, quien más y mejor ha soportado el desgaste de las guerras. En definitiva, por aquellos que han podido echar más carne en el asador, aunque muchas veces ese bando careciese de genios militares que, a lo mejor, sí tenían los vencidos. Los grandes generales sólo pueden hacer mucho más rápidas y fáciles las victorias propias, y más lentas y costosas las del enemigo. Lo que por desgracia queda en segundo plano es siempre el enorme coste humano, anónimo y masivo que han supuesto siempre las guerras, sea quien sea el vencedor.



Sus victorias pírricas no bastaron para que el rey de Epiro superara a las tropas romanas.

Tomar la decisión de rendirse cuando no hay otra alternativa y la resistencia resulta inútil es de valientes

VIDEO

bit.ly/1xkjOj
Documental sobre el gran genio militar Alejandro Magno, que supo guiar bajo su mando a todas las ciudades griegas contra los persas.



▶ ne dos opciones: rehuir el combate y buscar otro escenario más favorable días más tarde, lo que significará trasladar a su tropa, o aceptarlo tratando de estudiar cómo contrarrestar la ventaja que tuviera el enemigo. Sea la elección una u otra, ésta debe basarse en el conocimiento de todos los elementos previos citados.

Un líder admite consejos. También es muy importante el papel de los consejeros, que el jefe supremo militar cuente con ellos y siga sus recomendaciones (atender los puntos de vista diferentes de otros comandantes). Muchas batallas se han perdido por la obcecación del general en no escuchar los consejos de sus subalternos, sea en sentido osado o conservador. El orgullo desmedido, fruto normalmente de una cadena previa de éxitos (Alejandro, Marco Antonio, Napoleón, Montgomery...) ha sido muy perjudicial en ocasiones, pues en un exceso de seguridad no han visto la posibilidad de derrota. Igualmente, una desmedida prudencia (por ejemplo, la falta de atrevimiento por parte de los japoneses a lanzar una tercera oleada sobre Pearl Harbor) puede minimizar los efectos de las victorias al no explotarlas del todo. El genio del buen comandante radica en saber utilizar los conocimientos o tener esa intuición oportuna sobre qué hacer en el momento adecuado. Qué piezas mover y cómo actuar es parte del arte de la guerra.

Uno de esos momentos determinantes solían ser esos instantes de indecisión que podían darse en medio de la batalla. El minuto en que había tal equilibrio de fuerzas, o de agotamiento, que parecía que todo acabaría en un empate. En ese momento, un pequeño suceso podía hacer decantar la batalla hacia la victoria o la derrota. Que el general en jefe decidiera lanzarse al combate en medio del fragor de la batalla, contando con tener reservas y estandartes, era un golpe de audacia que podía reactivar las energías de los soldados desanimados y provocar, a su vez, la huida del enemigo. Por el contrario, si se medía mal la situación, esa valentía y audacia se podían convertir en abierta irresponsabilidad, lo que provocaría resultados catastróficos.



Poseer la habilidad del engaño. Otro elemento decisivo es contar siempre con el factor sorpresa o con la iniciativa. Los ataques nocturnos, la osadía de Aníbal de cruzar los Alpes con sus fuerzas por puntos inesperados, el ubicar soldados en lugares aparentemente inaccesibles para el enemigo cayendo sobre los romanos por sorpresa, el aparentar debilidad escondiendo fuerzas, o simulando una retirada, son elementos en los que los caudillos que lucharon contra Roma (celtíberos, cartagineses, partos, etc.) fueron maestros. Lo mismo ha sucedido a lo largo de la historia con jefes guerrilleros que han puesto en jaque a ejércitos regulares, por la rapidez, agilidad y desconcierto con el que actuaban. Saber utilizar la sorpresa e improvisación y, a la vez, estar preparado para no caer en ella, en sus trampas, es otra de las características de un genio militar.



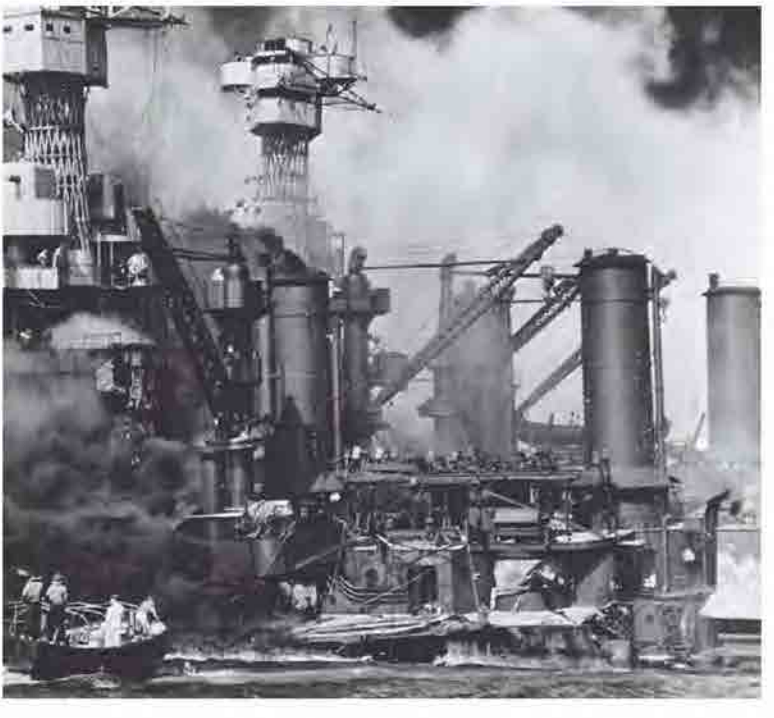
¡A lo bestia! Su osadía en la toma de decisiones, su forma de actuar frente a la lógica y la prudencia, hacen al cartaginés Aníbal uno de los mayores estrategas militares de todos los tiempos.



***Jugar* a hundir la flota.** El *USS Nevada* (en la foto) fue uno de los acorazados americanos que sufrió el ataque sorpresa japonés, ideado por el almirante Isoroku Yamamoto, en Pearl Harbor.

Obviamente, los generales más famosos alcanzan sus laureles en las victorias, pero a un buen jefe militar también se le ve en las derrotas. Cuando por imponderables, o por una superioridad aplastante del enemigo (más hombres, más material, más reservas, etc.), el líder ha de ordenar la retirada, debe hacerlo del modo más eficiente posible, tratando de que su ejército no huya presa del pánico y salvando la mayor parte de vidas y material.

Es el caso del mariscal Rommel, ejemplo de cómo maximizar sus escasos medios haciendo de sus fuerzas en África unidades excelentes que pudieron resistir ante británicos y americanos mucho más tiempo del que otros hubiesen hecho. Lo mismo hicieron otros generales germanos como Hans Speidel en el frente ruso (este general sería luego un alto mando de la OTAN), que retrasaron en lo posible el avance soviético. También fue acertada la retirada de McArthur en Filipinas, viendo que era un sacrificio inútil empeñarse en quedarse en el archipiélago. Dunkerque, en 1940, es un buen ejemplo de una retirada ordenada y útil, que salvó miles de vidas y excelentes soldados que hubiesen sido muy difíciles de reemplazar. Sin embargo, la desordenada retirada de Napoleón en España y, sobre todo, en Rusia, provocaron más bajas que el propio fuego enemigo. Depende de cómo



Una retirada a tiempo... La evacuación de Dunkerque durante la Segunda Guerra Mundial salvó a más de 300.000 soldados aliados de ser capturados por el ejército alemán.

se conduzca una retirada, la derrota puede limitarse a una batalla o extenderse a toda la guerra.

Otra posibilidad es la rendición cuando no hay otra alternativa y la resistencia es inútil o, lo que es lo mismo, no sirve para retrasar el avance enemigo. Así lo comprendieron los mandos belgas, holandeses o daneses en la II Guerra Mundial. Cuando todo está perdido, salvar vidas de civiles y militares ha de convertirse en la principal misión. Incluso aunque se desobedezca a unos cabecillas fanáticos y lejos de la realidad. Así lo comprendieron varios generales alemanes en la II Guerra Mundial, al no seguir las instrucciones suicidas de Hitler. Otros, incapaces de soportar la presión, se suicidaban. Es evidente que es mucho más difícil dirigir una retirada y asumir posibles acusaciones de incompetencia, cobardía o traición, aunque se salven miles de vidas, que optar por la salida fácil del suicidio. Así lo hicieron caudillos de todas las naciones ante derrotas que consideraban humillantes o debidas a su incompetencia. Fueron los casos del español Fernández Silvestre, en medio del desastre de Annual en 1921, o de varios generales japoneses y alemanes a finales de la II Guerra Mundial. Asumir la derrota, renunciar a verter sangre inútilmente, es muchas veces más valiente que lanzarse alocadamente al combate.

El terror como arma

Muchos generales han debido sus éxitos al terror. Desde la antigüedad hasta la Edad Moderna, las masacres de militares y civiles han sido un arma psicológica que se empleó para aterrorizar al enemigo y disuadirle de la resistencia. La rendición se premiaba con la indulgencia y la resistencia con la muerte y la destrucción. Se podían coger rehenes, matar prisioneros, violar, robar..., todo para sembrar el miedo en el contrario. Eran métodos inhumanos que se fueron desterrando a partir del siglo XIX, al establecerse tratados jurídicos internacionales que hacían la guerra *más civilizada*. Sin embargo, ello no ha impedido que en el siglo XX y en lo que llevamos del XXI, el terror siga siendo un arma disuasoria. El desarrollo del armamento químico y biológico de los artefactos nucleares, las guerras de *limpieza étnica* (en la antigua Yugoslavia, por ejemplo) y el terrorismo son fenómenos que han vuelto a poner sobre el tapete el miedo al exterminio. Y es que hoy el factor terror es aún más importante, pues los grandes avances tecnológicos han difuminado mucho la frontera entre el campo de batalla y la retaguardia, entre militares y civiles. Las guerras son cada vez más totales y todos nos hemos convertido en potenciales objetivos militares o en posibles daños colaterales.



Protocolo de actuación ante un ataque con armas de destrucción masiva.



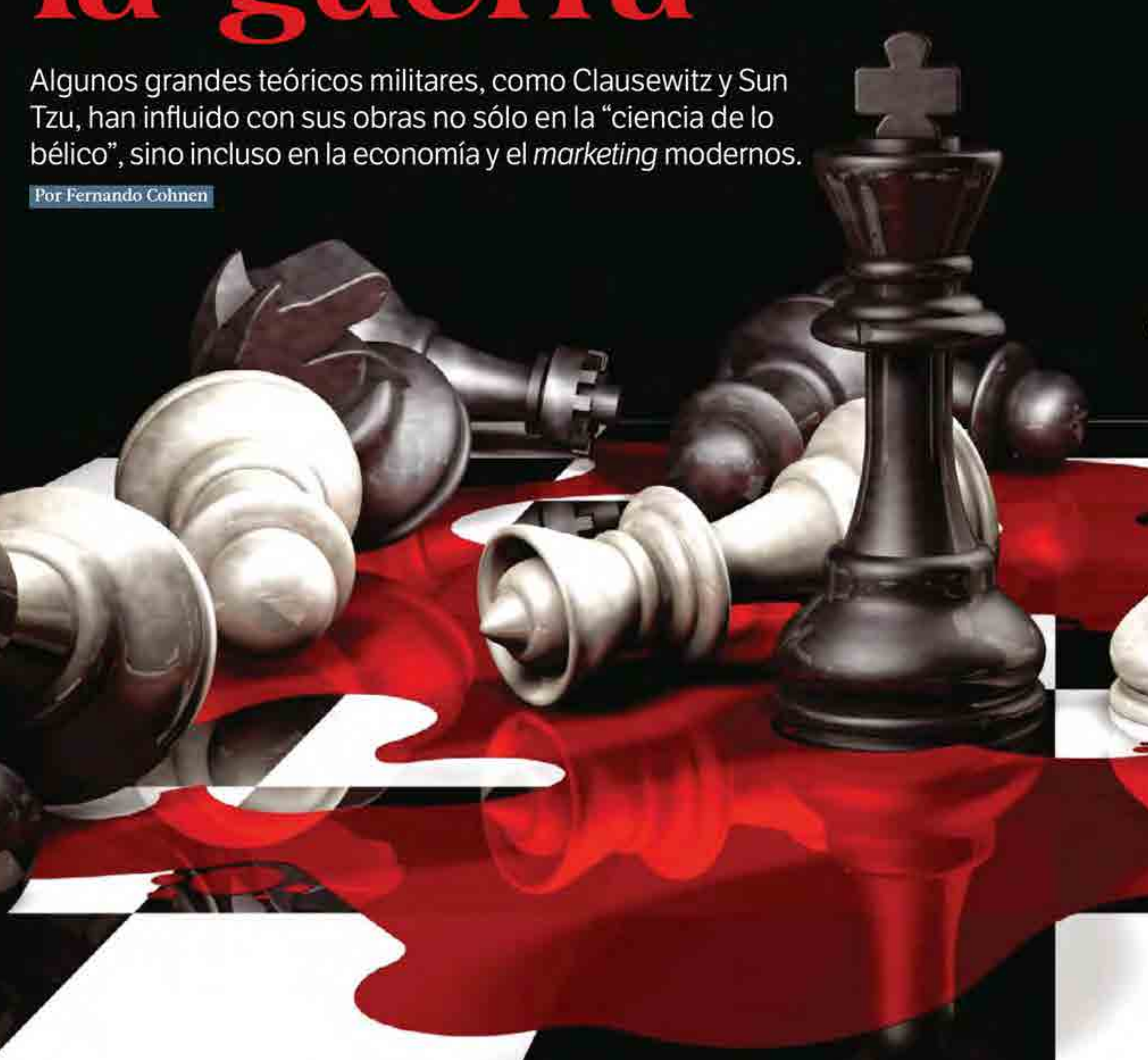
Estar con el líder *a muerte*. La práctica de seguir al amo en la muerte por medio del *seppuku*, o harakiri, es conocida por los samuráis como *oibara*.

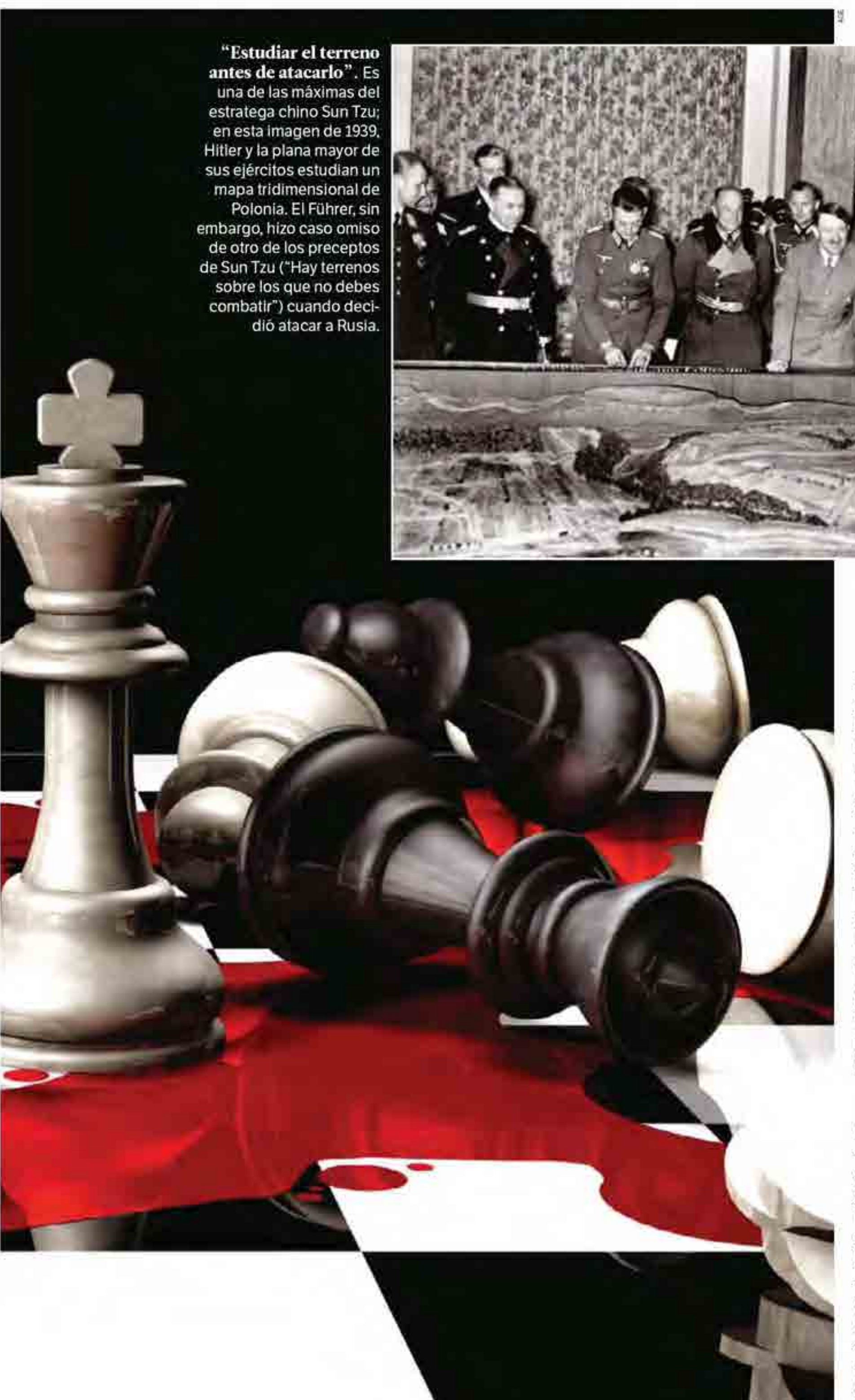
IDEÓLOGOS, ESTRATEGAS Y GENIOS DEL ARTE MILITAR

Pensando la guerra

Algunos grandes teóricos militares, como Clausewitz y Sun Tzu, han influido con sus obras no sólo en la "ciencia de lo bélico", sino incluso en la economía y el *marketing* modernos.

Por Fernando Cohnen





"Estudiar el terreno antes de atacarlo". Es una de las máximas del estratega chino Sun Tzu; en esta imagen de 1939, Hitler y la plana mayor de sus ejércitos estudian un mapa tridimensional de Polonia. El Führer, sin embargo, hizo caso omiso de otro de los preceptos de Sun Tzu ("Hay terrenos sobre los que no debes combatir") cuando decidió atacar a Rusia.

E*l arte de la guerra*, un libro de tácticas militares escrito hacia el año 500 a. C. por el pensador chino Sun Tzu, contiene gran parte de los principios estratégicos que se desarrollaron en siglos posteriores. Entre ellos, atacar al enemigo cuando no está preparado y hacerlo en el lugar donde no te espera. En otoño de 1805, tras desechar la invasión de Inglaterra, Napoleón marchó con sus hombres hacia el Este para combatir a los austriacos y los rusos. Los superó en ingenio y rapidez de movimientos en Ulm y después en Austerlitz, una de las victorias más notables de la historia. Nunca antes había estado tan alta la moral de la *Grande Armée*. Aquella batalla se libró el 2 de diciembre de 1805 en Pratzen, muy cerca de la ciudad de Brno (actual República Checa).

El genio de Napoleón. Sun Tzu había señalado que "sólo cuando conoces cada detalle de la condición del terreno puedes maniobrar y guerrear", una máxima que adoptó Napoleón en Austerlitz, ya que estudió al detalle el escenario de la batalla antes de entablarla. Sabía que a finales de otoño la niebla en esa región llenaba las depresiones hasta el mediodía, cuando el sol solía abrirse paso. Por esa razón embocó a su principal fuerza de ataque en lo más profundo del valle, oculta bajo la bruma. A las ocho de la ▶


Napoleón, el genio de Austerlitz. Fue quizás el mayor momento de gloria de su carrera militar: estudió el escenario de la batalla al detalle antes de entablarla y derrotó a Prusia (cuadro de François Gerard de 1810).

Sun Tzu (siglo V a. C.) y Clausewitz (siglo XIX) son los dos teóricos bélicos más influyentes

LIBROS

El arte de la guerra, *Sun Tzu.* Editorial Martínez Roca, 1999. Un tratado sobre el conflicto, la competición y el poder a todos los niveles.



China, *Henry Kissinger.* Debate, 2012. El artífice de la "política de distensión" desvela aspectos inéditos de su papel en la apertura de China a Occidente.



Confundir al enemigo. Eso hizo el cartaginés Aníbal con los romanos, atacando varios frentes a la vez o sembrando el pánico con sus elefantes (aquí, un grabado).

▶ mañana salió el sol y se disipó la neblina. El gran disco rojo ascendió mientras las tropas imperiales asaltaban la planicie de Pratzen y derrotaban a los ejércitos del rey de Prusia, Federico Guillermo III, y del zar ruso, Alejandro I. El *beau soleil d'Austerlitz* pasó a ser el símbolo de la imbatibilidad del emperador.

Otra cualidad de Napoleón fue su enorme vitalidad, que le permitía vivir en un estado permanente de iluminación. "Gracias a esa energía, su destino fue el más brillante que el mundo ha visto y probablemente verá después de él", escribió Goethe, uno de sus admiradores incondicionales. En términos de estrategia y táctica, también poseía la cualidad de saber elegir el momento propicio para actuar. Un dogma que asimismo recogió Sun Tzu en su famoso libro. Sin embargo, cuando Napoleón decidió invadir Rusia no siguió otro de los preceptos del pensador chino: "Hay rutas que no debes usar y terrenos sobre los que no debes combatir". Muchos años después, Hitler cometería el mismo error.

Además de saber mover a sus ejércitos con la rapidez del rayo, los genios en el arte de la guerra también pueden asumir una derrota táctica para lograr una victoria estratégica, tal y como hizo el líder norvietnamita Ho Chi Minh cuando ordenó la ofensiva del Tet contra las tropas estadounidenses en 1968. Algunos expertos, como el escritor Robert Green, autor de *Las 33 estrategias de la guerra*, consideran que, a pesar de la muerte de miles de combatientes y de perder el terreno que habían conquistado, los norvietnamitas lograron una victoria estratégica.

La primera guerra mediática. Ho Chi Minh sabía que en Estados Unidos el apoyo a la guerra era amplio, pero no profundo. También, que el conflicto se estaba retransmitiendo en directo por los canales de televisión americanos. En la ofensiva del Tet, los norvietnamitas fueron capaces de infiltrarse en muchos lugares de Vietnam del Sur, incluyendo Saigón, la capital. Allí eligieron blancos que fueran televisivos, como embajadas, bases aéreas, palacios y centros urbanos, lo que atrajo la atención de los reporteros estadounidenses.

Los norvietnamitas no ganaron la batalla, pero lograron su objetivo: que las grandes cadenas de televisión mostraran la cara más fea del conflicto. Los estadounidenses vieron desde sus casas cómo morían sus muchachos. El Pentágono parecía no comprender que los norvietnamitas no buscaban una victoria en el plano militar, sino en el de la propaganda. Lo que quería Ho Chi Minh era que el pueblo estadounidense rechazara aquella carnicería. Y logró su objetivo. Una vez que la opinión pública americana perdió la fe en el esfuerzo bélico, la guerra estuvo condenada y perdida.

Otra cuestión crucial de la guerra es saber cuándo pararla, ser consciente de cuándo ha llegado el momento de establecer un acuerdo con el enemigo. El militar prusiano Carl von Clausewitz, uno de los más influyentes teóricos de la ciencia militar moderna, denominó este problema "el punto culminante de la victoria". Es decir, el momento óptimo para concluir la guerra. Pero, para saber cuándo llega ese punto de inflexión, el militar debe conocer cuáles son

sus recursos, cuántos puede manejar y cuál es el estado de la moral de sus soldados. Si no logra detectar ese momento y continúa luchando, su ejército podría empezar a decaer por agotamiento o por falta de motivación y de recursos materiales.

Henry Kissinger, que fue secretario de Estado de Richard Nixon, sí supo detectar el momento adecuado para firmar un acuerdo de paz con Vietnam. En 1973, este brillante y controvertido estratega obtuvo el Premio Nobel de la Paz por propiciar el alto el fuego con Hanoi. Aunque no fue duradero, el acuerdo abrió el camino para el final de las hostilidades. Dos años antes, Kissinger había desarrollado una nueva política de distensión que relajó el estado de continuo enfrentamiento con la Unión Soviética y desempeñó un papel clave en la histórica visita de Nixon a Pekín en 1972, que marcó el nuevo rumbo en las relaciones diplomáticas entre el gigante asiático y Estados Unidos.

Recientemente se ha publicado en España su nuevo libro, *China*, en el que analiza las complejas relaciones entre Occidente y Oriente (ver reseña a la izda.). "No acepto la idea de que China es un país inherentemente agresivo, cuya expansión será por la fuerza", asegura. En su opinión, los chinos han aumentado su influencia internacional a través de la expansión cultural y no, como hicieron las potencias europeas, con el uso de las armas. Según apunta Kissinger, la relación entre China y Estados Unidos definirá el orden mundial que se está conformando en este siglo.

Desconcertar al enemigo. El estratega debe ser también un consumado artista en las tácticas de engaño. Sun Tzu pensaba que el buen guerrero debe plantear un escenario extraordinario que confunda al adversario. Tiene que fijar las expectativas del rival con una maniobra ordinaria y trivial, un modelo cómodo que el enemigo espera que siga. Cuando el contrario esté desprevenido, el buen estratega le golpeará con un acto extraordinario; por ejemplo, una exhibición de fuerza asombrosa o una inesperada retirada táctica. Pero hay que tener en cuenta que este tipo de maniobras se convertirán en convencionales si el estratega las repite una segunda o tercera vez. Lo ordinario y lo extraordinario sólo resultan eficaces si se suceden mutuamente en una espiral constante de desconcierto.



La guerra en directo. Vietnam marcó un antes y un después: fue la primera vez que la televisión y la prensa mostraron un conflicto bélico y sus efectos casi en *tiempo real*. Sobre estas líneas, Walter Cronkite, corresponsal de CBS, en la toma de Hue en febrero de 1968.

Aníbal atacó a los romanos en su propio suelo no para asediar y tomar Roma, sino para provocar confusión en el enemigo y debilitarlo en varios frentes. De esta forma, el militar cartaginés pensó que el Imperio tendría que diversificar sus fuerzas y dejar en paz a Cartago. Para sembrar la confusión con su pequeño ejército, Aníbal puso en marcha todo tipo de acciones creativas, como tomar la ruta que menos esperaban los romanos, asustar al enemigo con la presencia de elefantes en el campo de batalla o practicar una estrategia sincopada que incluía una sucesión de retiradas tácticas y ataques sorpresa.

"Los seres humanos tienden de forma natural a pensar según patrones", afirmaba Maquiavelo. Y ese hábito mental es básico a la hora de engañar al adversario. La estrategia de "aclimatación", tal y como la denominó Maquiavelo, consiste ▶

PERSONAJE



Ho Chi Minh (1890-1969), fundador del Partido Comunista de Vietnam y gran estratega, derrotó al poderoso ejército de EE. UU. gracias a su conocimiento del terreno y su inteligente uso de los medios de comunicación.

El libro de los cinco anillos

La vida de Miyamoto Musashi ha sido recreada en Japón a través de libros, películas y *mangas*. El cineasta Hiroshi Inagaki, autor de *47 ronin*, filmó tres películas en las que el actor Toshiro Mifune encarnaba a este samurái, el más legendario en la historia japonesa. Era capaz de luchar con dos espadas o empuñando una catana con ambas manos. Con 28 años, Musashi celebró un mítico combate contra Sasaki Kojiro. Fue la última vez que su catana probó sangre en un duelo. A los 59 años, se retiró a una cueva en la isla de Kyushu y comenzó a escribir el *Libro de los cinco anillos*, un tratado que enseña al guerrero a transitar por el "camino de la estrategia" y que explica la importancia de manejar adecuadamente los tiempos y los ritmos en la planificación militar. Para lograr el éxito en el campo de batalla, Musashi establece una serie de principios que el guerrero debe colocar en su corazón para entrenarse en dicho camino; entre ellos, pensar honestamente, practicar con la espada, conocer los caminos de otras profesiones, aprender a ver las cosas con un enfoque preciso y prestar atención a los pequeños detalles. "El que domina este camino es capaz de doblegar a más de veinte enemigos", afirma Musashi. Su obra no ha hallado eco sólo entre los estrategas militares y los practicantes del arte de la espada: hoy es libro de referencia entre los hombres de negocios japoneses.



El samurái y estratega Musashi pintado por K. Utagawa en 1852.

VÍDEO

bit.ly/AixwPM
En esta página web en inglés hay diversos vídeos (películas, entrevistas a militares...) en los que se habla de Clausewitz y sus teorías.





Un engaño decisivo. Hitler se *tragó* el plan diseñado por los servicios secretos británicos para hacerle creer que el desembarco aliado sería en Calais y tomó la llegada de tropas a las playas de Normandía (6 de junio de 1944, en la foto) por una maniobra de distracción.

▶ en crear de forma deliberada un patrón para hacer que tu adversario piense que tu acción siguiente será la que él espera que ejecutes. Una vez se ha confiado, tendrás espacio para actuar en contra de sus expectativas, rompiendo el patrón establecido y cogiéndolo por sorpresa.

A principios de 1944, Adolf Hitler advirtió a sus mandos de que los aliados iban a tratar de confundirlos con una campaña de engaño para encubrir el momento y el lugar exactos de su desembarco en Francia. El dictador nazi no quería sorpresas. Una vez hubiera derrotado a los aliados en las playas francesas, Inglaterra y Estados Unidos tendrían que buscar la paz. Conseguido ese objetivo, el ejército alemán se concentraría en la guerra contra la Unión Soviética.

Hitler cayó en la trampa. La avalancha de informes de inteligencia, rumores y avistamientos contradictorios le impedía tomar una decisión definitiva. ¿Dónde y cuándo se produciría el desembarco aliado? ¿Sería en el Paso de Calais? El espía español Juan Pujol, alias *Garbo*, doble agente de los aliados y los nazis, suministró información falsa a Berlín al tiempo que otro agente que se encontraba en Inglaterra informó a los alemanes de que los aliados iban a atacar más al sur, concretamente en las playas de Normandía, entre el 5 y el 7 de junio, lo que se ajustaba a la realidad, tal y como se pudo comprobar poco después. Pero los mandos alemanes sabían que este hombre operaba como agente doble. Por lo tanto, su confidencia debía formar parte de una campaña de desinformación orquestada por los aliados.

El 6 de junio de 1944, Hitler se despertó con la asombrosa noticia de que los aliados estaban desembarcando en las playas de Normandía, al sudeste de Cherburgo. Los alemanes podían reaccionar si mandaban tropas estacionadas en el Paso de Calais hacia las mencionadas playas, pero Hitler no dio la orden: pensó que el desembarco era tan solo una maniobra de distracción y que la verdadera invasión se iba a producir en Calais. El servicio de inteligencia británico había diseñado un plan lo suficientemente sutil como para no despertar las sospechas de Hitler. Por un lado, dejaba caer que los ejércitos aliados podrían estar iniciando movimientos en los Balcanes, y por otro, filtraba a los alemanes una información verdadera de que el desembarco se iba a producir en Normandía. A la vez, los aliados se aseguraron de que el informante no fuera fiable. Todo aquel batiburrillo de trivialidades, medías verdades y alguna falsedad hizo que Hitler creyera que las líneas generales del plan aliado apoyaban sus expectativas de un desembarco en Calais.

La importancia del armamento. Una de las reglas de oro de la teoría de la estrategia de Clausewitz sostiene que debes ponerte en una situación en la que tengas más opciones que tu enemigo, exactamente lo contrario que hizo Hitler en las playas francesas. En lugar de defender dos o tres posiciones posibles con menos medios pero con más posibilidades de distribuirlos más tarde en el centro neurálgico de la acción, el Führer puso todas sus fuerzas en un solo punto, con el agravante de hacer oídos sordos a la realidad, sosteniendo tercamente que la invasión verdadera todavía no se había producido.

El gran William Shakespeare describió magistralmente en su obra *Enrique V* la inesperada victoria de los ingleses sobre las tropas francesas el 25 de octubre de 1415 en los alrededores de la población de Agincourt (también llamada Azincourt), en el norte de Francia. Los ingleses querían restaurar los derechos de Enrique V sobre los territorios que la Corona poseía en Francia. Momentos antes de la batalla, el monarca inglés dijo a sus hombres que el que vertiera con él su sangre esa lluviosa mañana otoñal se convertiría en su hermano, por villano que fuera.

A la eficacia estratégica de los in-

El genio de la estrategia naval

Fiel seguidor del pensamiento de Carl von Clausewitz, el historiador y estratega naval británico Julian S. Corbett (1854-1922) estableció que la guerra no es más que "una forma de intercambio político en que empeñamos batallas en lugar de escribir notas diplomáticas". En su doctrina militar, Corbett afirma que el mar no puede ser conquistado por una sola nación. A lo que debe aspirar el estratega es al control de las vías de comunicación y del comercio marítimo. Para que esto sea posible, Corbett señala que no basta con disponer de una fuerza naval superior: es también imprescindible disponer de bases de abastecimiento.

Uno de los principios de la doctrina de Corbett es que, en cualquier guerra naval, el objetivo principal es la destrucción del ejército terrestre del enemigo para impedir que pueda trasladar fuerzas a tu propio territorio. La mayor aportación de Corbett a la estrategia marítima fue el concebirla como indisolublemente unida a las relaciones entre el Ejército y la Marina, en las que el mar es el medio para que las fuerzas armadas ejerzan su acción en el lugar que uno decida. Aunque sus tesis siguen siendo alabadas, Corbett tuvo un pequeño borrón en su genial concepción de la moderna estrategia de guerra en el mar: no advirtió la importancia que iban a adquirir los submarinos y la fuerza aérea en la estrategia naval de principios del siglo XX.



Julian Stafford Corbett, historiador y geoestratega.



Modernizarse o perder. En la batalla de Agincourt (1415, representada en este códice del siglo XV), los ingleses derrotaron a los franceses gracias a su armamento más ligero y eficaz: *longbows* frente a ballestas. Shakespeare inmortalizó el choque en su obra *Enrique V*.



Una pesadilla hecha realidad. El atentado terrorista del 11-09-2001 en Nueva York (vista aérea de sus efectos) cambió de golpe la visión occidental de la táctica bélica.

gleses se añadió la superioridad tecnológica de algunas de sus armas. Se sabe que los arcos largos que portaban (*longbows*) poseían suficiente fuerza para matar a una distancia de 200 metros a caballeros con armadura pesada. En teoría, los ballesteros franceses eran más efectivos, pero tenían la desventaja de la lentitud a la hora de recargar sus armas: se calcula que, en el tiempo que empleaba un ballestero para disparar una saeta, un arquero inglés podía lanzar hasta diez flechas. Aquel día de San Crispín de 1415, los ingleses infligieron una terrible derrota al enemigo. Los arqueros, armados con sus *longbows*, demostraron que las cargas de caballería pesada tenían los días contados.

Los estrategas del siglo XXI se enfrentan a una nueva forma de guerra: la amenaza terrorista masiva

Siglos después de la victoria inglesa en Agincourt surgió otra arma mucho más inquietante. Era la bomba atómica, cuyo poder destructivo constituyó una verdadera revolución en el campo de la estrategia. "Cuando esto sucede, se modifica la relación de lo militar con lo económico y con la sociedad y queda hecho añicos el equilibrio del poder militar en la Tierra", señala el escritor estadounidense Alvin Toffler en su libro *Las guerras del futuro*. Sin embargo, la Unión Soviética no tardó en desarrollar sus propias bombas atómicas, iniciándose así una carrera armamentística a la que pronto se sumaron el Reino Unido, Francia, China, Israel, India, Pakistán y Corea del Norte. Ahora lo intenta el gobierno iraní que encabeza Ahmadineyad.

"Desde la caída de la Unión Soviética en 1991, Estados Unidos ejerce de líder mundial en solitario, y no se vislumbra rival alguno que aspire a compartir ese puesto", afirma Zbigniew Brzezinski, antiguo consejero de Seguridad Nacional durante la presidencia de Carter y uno de los grandes estrategas contemporáneos. Además de descartar a Rusia como gran superpotencia, este brillante analista asegura que la Unión Europea tiene ante sí un largo camino para competir políticamente con Washington en el tablero mundial.

China y las nuevas amenazas. En su libro *El dilema de EE UU*, Brzezinski recuerda que China tendrá que esperar al menos dos generaciones para aspirar a ser una gran potencia. Sin embargo, algunos analistas del Pentágono creen que Pekín está mucho más cerca de su objetivo de lo que piensa Brzezinski. China ha cobrado tanto protagonismo en Asia en los últimos años, que ya se postula como una superpotencia capaz de rivalizar con Estados Unidos. Ahora que los estadounidenses se sienten amenazados por la reciente incorporación de Corea del Norte al club de naciones con armamento nuclear y por la posibilidad de que Irán siga el mismo camino, Pekín comienza a mover sus peones en la gran partida mundial. "Una simple cerilla podría iniciar una devastadora explosión en la región", asegura Brzezinski.

La filosofía de guerra convencional sigue siendo en esencia la que promulgó Sun Tzu y la que luego depuró Clausewitz en su obra, en la que subordinó lo bélico a la política. Pero el vertiginoso desarrollo de la tecnología moderna es un nuevo factor estratégico que elimina el efecto de la distancia geográfica y pone los recursos de Internet y del moderno arsenal del siglo XXI al alcance de múltiples naciones que compiten entre sí por la supremacía regional. A este complejo escenario geoestratégico se añade ahora el auge del terrorismo global.

El ataque a las Torres Gemelas de Nueva York supuso el descubrimiento de una nueva amenaza para los norteamericanos. Con la ayuda de Internet y apenas un puñado de dólares, un grupo de fanáticos yihadistas logró introducirse en el mismo corazón del imperio y puso en jaque la estabilidad mundial. Si hay una hipótesis que realmente teman los analistas occidentales es la de un ataque terrorista con armas de destrucción masiva llevado a cabo en su propio territorio. Este terrible factor de desestabilización global constituye otro de los aspectos clave que tendrán que contemplar a partir de ahora los estrategas del siglo XXI. ■

PERSONAJE



Carl von Clausewitz (1780-1831), militar prusiano, escribió el tratado *De la guerra*, ocho volúmenes sobre táctica y estrategia que han marcado el desarrollo de la ciencia militar moderna.



LAS FUERZAS ESPECIALES

Soldados en la sombra

Detrás de todo conflicto bélico se esconde otra guerra secreta protagonizada por ejércitos de espías, unidades especiales, guerrilleros... Cuerpos de élite encargados de ejecutar acciones clandestinas tras las líneas enemigas.

Por Juan Antonio Guerrero

Los soldados, tratando de contener la respiración, transpiraban copiosamente dentro del escaso espacio de su vehículo de infiltración mientras soportaban las sacudidas del movimiento. Hasta que, finalmente, éste cesó. Ahora sólo era cuestión de esperar a que llegara la noche, cuando el cansancio y el alcohol ingerido hiciesen caer en el sueño más profundo al enemigo. Se miraron unos a otros en silencio y luego al jefe de la unidad, esperando su señal. Pero éste, un veterano de muchas guerras, sólo se llevó el índice a los labios indicándoles que callaran y musitó, en voz casi inaudible: "Ya falta poco". Estaban impacientes. Sabían que los riesgos eran muchos, sobre todo si el pequeño grupo era descubierto antes de que pudiera llevar a cabo su misión. Pero también sabían que ese cometido era esencial y que, gracias a ellos, si todo salía bien, la guerra cambiaría su curso. Puede, incluso, que se consiguiera la victoria definitiva, después de tantos años de sacrificio.

Combatir en el lado oculto. Estas líneas podrían describir cualquier operación contemporánea de fuerzas especiales o de comandos, pero también son válidas para una de las acciones clandestinas más antiguas que se conocen: los hombres de Ulises que se adentraron en Troya en un caballo de madera para abrir las puertas de la ciudad a sus compañeros, regresados inadvertidamente tras simular que se retiraban, un ardid que les proporcionó la victoria definitiva en la larga guerra de asedio emprendida tras el secuestro de Helena.

Y es que, desde los tiempos más remotos, en todo conflicto bélico se produce una *guerra secreta* que abarca desde la lucha por la información, con su ejército de espías, descifradores y analistas, unidades de recogida de información y departamentos de encubrimiento y engaño, hasta las unidades clandestinas o de acciones encubiertas y los tipos de guerra irregular (hablamos por ejemplo de la resistencia, la guerrilla o las operaciones de comandos). Obviamente, las primeras acciones de las guerras primitivas serían hoy consideradas simples escaramuzas. Ha sido preciso que la civilización progresara hasta la formación, no sólo de guerreros profesionales que esos ya ▶

GETTY



Focas muy peligrosas. Una patrulla de los Navy SEALs (fuerzas de operaciones especiales de la Armada estadounidense), en una misión de entrenamiento con armanento real.



Un soplón en la Batalla de Salamina. Gracias a Demarato, que envió un mensaje secreto a los griegos desvelando las intenciones de ataque del rey Jerjes, los espartanos tuvieron la victoria más fácil. A la derecha, la famosa batalla según el pintor Wilhelm von Kaulbach.

▶ existían en las sociedades tribales, sino la de ejércitos permanentes, con estructuras jerarquizadas y unidades regulares. Cuando los enfrentamientos crecieron en importancia numérica, táctica y estratégica, se hizo necesario el conocimiento previo de los efectivos, las armas y otros detalles. Los espías, que siempre han existido, aumentaron su importancia.

Espías y códigos cifrados. Según Cicerón, en las obras de Herodoto se encuentran algunos de los testimonios más antiguos sobre espías y sus métodos de comunicación (la llamada escritura secreta). Uno de los primeros "guerreros de las sombras", conforme al testimonio del *padre de la Historia*, habría sido Demarato, un griego exiliado en la ciudad persa de Susa que, advertido de los preparativos militares de Jerjes, decidió enviar un mensaje a los espartanos avisándoles de las intenciones del rey de reyes persa. Lo hizo enviando unas tablillas de madera en las que primero grabó el texto de su mensaje y luego lo recubrió con cera, de la misma forma que solía hacerse para escribir entonces, pero dejando la superficie exterior sin usar. El problema fue que, aunque las tablillas pasaron sin percances por la inspección de los guardias persas, nadie entendió por qué se molestaba alguien en enviar unas tablas en blanco. Gorgo, la hija de Cleomenes y esposa de Leónidas, lo comprendió e hizo que se raspara la cera, quedando así el mensaje descifrado y los espartanos enterados de la amenaza de Jerjes, que ya no pudo disfrutar del factor sorpresa. Sus buques, al llegar a la bahía de Salamina, encontraron a los griegos prevenidos.

Esta forma de criptografía, que se conoció como esteganografía o escritura encubierta, siguió siendo utilizada en otras modalidades durante siglos. Según Herodoto, por ejemplo afeitando la cabeza del mensajero y escribiendo la misiva en su cuero cabelludo. Más adelante se utilizaron otros métodos incluso más sofisticados, como el ideado por el sabio italiano Giovanni Porta en el siglo XV quien, mediante una tinta hecha de alumbre y vinagre, escribía sobre la cáscara de

La Haganá, autodefensa judía

Creada en los años veinte por los colonos judíos en el entonces protectorado británico de Palestina, esta fuerza clandestina hebrea tenía originalmente una intención puramente defensiva, ante la pasividad –o incluso la complicidad según algunos– de las autoridades frente a los continuos desmanes y pogromos sufridos por la población judía. Junto con la *Irgún* (Organización Militar Nacional) desgajada en los años treinta, la Haganá (defensa) sería la base para constituir, llegada la independencia y la creación del Estado israelí, el actual ejército de Israel o *Tzajal*. Sus primeros cometidos fueron los de organizarse como guardianes armados capaces de repeler las agresiones contra los *kibutz* y granjas colectivas. Sobre todo con participación de militantes de izquierda, la Haganá fue un factor apaciguador que llevó una tranquilidad relativa a Palestina durante sus primeros años. Pero tras los motines árabes de 1929, con la matanza de Hebrón (limpieza étnica de los judíos de la ciudad) y la masacre de Safed, la Haganá cambió su táctica de defensa por otra más agresiva. Durante la II Guerra Mundial, muchos de sus miembros sirvieron en el ejército británico, hecho que no les impidió en la posguerra seguir una política de hostigamiento contra la potencia administradora.



Combatientes de la organización paramilitar judía Haganá.

LIBRO

Guerreros en la sombra
Tom Clancy
Ed. Salvat, 2003.
Descripción y análisis sobre el entrenamiento, ingenio y creatividad que debe poseer un soldado de las Fuerzas Especiales.



En la Biblia encontramos no pocas referencias a espías y agentes secretos

un huevo cocido. La tinta penetraba en la cáscara porosa y se fijaba en la albúmina del huevo, sin dejar rastro exterior. Bastaba con pelar el huevo para leer el mensaje. En la Segunda Guerra Mundial e incluso después, aún se empleaba la esteganografía, con técnicas tan sofisticadas como el micropunto, mediante la que se reducía fotográficamente un folio de texto al tamaño de un punto, de menos de 1 mm, y luego se pegaba éste sobre una letra cualquiera de una inocente carta.

Esa otra forma de esconder un mensaje, la llamada criptográfica o cifrado, tiene igualmente antecedentes muy remotos. Su nombre proviene del griego *kryptos*, escondido, y se divide en dos ramas según el método utilizado para ocultar el mensaje: la sustitución y la trasposición.

Lenguaje encubierto. La sustitución consiste en cambiar cada carácter del alfabeto por otro, según una tabla preexistente. Uno de los alfabetos de sustitución más famosos es el *mlecchita-vikalpa*, que aparece en el *Kamasutra* y que servía para la comunicación entre amantes. En cambio, la trasposición oculta el mensaje alterando el orden de las letras. Con este método funcionaba el primer aparato criptográfico militar de la historia, el *ascitalo*, inventado y utilizado en Esparta desde el siglo V a. C. Era una barra de madera de forma poligonal en la que se enrollaba el mensaje, normalmente escrito por el lado interno de un cinturón, y que sólo así podía leerse, ya que desenrollado, la cinta parecía llevar sólo caracteres al azar. Julio César utilizó la trasposición muy a menudo, sustituyendo cada letra por la que se encuentra tres lugares más adelante en el alfabeto, por lo que este método se suele conocer como *El cifrado del César*.

Pero las acciones de espionaje van más allá, desde el uso de estas técnicas de lenguaje encubierto hasta la compra de lealtades o la eliminación de líderes enemigos. De hecho, la palabra asesino parece derivar de los guerreros



SMS enigmáticos. Durante la Segunda Guerra Mundial, Enigma (en la foto) fue la encriptadora oficial del ejército alemán.

clandestinos nizaríes de la secta de Hassan-i Sabbah, también conocido como *el viejo de las montañas*, un ismaelita (una variante del chiismo) iraní que, desde la fortaleza de Alamut, convertida según se dice en un paraíso terrestre con los jardines más hermosos y las mujeres más bellas y complacientes, partían secretamente para eliminar a los dirigentes políticos o militares que se les oponían. Enemigos implacables y fanáticos de los que se dice que eran *hashshashiyyin* (bebedores de hachís), su destreza en las armas era temible, entrenados hasta el agotamiento no sólo en el uso de dagas, espadas, arcos y armas arrojadizas, sino también en las técnicas de ocultamiento, intrusión, escalo, equitación y otras destrezas militares de la época. Un verdadero cuerpo de élite.

Claro que ya antes de estos *asesinos* podemos encontrar otras muchas referencias a acciones ocultas y de guerra irregular. La Biblia está llena de ellos, pero también las crónicas romanas y griegas. La guerra de guerrillas era conocida en toda la antigüedad clásica.

Camuflaje en la Reconquista. Pero si hay un periodo de nuestra historia lleno de acciones de comandos es el de la llamada "guerra de frontera" entre cristianos y musulmanes durante la Reconquista. Y es que con los musulmanes proliferaron términos como *razia*, una expedición de castigo y pillaje que utilizaron ampliamente para atemorizar al enemigo, realizar limpiezas étnicas y capturar esclavos y rehenes por los que luego se pedía rescate. No fue una táctica exclusiva, ya que los bárbaros también las habían llevado a cabo desde tiempos inmemoriales. Pero fue en la frontera cristiano-andalusí donde los golpes de mano, quemas de cosechas, acciones nocturnas y demás misiones encubiertas se prolongaron, con alternancias de periodos de paz, durante más de dos siglos.

También en el mar han existido guerreros clandestinos en forma de piratas que asaltaban las embarcaciones mercantes o realizaban incursiones sobre puertos, en busca de botín y esclavos, o incluso se adentraban en los ríos hacia el interior para asaltar monasterios y poblaciones a las que sorprendían desprevenidas y con escasas defensas. Ya en tiempos de Roma, los piratas fueron una amenaza en el Mediterráneo. Famosos fueron, más ▶

PERSONAJE



Francis Drake (1543-1596)
Al mando de numerosas expediciones navales y saqueos contra los intereses españoles, se le conoce como el pirata y corsario de la reina Isabel I de Inglaterra.





Soldados no convencionales. Abajo, a la izquierda, un grupo de partisanos italianos en pleno ataque urbano durante la Segunda Guerra Mundial. Abajo, fotografía de Marcos Vafiadis, líder de un grupo de resistentes comunistas griegos.



Hechos de otra pasta. Entrenamiento de los SEAL (1), hombres de la principal fuerza de operaciones especiales de la armada de EE. UU. Patrulla del SAS (2) en el norte de África durante la Segunda Guerra Mundial.

"La guerrilla debe moverse entre el campesinado como pez en el agua" (Mao Tse Tung)



▶ tarde, los saqueadores del norte, los célebres vikingos cuyas expediciones llegaron al interior del continente europeo o a lugares tan alejados de sus bases de partida como Sevilla, asaltada en dos ocasiones, que fue incendiada y saqueada en la primera y ante cuyas puertas fueron derrotados por Ibn Rusum Abderramán II en la batalla de Tablada. Era el año 844.

Los piratas berberiscos fueron una constante en las costas del Mediterráneo y aún del Atlántico hasta prácticamente el siglo XIX, pero también hubo piratas en otros muchos mares de todo el globo, desde las aguas de China, Filipinas y del Extremo Oriente –recordemos las novelas de Sandokán, de Emilio Salgari, tan populares hace años y basadas en hechos reales–, hasta los famosísimos del mar Caribe, hoy objeto de casi culto y que, en realidad, no eran más que bandas de crueles salteadores. Alrededor de las riquezas de América, que partían hacia España en los galeones de Indias, pululó una nube de otros saqueadores, desde franceses –los primeros en acudir a la zona–, luego ingleses, holandeses y más tarde estadounidenses. Bucaneros y filibusteros, contrabandistas y negreros, raqueteros y mercenarios marinos, todos buscaron su parte del botín ya fuese oro o bienes de comercio, alcohol o piedras preciosas. No ha habido en aquellas costas ciudad o población de importancia que no haya sufrido su violencia.

Ataques *top secret* en el mar. Un tipo especial de piratas eran los corsarios, aquellos que disfrutaban de *patentes de corso*, una especie de tributo emitido por un monarca que permitía a cualquiera con poder económico armar, avituallar y pertrechar un buque y reclutar tripulación para dedicarse a la piratería a cambio de una parte del botín. Se dice que fue Mitríades, un rey griego que ayudó a los piratas cilicios y los convirtió en auxiliares a cambio de una comisión, quien creó este tipo de guerra clandestina llamada *del corso*. No obstante, durante muchos siglos, este tipo de combate rozará siempre los límites de la piratería y muchas veces será difícil distinguir una de otra.

Si hablamos de guerra de guerrillas, la península Ibérica, durante los conflictos napoleónicos, sería tomada como ejemplo de este tipo de acciones bélicas irregulares, tanto en las contiendas coloniales como incluso durante la Gran Guerra de 1914-1918. Aunque no sería hasta la Segunda Guerra Mundial cuando las guerrillas, los *maquisard*, los partisanos y otros grupos civiles y militares de acción clandestina cobrarían una importancia decisiva en el desarrollo de la conflagración. Es el caso de la SOE (*Special Operations Executive*, Ejecutiva de Operaciones Especiales), una organización especial del Servicio Secreto británico a la que se dedicaron importantes recursos y hasta unidades especiales del ejército y la Fuerza Aérea. Permitió así sembrar la retaguardia alemana en la Europa ocupada con centenares de espías, saboteadores, instructores y asesores militares, así como suministrar a las guerrillas y otros grupos de Resistencia con armas, ropa y equipo de comunicaciones y, sobre todo, estableció verdaderas campañas desde Londres.Es el caso de la llevada a cabo por la Resistencia francesa como paso previo a la invasión aliada de Normandía.

Intromisiones hostiles

La CIA (Agencia Central de Inteligencia de Estados Unidos), creada en la posguerra a partir de la Oficina de Servicios Estratégicos (OSS, a imagen y semejanza de la SOE británica), en su enfrentamiento con la influencia soviética y el KGB ha llevado a cabo desde sus orígenes una política de intromisión en los asuntos internos de otros países que ha sobrepasado con creces sus funciones meramente de captación y análisis de la información. Sus deseos de vencer en la Guerra Fría la llevaron incluso a diseñar acciones encubiertas claramente hostiles sin la autorización del Congreso y el Senado de su país. Por citar unos ejemplos, organizó operaciones paramilitares en Tíbet, capturó y ejecutó a Ernesto Che Guevara en Bolivia en 1967 y, tres años antes, sus lanchas no andaban lejos de la zona en la que supuestamente patrulleras nordvietnamitas atacaron a un destructor estadounidense en un célebre incidente que inició la implicación militar de EE. UU. en Vietnam. Como tampoco lo estaban cuando armaron a Pakistan contra India en los años sesenta, crearon los "luchadores por la libertad" contra Afganistán y en la posterior invasión de la URSS. Sembraron vientos que hoy se han convertido ya en tempestades.

CENTRAL INTELLIGENCE AGENCY
UNITED STATES OF AMERICA

La CIA fue creada el 18 de septiembre de 1946 por Harry S. Truman, el entonces presidente de EE. UU.



Contienda clandestina. La lucha de la llamada Resistencia interior francesa consistía principalmente en acciones de información y sabotaje (en la imagen, vagón descarrilado) contra las tropas de ocupación.

Pero también aparecen dentro de las estructuras militares unidades especiales destinadas a llevar a cabo tareas inusuales, como el reconocimiento profundo tras la retaguardia enemiga.

Es el caso de los LRDG, el SAS y otros pequeños grupos británicos, en su mayoría creados para la guerra en el desierto africano, o los comandos cuyas tareas serían prioritariamente los golpes de mano, la infiltración y eliminación de defensas, captura de oficiales para obtener información, voladuras de puentes, vías férreas o cruces de carretera. Incluso se crearon unidades aéreas similares como los *Stormjäger* y los *Rammjäger* alemanes, cazas dedicados a atacar frontalmente a las formaciones de bombarderos pesados gracias a su especial blindaje y nervios de acero: los segundos llevaban su compromiso hasta el extremo de chocar con sus aviones contra el enemigo si no lo destruían con sus armas.

En la posguerra, el ejemplo de la guerrilla resultaría sin embargo perjudicial para Francia y Gran Bretaña, principalmente. En sus antiguas colonias, los movimientos independentistas, nacionalistas o comunistas acudieron pronto al método de la guerrilla, incluso urbana, para desalojar a las potencias ocupantes.

Alguna de estas confrontaciones fue subiendo de nivel hasta alcanzar el estado de verdadera guerra, como en Indochina, donde el *Vietminh* (abreviadamente, se conocía así a la Liga para la Independencia de Vietnam) se convirtió en un verdadero ejército regular que fue capaz de infligir una sonora derrota a Francia en terreno abierto, la batalla de *Diem Bien Phu*. Otras, como la de Argelia, mantuvieron activos tanto el frente de las montañas y el terreno campal como la guerrilla urbana, que no pudo ser derrotada ni siquiera con la intervención de las más duras unidades convencionales. Por el contrario, en Adén y sobre todo en Malasia, los británicos fueron capaces de derrotar a los movimientos de liberación gracias al empleo de las tácticas llamadas *de mentes y corazones*, en las que mediante la propaganda, campañas de mejora de las condiciones de vida de los indígenas y, muy especialmente, métodos psicológicos, consiguieron separar a la guerrilla de su medio natural, los campesinos. Y como había escrito Mao, "la guerrilla debe moverse entre el campesinado como el pez en el agua". Privada del *agua*, la guerrilla pereció.

Ocultos en la retaguardia. La continuación de la guerra de Vietnam, en los años sesenta y setenta, trajo consigo la institucionalización de las fuerzas especiales. Aunque, como ya hemos dicho, durante la Segunda Guerra Mundial se crearon los Comandos, Rangers, SAS y SBS, SEAL y otras unidades especializadas en formas de guerra no convencionales, fue durante este largo y sangriento conflicto cuando surgieron los *boinas verdes*, una manera extraoficial de denominar al personal del ejército que se entrenaba para llevar a cabo acciones irregulares en la retaguardia enemiga. Su intensa preparación en lucha personal, armas blancas, técnicas de supervivencia en la selva, el desierto u otros entornos hostiles convirtieron a estos hombres –cuyo precedente son los *boinas rojas*, paracaidistas británicos– en el modelo para las unidades de operaciones especiales que hoy poseen prácticamente todos los ejércitos incluidos sus rivales de la Guerra Fría, los *spetsnazi* soviéticos, tan temibles o más que ellos. Las calles siguen estando llenas de feroces guerreros en la sombra.

Factor sorpresa. La guerrilla vietnamita venció al ejército francés en Dien Bien Phu (1954).

FECHAS

13/marzo
1954
Se crea el KGB (Comité para la Seguridad del Estado), la agencia de inteligencia y policía secreta de la Unión Soviética.

16/diciembre
2011
El soldado Bradley Manning, acusado de filtrar miles de documentos secretos al portal Wikileaks, comparecía por primera vez ante el juez del caso.

VIDEO

bit.ly/HXrm2q.
Documental del Canal Historia sobre los Álamo Scouts, una unidad de las Fuerzas Especiales americanas operativa en la II Guerra Mundial.



Los 18 mejores soldados

Unos destacaron como estrategas; otros, por su valor; pero todos pasaron a la historia como capitanes de sus ejércitos.



Conductores de hombres. En la gloria y en la derrota, contaron con el fervor de los suyos. De izda. a dcha., el Gran Capitán, Escipión, Gengis Khan y un *marine*.

Cuáles son las virtudes principales de un líder militar? ¿Ser valiente y buen estratega? ¿Que sus hombres le sigan en la victoria y en la derrota? Estas y otras muchas preguntas se plantean antes de decidir la inclusión de un personaje en esta limitada y controvertida categoría histórica. Evidentemente, una de esas cualidades es, justamente, la de ser queridos, respetados y hasta adorados por los hombres que, como ellos mismos, se enfrentaron al enemigo en primera línea. Sin embargo, a medida que las guerras se volvieron contiendas de masas y las vastas capacidades de producción industrial las convirtieron en batallas tridimensionales, las cualidades de los grandes jefes se tornaron más difusas y el contacto directo con sus tropas les fue casi negado. Los conflictos actuales, con sus complejas redes logísticas, sus sofisticados sistemas de información, control y mando, sus armas avanzadas casi autónomas y sus amenazas globales, parece que ya no engendran este tipo de líderes, pero en realidad siempre existirá ese género de personajes audaces, carismáticos y buenos organizadores, de mentes ágiles y capaces de tomar resoluciones correctas con gran rapidez; esos genios de la táctica, con una clara visión estratégica, que la historia ha dado en llamar grandes guerreros.

Por Juan Antonio Guerrero

GAUGAMELA

Irak

▸ 331 a. C. Esta batalla tuvo lugar el 1 de octubre en la ribera del río Bumodos y enfrentó al ejército persa de Darío III con las tropas macedonias de Alejandro. Darío eligió el lugar por ser una amplia planicie que favorecía a su numerosa caballería, pero su derrota fue total y abrió el camino a la conquista por Alejandro de todo el Imperio persa.

El genio innato



"Prefiero una vida corta de gloria que una larga en la oscuridad". Alejandro es el genio militar por excelencia. Prototipo del jefe supremo y uno de los mayores talentos tácticos y estratégicos de la historia, como otros grandes líderes militares compartió todos los riesgos con sus hombres. El paternalismo y la generosidad con que cuidó siempre de ellos, su magnetismo, su carisma y hasta su belleza física fueron las cualidades más destacadas de su liderazgo. Muestra de su genio es la batalla de Gaugamela, una maniobra de ataque en orden oblicuo en la que su habilidad táctica combinó el esfuerzo de las falanges en apoyo de la caballería y la disciplina y firmeza de los arqueros en los extremos de su línea para derrotar a los carros y los jinetes de Darío. La explotación del éxito, ordenada y rápida, acabó con los restos del ejército persa, que perdió 40.000 hombres frente a los apenas 500 de Alejandro. Como diría Napoleón, "no fue la falange macedonia la que penetró en la India, sino Alejandro".

A un tiempo comandante supremo del ejército y autócrata político, supo siempre, sin embargo, que la guerra era sólo un medio para conseguir una paz mejor; su comprensión del equilibrio entre fuerza militar y medios políticos le permitió ir más allá de la simple aniquilación del enemigo. Nunca pretendió saquear ni devastar los territorios conquistados por sus soldados. Por eso, el teórico británico J.F.C. Fuller escribió de él: "La derrota del ejército era su objetivo estratégico; la conquista de los pueblos, su objetivo político".

Nunca perdió una batalla. Desde un punto de vista estrictamente militar, Fuller asevera que "el valor de usar la mayor energía, la concentración en el momento decisivo, la rapidez de movimientos y la persecución fue tan importante para Alejandro como lo sería para Clausewitz". Además, Alejandro fue capaz de intuir y utilizar otros factores estratégicos y tácticos, como el elemento de sorpresa y el principio de mantener el objetivo, la ofensiva y la economía de la fuerza, así como el establecimiento de bases y comunicaciones seguras. Su capacidad para adaptar con éxito su estrategia y su táctica a casi cualquier tipo de combate, desde las grandes batallas a las revueltas, pasando por asedios, escaramuzas menores y enfrentamientos de guerrillas, lo diferencia enormemente de otros grandes comandantes de la antigüedad, muchos de los cuales fueron expertos en la guerra convencional pero nunca tuvieron que enfrentarse a escurridizos enemigos o sitiar una fortaleza. Durante su campaña de diez años (del 335 al 325 a. C.) nunca perdió un combate, y ha de tenerse en cuenta que, en ese tiempo, tuvo lugar una gran batalla o un asedio al menos una vez al año. El ejército de armas combinadas heredado de su padre, de personal altamente capacitado, equipado y motivado, fue, bajo el mando de Alejandro, capaz de prepararse y adaptarse para afrontar los retos de cualquier situación. No en vano se dijo que el suyo fue "el ejército más perfectamente organizado, entrenado y equipado de los tiempos antiguos".

EL NUDO GORDIANO

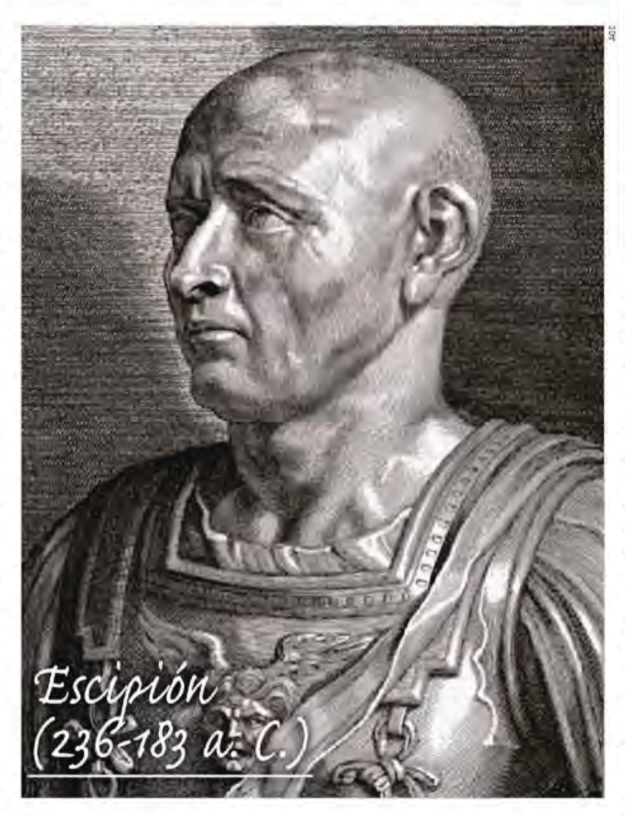
Quizás no haya anécdota de Alejandro más famosa y más reveladora del carácter del rey macedonio que la del nudo gordiano. Invernando con sus tropas en la ciudad de Gordion, la antigua capital de Frigia (así llamada por el mítico rey Gordios, un sencillo esquilador y campesino que, gracias a su ingenio, se convirtió en monarca), supo Alejandro que en uno de sus templos se hallaban sus útiles de trabajo (según algunos, unas tijeras de esquilar, y, según otros, el timón de un carro) atados por el extremo a una de las columnas con un complicado nudo, sobre el que el oráculo había vaticinado que quien lo supiera deshacer dominaría Asia. Ni que decir tiene que nadie lo había logrado antes de Alejandro pero éste, que visitó el lugar con su escolta de fieles generales, desenvainó la espada, cortó el nudo de un tajo y declaró: "No importa la forma de resolverlo, yo dominaré Asia". Su carácter resolutivo encontró la solución, como sabría también imponerse de forma impulsiva sobre el rey persa Darío y los sucesivos enemigos que encontró en su conquista del continente asiático.



El episodio del nudo gordiano, pintado por J.S. Berthélemy.

Madera de líder

Con sólo 17 años, Publio Cornelio Escipión, que luego sería conocido como "el Africano" por sus victorias en ese continente, dirigía un escuadrón selecto de caballería junto a su padre (líder de la caballería romana) en la batalla del río Tricio contra Aníbal. Cuando vio que su padre caía herido y quedaba rodeado por el enemigo, el joven Escipión quiso acudir con sus hombres al rescate, pero cuando estos, desalentados por la superioridad aplastante del rival, se negaron a obedecerle, cargó en solitario hasta que sus jinetes, avergonzados por su valor, acudieron a la pelea y rescataron al viejo Escipión. Ese era uno de los rasgos más destacados de este gran guerrero: el valor y el arrojo. No obstante, sus dotes fueron muchas más: buen estratega y mejor táctico, su capacidad de prever los acontecimientos y su humanidad fueron parejas a su astucia.



Valiente y magnánimo. Tras combatir en Cannas y sobrevivir a la aplastante derrota de las legiones romanas, fue nombrado procónsul a los veinticinco años, tras la muerte de su padre y de su tío, y lo enviaron a Hispania con un ejército encargado de combatir a los cartagineses. A su llegada, tras comprobar que las fuerzas de Roma se mantenían a la defensiva al lado norte del Ebro, demostró sus cualidades estratégicas casi de inmediato: en vez de enfrentarse sucesivamente a los tres ejércitos cartagineses que ocupaban la Península, decidió tomar por sorpresa, mediante un ataque naval, la capital cartaginesa, Cartago Nova, en el 209 a. C. El éxito y sus dotes diplomáticas le valieron la alianza de los caudillos ibéricos, entre ellos Indíbil y Mandonio. Las derrotas de Bécula e Ilipa le permitieron expulsar a los cartagineses de la *piel de toro*, tras la toma de Cádiz en el 206 a. C. Sin embargo, no pudo impedir que Asdrúbal, el hermano de Aníbal, eludiendo el enfrentamiento, se dirigiese hacia el norte y marchara sobre Italia en el 208 a. C., en una maniobra estratégica que Escipión imitaría algunos años después.

Diplomático de altura y dotado de una amplia cultura helénica, Escipión fue lo más cerca que estuvo un guerrero de Roma del líder militar de su época: orgulloso pero no arrogante, ambicioso sólo para su patria, gran conductor de hombres y valeroso en el combate, pero magnánimo en la victoria sin venganza.

En la batalla de Zama se enfrentó a Aníbal, a cuyo ejército atrajo de Italia con la misma maniobra estratégica que Asdrúbal había empleado años antes. Superiores sus fuerzas en calidad y adiestramiento, Escipión mantuvo la organización legionaria habitual, abriéndose para crear pasillos por los que los temidos elefantes cartagineses, espantados por el estruendo de los cuernos y trompas romanas, cargaran sin hacer demasiado daño, mientras la caballería, situada en ambas alas, eliminaba a los jinetes cartagineses. Establecido el cuerpo a cuerpo, típico de los enfrentamientos de la época, el regreso de la caballería romana, que atacó° la retaguardia de Aníbal, decidió la victoria en un típico movimiento de envolvimiento por ambos flancos. ▪

ZAMA

▸ 202 a. C.

Túnez

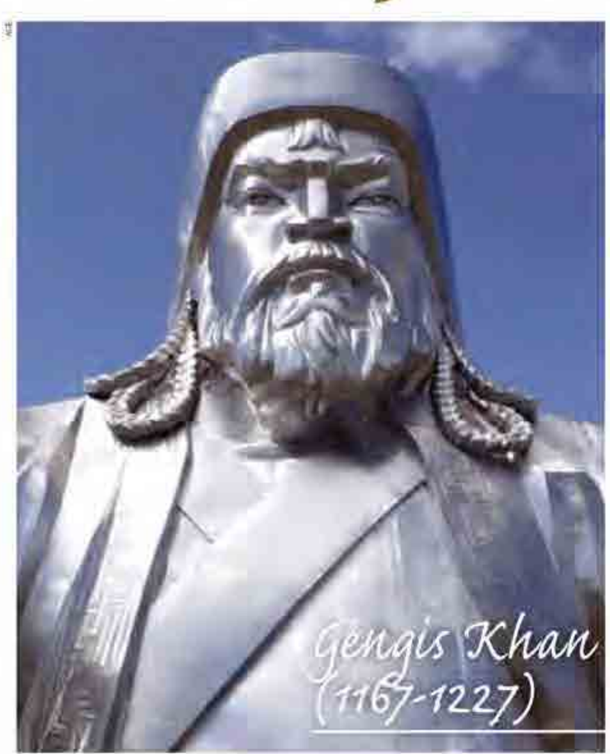
El choque de cartagineses y romanos en las llanuras de Zama se produjo el 19 de octubre y constituyó el desenlace de la Segunda Guerra Púnica (218-201 a. C.). Aníbal Barca perdió a 20.000 hombres; Escipión, sólo a 1.500. A principios del año siguiente, ambos acordaron las condiciones de la rendición definitiva de Cartago.

LA *PAX* DE ESCIPIÓN

Los términos de paz impuestos por Escipión fueron siempre muy indulgentes, mucho más de lo que cualquier otro general romano hubiera exigido. Los cartagineses vencidos pudieron conservar sus leyes y costumbres, y todos los territorios africanos perdidos en la guerra les fueron devueltos. Hasta pudieron quedarse con sus haciendas, ganados y esclavos. Tuvieron, eso sí, que devolver los buques capturados y a los prisioneros y desertores. Los elefantes quedaron prohibidos y muy especialmente su entrenamiento para la guerra. Cuenta el historiador Polibio que, con ocasión de la toma de Cartago Nova, en la que las órdenes de Escipión consiguieron limitar los habituales saqueos y matanzas, un grupo de oficiales le trajo como obsequio a una bella joven. Aunque seducido por el atractivo del *regalo*, Escipión le permitió escoger consorte; y cuando los padres de la joven, en agradecimiento, le llevaron numerosos regalos, los ofreció a la pareja como dote de boda. Muy pronto la población cartaginesa, conocedora de este y otros gestos, alabó a Escipión por su clemencia.


La continencia de Escipión, cuadro de Federico Madrazo.

Cruel y ambicioso



A pesar de su gran inteligencia y astucia, Gengis Khan será siempre recordado por su enorme crueldad, de la que hizo gala hasta convertirla en parte esencial de su estrategia y su éxito militar. Una crueldad que ni siquiera cesó con su muerte: todo ser viviente que su cortejo fúnebre encontró en su camino fue exterminado. Sin embargo, este nómada temible fue un extraordinario estratega y un táctico innovador que, a pesar de su falta de experiencia en las guerras de asedio, llegó a ser un maestro consumado de ellas.

Muerto su padre Yesugei por los tártaros, el joven Temujin, de sólo 12 años, fue rechazado como líder heredero de su pequeño clan de mongoles, los *kiyat*, y él, su madre y sus parientes más inmediatos fueron abandonados por el grupo en un paraje semidesértico. Pero no sólo consiguió sobrevivir, sino que cinco años más tarde se había convertido en el nuevo líder del clan. Diez años después sería elegido Khan o rey de los mongoles al morir envenenado (por los tártaros, se dijo) su bisabuelo Kabul Khan, quien había expandido el territorio de los mongoles *borgijin*. Tomó entonces el nombre por el que sería famoso y temido, Gengis. En 1196, tras más de decenio y medio de guerra constante, los mongoles de Gengis Khan se consolidaron como una potencia del Asia central, primero mediante alianzas con los clanes mongoles más importantes y luego gracias a las recompensas obtenidas del emperador chino de la dinastía Jin por sus acciones contra los tártaros. Gengis aumentó entonces su poder rompiendo las alianzas y sometiendo, uno tras otro, a los clanes más importantes. Su reputación aumentó y, progresivamente, individuos aislados, pequeños grupos nómadas y tribus y clanes enteros fueron agregándose a sus estandartes.

EL INDO

Pakistán

▸ 1221

La batalla del valle del río Indo entre mongoles y persas se libró el 24 de noviembre. Gengis Khan hizo marchar durante la noche por las montañas a una tropa de 10.000 soldados hasta situarlos tras la retaguardia enemiga, lo cual impidió la retirada del ejército del Sha Jalal ad-Din y fue decisivo para la victoria de Khan.

Su aspecto, se dice, era imponente: alto para los niveles de su etnia y la época, de físico poderoso, frente despejada, larga barba pelirroja y penetrantes ojos de color gris verdoso, como los de un tigre.

El terror como arma. Sus dotes como guerrero incluían la capacidad para utilizar el talento de los demás, rodeándose de cuantos le pudieran ser útiles, incluso antiguos enemigos. Aunque su ejército siempre estuvo formado por nómadas, lo organizó sobre un esquema perfectamente ordenado y, como otros grandes líderes militares, además de permanecer en primera línea, fue un innovador capaz de correr riesgos. Supo adaptar su forma de combatir a distintas situaciones como, por ejemplo, el asedio de grandes ciudades, un arte que pronto dominó a pesar de ser completamente ajeno a la guerra de los mongoles, cuyas tácticas se habían desarrollado en las amplias estepas. También fue un maestro de la guerra psicológica, utilizando el terror hasta un punto en el que resulta difícil dilucidar cuándo su crueldad se debió a su época y su cultura y cuándo fue un simple medio político. La regla que estableció con las ciudades que se le sublevaban, el exterminio de todos sus habitantes, fue la mejor arma de su ejército.

MENSAJEROS A CABALLO

Todo líder guerrero sabe que las batallas se ganan con los ojos de otro, o lo que Liddell Hart llamaba "lo que hay al otro lado de la colina"; es decir, con la información. Pero el imperio de Gengis era tan vasto que no existía manera de mantenerle informado velozmente acerca de los sucesos acaecidos en sus confines. Gengis contaba, sin embargo, con la más amplia red de mensajería de su época: más de 250.000 caballos y casi diez mil estaciones. Estos puestos, en los que los mensajeros podían encontrar comida y caballos de relevo, estaban situados a menos de 40 km entre sí, permitiendo, se decía, que el Khan supiese de cualquier novedad ocurrida en sus enormes territorios día y medio después. Es, indudablemente, una exageración, pero de lo que no cabe la menor duda es de que el tiempo en recibir una noticia era el menor posible, dado que, además, los mensajeros disponían de la mayor autoridad y que sus órdenes eran prioritarias donde quiera que tuvieran que ejercerlas. Ni que decir tiene que las recompensas por su trabajo eran más que satisfactorias.

Mensajero mongol al galope, según una ilustración.

El primer militar moderno

CERIÑOLA

Italia

► **1503** En esta batalla, acaecida el 28 de abril en la segunda guerra de Nápoles, las tropas españolas, mandadas por el Gran Capitán y acantonadas en una pequeña villa protegida por un foso y un talud, derrotaron a las francesas de Luis de Armagnac. Ceriñola marcó el inicio de la hegemonía española en los campos de batalla europeos hasta la derrota de Rocroi (1643).

Además de las heredadas virtudes de "elegancia, generosidad, grandeza de espíritu y deseos de gloria", Gonzalo Fernández de Córdoba practicó en la guerra otras no menos destacadas, como la honorabilidad y la clemencia con el vencido. Nacido en la linde con el Islam y curtido, por tanto, en las guerras de frontera, con sus golpes de mano, escaramuzas, marchas y contramarchas y hasta asedios, Gonzalo fue un guerrero victorioso, carismático, querido por sus tropas y respetado por sus enemigos. Hábil diplomático y negociador, no le faltó una gran capacidad táctica y estratégica, de la que a menudo dio pruebas junto con las de su valor. Pero tal vez su mayor cualidad fuera la virtud militar de la disciplina.

Reactivó la infantería. Al arrojo para tomar rápidas decisiones y la eficaz coordinación de infantería, caballería y artillería se unieron su reconocimiento y estima de la valía del enemigo, como evidencia su gesto en Ceriñola de rendir homenaje al caído Luis de Armagnac, duque de Nemours. A consecuencia de su experiencia en la guerra de Granada, formó un ejército de unidades más pequeñas e independientes de lo usual en su época, una medida que le proporcionaba mayor movilidad, la ventaja determinante en batalla frente a los grandes ejércitos de bloques más consistentes y numerosos.

El agudo sentido táctico del Gran Capitán, desarrollado en cien encuentros, le permitía identificar con exactitud el momento adecuado para la intervención de cada arma, previamente dispuestas con el despliegue preciso. Su camaradería y don de gentes le hacían encontrar y pronunciar, ante la adversidad, las palabras justas para poner a sus hombres "nuevos corazones". Intuyó que la caballería, "más útil contra el enemigo roto que para romperlo", ya no sería más la reina de las batallas, y dispuso a su infantería, dotada con picas y arcabuces, en la formación que llamó coronelías y que sería la base de los Tercios españoles. En Ceriñola rompió la cohesión de la caballería francesa mediante la preparación de obstáculos en el campo y el combinado fuego de los arcabuces. Luego, el contraataque de sus compañías de infantes acabó con la infantería suiza, hasta entonces la mejor del mundo. En Garellano, la hábil disposición de dos líneas de ataque y la eficaz ocultación de la principal de ellas con una maniobra de engaño le permitieron la sorpresa de cruzar el río mediante un puente móvil, provocando el desplome del enemigo: ha quedado como ejemplo de ataque y envolvimiento por un solo flanco de la "aproximación indirecta" que Rommel, como otros antes, utilizará en Gazala casi cinco siglos después.

Gonzalo siempre ofreció la posibilidad de una rendición honrosa al enemigo vencido. Él no tuvo esa suerte: tras sus grandes triunfos en las campañas de Italia, el primer militar moderno comprobó que las recompensas por la lealtad no siempre son el afecto y la gratitud. ▪



PRISMA

CUENTAS DEL GRAN CAPITÁN

Aunque la expresión tiene un sentido irónico y suele usarse para describir contabilidades *de fantasía*, su origen está en un discutido hecho histórico: tras la muerte de la reina Isabel, Fernando pidió a Gonzalo de Córdoba que rindiera cuentas de lo gastado en Italia. La respuesta fue tan característica del supuesto carácter español que, *se non è vero, è ben trovato*. La transcribimos en su versión más conocida:

«Doscientos mil setecientos treinta y seis ducados y nueve reales en frailes, monjas y pobres para que rogaran a Dios por la prosperidad de las armas españolas. Cien millones en picos, palas y azadones. Cien mil ducados en pólvora y balas. Diez mil ducados en guantes perfumados para preservar a las tropas del mal olor de los cadáveres de los enemigos. Ciento setenta mil ducados en poner y renovar campanas destruidas por repicar todos los días por las nuevas victorias conseguidas. Cincuenta mil ducados en aguardiente para las tropas en días de combate. (...) Setecientos mil cuatrocientos noventa y cuatro ducados en espías. Y cien millones por la paciencia de tener que escuchar ayer que el Rey pedía cuentas a quien le ha regalado un reino.»

ALBUM

Ducado de oro de Fernando I.

Alemania

LÜTZEN

▸ 1632

Fue uno de los hechos decisivos de la Guerra de los Treinta Años: el 6 de noviembre se enfrentaron en esta localidad de Sajonia las tropas del Sacro Imperio Romano Germánico, dirigidas por Wallenstein, y las de la Unión Protestante que comandaba el rey de Suecia; éste cayó muerto en el combate y no pudo ver la victoria de los suyos.

El rey innovador

Este rey sueco ha sido llamado "padre de la guerra moderna" por sus cualidades como organizador, instructor y coordinador de todas las armas de su época. Su capacidad para elevar la moral de la tropa convirtió al ejército sueco en dueño del campo de batalla.

Ascendido al trono cuando no había cumplido los 17 años, Gustavo gozaba de una sólida educación (llegó a hablar una docena de lenguas) y poseía amplias nociones teóricas del arte de la guerra. Devoto luterano, era un hombre fuerte y alto, de cabello rubio oscuro y barba en punta, que gustaba de compartir los riesgos con sus soldados, viviendo –y vistiendo– en campaña como el resto de sus tropas, que, naturalmente, lo adoraban. Su valor y su apariencia le valieron el apodo de León del Norte, aunque su complejo carácter ocultaba gran capacidad de juicio de las situaciones, enorme comprensión de la naturaleza humana y una mente ágil que solía sorprender a los embajadores, engañados por su franqueza y la simplicidad de su apariencia. Supo rodearse de hombres de talento, sin importarle que fueran simples soldados ascendidos o mercenarios, a los que fue capaz de inspirar lealtad. Uno de ellos, el escocés Robert Munro de Foulis, también conocido como el Barón Negro, escribiría del monarca sueco: "Fue un guerrero valeroso y, lo que es más, un buen hombre, magnánimo, sabio, justo, dotado para el aprendizaje y con don de lenguas, que además tenía la fortaleza y la estatura para ser un espléndido comandante."

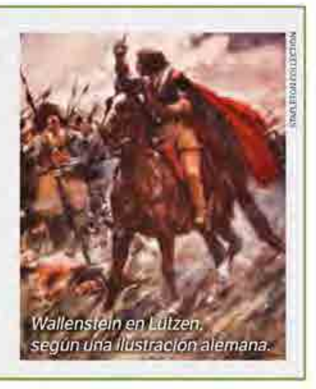
Un gran modernizador. Gustavo creó un sistema de reclutamiento en el que uno de cada diez varones suecos prestaba servicio y los restantes proporcionaban los medios para su mantenimiento. A pesar de ello tuvo que contratar mercenarios. Redujo, como Gonzalo de Córdoba, el tamaño de sus unidades y, como él, las dotó con más y mejores armas de fuego. Creó las brigadas, con de dos a cuatro regimientos a su vez formados por ocho batallones de cuatro compañías, con 72 mosqueteros y 54 piqueros que solían formar en T invertida, disposición que resultaba eficaz en ofensiva y en la defensa. Homologó, como luego Napoleón, los calibres de la artillería y dotó a los regimientos de su propia artillería de apoyo directo. Su mayor contribución fue el retorno de la caballería, que reorganizó para la carga con sable, abandonando el caracoleo, táctica que carecía de impacto sobre los densos cuadros de infantería.



Por encima de todo, Gustavo Adolfo fue un autócrata que no admitía el desafío. Obsesionado con mantener un Báltico sueco, tuvo el propósito de crear un dominio en Alemania, acelerando en más de cien años su evolución política y económica. Murió en Lützen (1632), ante las fuerzas germanas de Wallenstein, pero la ira de sus tropas consiguió para él una victoria póstuma. Las cuatro campañas de ofensiva a ultranza de Gustavo Adolfo dejaron al Imperio sin ejércitos, sin dinero y casi sin prestigio, tan debilitado que ya nunca volvió a ser lo que había sido antes. Como Alejandro, dice Fuller, "murió antes de cumplir su tarea, y lo que quedaba por hacer era demasiado para ser logrado por los que le sucedieron". ▪

UN MERCENARIO AMORAL

De origen relativamente humilde, Albrecht von Wallenstein consiguió, mediante sus habilidades militares, una boda afortunada y toda clase de maquinaciones, un patrimonio que le permitió no sólo poseer la mayoría de las tierras de Bohemia, sino también reclutar ejércitos de mercenarios y ponerlos al servicio del emperador Fernando II, así como prestarle a éste ingentes cantidades de dinero. El favor era correspondido no sólo con intereses, sino además con una posición de tal independencia que Wallenstein ni siquiera tenía que informar a Viena antes de emprender una acción militar. La situación no mejoró para el Emperador ni siquiera tras la derrota de Lützen, pero los abusos del mercenario y el hecho de que mantuviera relaciones con los enemigos del Imperio llevaron a que, finalmente, fuera eliminado mientras dormía por un grupo de dragones imperiales en su fortaleza de Eger.


Wallenstein en Lützen, según una ilustración alemana.

Diplomático y experto

Duque de Marlborough (1650-1722)



No puede decirse ciertamente de John Churchill, duque de Marlborough, que fuera innovador o un genio de la táctica. Pero su conocimiento de las posibilidades técnicas y armamentísticas de la época fue parejo a sus dotes de hábil negociador y diplomático, capaz de mantener la inestable coalición anglo-holandesa en la larga guerra contra Luis XIV de Francia y en la Guerra de Sucesión de España.

Su primer destino fue Tánger, donde el joven Churchill aprendió los rudimentos del arte de la guerra luchando contra moros y piratas berberiscos y participando en el bloqueo de Argelia, base principal de los piratas, y en otras acciones navales menores; se distinguió en el asedio de Nimega, en el que el mariscal Turenne lo tomó como discípulo.

De victoria en victoria. Tras diversos episodios desafortunados (fue apresado por traición y luego liberado, al confirmarse la falsedad de la acusación), llegó su oportunidad con el estallido de la Guerra de Sucesión Española. Con 52 años, Churchill asumió el mando de los ejércitos británicos en la campaña bélica contra Francia. En una época de guerras limitadas, en las que las marchas de las unidades se hacían de fortaleza en fortaleza, predominaban los asedios y la habilidad de un general se medía por su capacidad para evitar batallas, Marlborough llevó a cabo una victoriosa campaña contra los franceses y venció en Venloo, Roermond, Stevensweert y Lieja, triunfos por los que la reina Ana, amiga íntima de su esposa, le concedió el título de duque de Marlborough y marqués de Blandford.

En 1704, Churchill emprendió una nueva campaña descendiendo por el Rin y adentrándose en el corazón de Francia, para luego girar hacia el Este y liberar al Emperador de la presión a la que lo sometían franceses y bávaros, que estaba a punto de hacerle abandonar la coalición. De saberlo, ni la reina ni los holandeses lo hubieran permitido, así que la marcha tuvo que hacerse con el mayor sigilo y con rapidez, para cubrir 300 km en poco más de un mes, derrotar a sus enemigos en Schellenberg y acceder con seguridad al Danubio. El 13 de agosto, y ya junto a los austriacos, derrotó a los franco-bávaros en Blenheim mediante una de sus inesperadas y sorpresivas marchas en la oscuridad y aprovechando la niebla. Comprendiendo que el despliegue enemigo era más fuerte en el ala derecha, decidió que no esperarían el ataque por esa zona y, por ello, fue exactamente lo que hizo, aprovechando la distracción de un ataque fingido sobre el ala izquierda francesa. Esta fue la batalla más importante ganada por los británicos en Europa desde Agincourt (1415) y permitió la conquista de Baviera. En Oudenarde (1708), Marlborough repitió la victoria haciendo un espléndido uso de la infantería y su poder de fuego; pero, a pesar de los grandes triunfos obtenidos, sufriría luego el acoso político y la falsedad de varias acusaciones de apropiación indebida de fondos públicos. ▪

BLENHEIM

▸ 1704

Alemania

Conocida como batalla de Höchstadt en la historiografía alemana, tuvo lugar el 13 de agosto junto al pueblo bávaro de Blindheim (o Blenheim) y fue la victoria decisiva de las potencias de la Gran Alianza sobre Francia, dentro de la Guerra de Sucesión Española. La derrota del Rey Sol acabó con su sueño de dominar Europa.

CONTROL E INFORMACIÓN

Aunque estas funciones correspondieron a los jefes militares prácticamente desde la antigüedad, Marlborough fue el primero en establecer un sistema organizado, que le permitió un grado inusual de control operacional. Solía realizar un reconocimiento personal del terreno y del despliegue de fuerzas una vez que su intendente, el irlandés William Cadogan, hacía previamente el suyo. Acostumbrado a calcular y planear las marchas diarias y los vivaques, su descripción de la orografía, las distancias y la disposición de las formaciones solían ser perfectas. Una vez comprobados personalmente tales extremos, Marlborough confiaba para controlar la batalla en bien adiestrados edecanes (palabra que proviene de *aide-de-camp* o ayuda de campo), que actuaban como sus oídos y sus ojos y recorrían las unidades para regresar con las noticias, siempre a lomos de caballo, hasta el puesto de mando, normalmente establecido en una colina u otro punto alto. También disponía de mensajeros a pie, de característico uniforme azul que los identificaba como tales. Se desplazaban a la carrera y solían sufrir menos bajas que los jinetes.



Plano de la batalla de Blenheim, todo un triunfo de Marlborough.

Un audaz estratega



De Federico II de Prusia, cuya juventud rebelde y liberal se vio condicionada por la tiranía de su padre y la sobreprotección de su madre (pese a la cual sería un gran misógino), dijo Napoleón que fue "un hombre superior en los momentos críticos, y de gran audacia". No sólo fue innovador –inventó la artillería montada, verdadero precedente de los modernos carros de combate–, sino que supo sacar provecho de sus propios errores y dotó al ejército de movilidad y rapidez de fuego. Creador de la "gran táctica", impulsó la instrucción de sus soldados hasta un nivel extraordinario, quizás por la baja opinión que tenía de los ejércitos, compuestos, a su parecer, "por hombres ociosos".

Federico contó con la ventaja de ser un autócrata que podía llevar a cabo sus propias decisiones; aunque a veces recibiera ayuda exterior para la supervivencia de Prusia, la mayoría de sus conflictos bélicos lo enfrentaron contra grandes coaliciones, a las que pudo derrotar gracias a su perfecto uso de las líneas de comunicación interiores, como durante la Guerra de los Siete Años (1756-1763), en la que derrotó sucesivamente a franceses, suecos, rusos, austriacos y sajones.

Disciplina prusiana. Los cuatro principios básicos de su doctrina militar, de los que dejó constancia en sus *Instrucciones* (1748), fueron la más estricta disciplina –"los hombres deben temer más a sus oficiales que al enemigo"–, la subsistencia –"la base de un ejército es su vientre"–, la importancia decisiva de la ofensiva –"la guerra la deciden las batallas"– y el racionalismo, tanto en las cuestiones tácticas como estratégicas –"sólo es posible lo que es racional". Su muy instruido ejército (todavía hoy, prusiano es sinónimo de disciplina estricta) podía realizar complicadas maniobras que confundían a sus enemigos, más lentos y que con frecuencia se estorbaban unos a otros en orden cerrado. Su táctica favorita, como la de Alejandro, fue el ataque en orden oblicuo, ideal para superar la inferioridad numérica, ya que, de esta forma, oleada tras oleada de sus fuerzas golpeaban contra un solo flanco, gozando en ese punto de superioridad como para arrollar la línea enemiga. De ahí también su preferencia por los obuses en la artillería, que los sacó de su anterior cometido casi único en los asedios: consciente de que los austriacos solían posicionarse tras las colinas, Federico el Grande utilizó obuses para disparar sobre ellos.

En Leuthen (1757), Federico se aproximó al enemigo austriaco, superior en número y emplazado en torno a la ciudad, en cuatro columnas. El ala derecha enemiga se había reforzado en espera de que Federico repitiera su ataque principal en ese punto. Comprendiéndolo, el prusiano envió parte de su caballería contra el ala derecha y centro del enemigo, mientras atacaba el ala izquierda con el resto de su caballería. Luego, tras rechazar en la derecha un contraataque, inició el ataque principal precedido por un fuerte bombardeo de su artillería. Su infantería, en orden oblicuo, fue chocando contra el recodo de la línea austriaca y la obligó a retirarse. Sólo la caída de la noche los salvó de la destrucción total.

LEUTHEN

▸ 1757

Polonia

El decisivo combate entre Prusia y Austria, dentro de la Guerra de los Siete Años, se produjo el 5 de diciembre en esta localidad de Silesia. Napoleón llamó a la victoriosa táctica prusiana "pieza maestra de maniobra y resolución. Basta con ella para inmortalizar a Federico y colocarlo entre las filas de los generales más grandes".

EL TRIBUTO DE NAPOLEÓN

Napoleón, al visitar respetuosamente la tumba de su admirado Federico II de Prusia, dijo: "Si él estuviera vivo, nosotros no estaríamos aquí". El ejército napoleónico había vencido a los prusianos en Auerstadt, hacía apenas dos semanas: una derrota aplastante que consternó a Europa. Pero Napoleón sabía que Federico no se habría dejado vencer con tanta facilidad; de hecho, la campaña contra Prusia había durado tan sólo 19 días, mientras que, contra la Primera Coalición, Prusia había luchado durante tres años. El *rey sargento* reposaba en un sencillo ataúd de cedro recubierto de bronce, sin adornos ni inscripciones. Berlín estaba intacta, pues la corte había huido sin la menor resistencia: ni siquiera se habían llevado la espada de Federico, su ceñidor ni el gran cordón de las órdenes. Napoleón se apoderó de ellos, entusiasmado: "Prefiero estos trofeos a todos los tesoros del rey de Prusia. Los enviaré a mis veteranos de los campos de Hannover y los daré al gobernador de los Inválidos, para que los guarde como testimonio de las victorias de la Grande Armée". Lo cierto, sin embargo, es que conservó la espada como una de sus posesiones más preciadas.


Napoleón ante Federico II, *de Marie Ponce-Camus.*

La guerra total

JENA

Alemania

▸ 1806 El ejército francés venció a las tropas de Federico Guillermo III de Prusia el 14 de octubre. El día antes había llegado a Jena un cuerpo del ejército dirigido por el mariscal Lannes; al sumársele las fuerzas de Napoleón, juntaron más de 100.000 hombres. Tras esta victoria y la de Auerstadt, tomaron sin problemas Berlín y la familia real prusiana hubo de exiliarse.



Napoleón no fue, desde luego, un innovador —"no añadió nada a los ejércitos de Francia, salvo victorias"—, hasta el extremo de que su nula visión de futuro lo llevó a disolver el Cuerpo Aerostático (que había permitido la victoria en Fleurus, en 1794, durante las guerras revolucionarias) y, a pesar de financiar el submarino de Fulton, nunca lo tomó realmente en serio. Eminentemente práctico, desarrolló la organización del ejército creando planas mayores a nivel de cuerpo y división y estableciendo una verdadera cadena de mando. Creó los cuerpos del ejército, grandes formaciones autosuficientes que se trasladaban en numerosas columnas para facilitar su abastecimiento, repartiendo la carga entre las zonas por las que avanzaban. Verdaderos ejércitos en miniatura, podían mantenerse contra un enemigo superior hasta que las restantes unidades llegaran, incluso un día entero. Esta flexibilidad fue clave en muchas de sus victorias, ya que los cuerpos podían avanzar dispersos hasta tener el objetivo a la vista y entonces concentrarse con rapidez, como demostraron en Ulm (1805) y en Jena (1806). Para 1812, empero, prácticamente todas las grandes potencias, excepto Gran Bretaña, habían adoptado este *arma secreta*.

Genio de la estrategia. Las guerras de Napoleón son guerras totales: la democracia ha instaurado el servicio militar universal y todos los recursos de la nación se ponen a disposición del conflicto. No obstante, él prefería las guerras cortas y rápidas con victorias aplastantes, como demostró con su conquista de Prusia en 1806. Dos facetas de esta forma de guerra, el imposible bloqueo económico de Inglaterra y la guerra de guerrillas en España, fueron claves para la derrota final de Francia.

Como estratega, Napoleón no tenía rival y utilizaba principalmente dos tácticas. Si el enemigo era superior en número, sus fuerzas se desplegaban en una vanguardia, dos alas y una reserva y avanzaban hasta ocupar una posición central, dividiendo así al enemigo en dos; luego, con tiempos mesurados, libraba una serie de batallas menores por turnos, con superioridad numérica localizada gracias a la reserva. Cien veces las utilizó pero no le funcionaron, sin embargo, en Waterloo. Si el oponente era inferior, adoptaba una táctica de envolvimiento, fijándolo con parte de sus fuerzas y haciéndole creer que se enfrentaba al grueso de éstas, y luego, a marchas forzadas, alcanzaba la retaguardia enemiga y cortaba sus líneas de suministro y comunicaciones. Marengo es un buen ejemplo de esta táctica, que usó, con variaciones, en una treintena de ocasiones.

Aunque comentó ampliamente los principios de la guerra desde su punto de vista, jamás los enumeró en parte alguna. No obstante, puede deducirse que eran básicamente seis: mando único concentrado en su persona, lo que le permitía libertad total de acción; una fe absoluta en la ofensiva (como Alejandro, Gustavo Adolfo y Federico el Grande), aunque nunca fue un general temerario; confianza en la rapidez de movimientos; el logro de la sorpresa estratégica; su obstinación en concentrar fuerzas superiores en el punto decisivo y, finalmente, un sistema defensivo cuidadosamente planificado. ▪

LA LEVA EN MASA

Aunque tradicionalmente se acepta el cañoneo de Valmy –estéril encuentro entre los ejércitos de Francia y Prusia– como punto final del periodo de las guerras de los monarcas absolutistas, lo cierto es que el verdadero cambio a la bárbara época de las guerras revolucionarias tiene fecha exacta: el 23 de agosto de 1793, cuando un Decreto de la Convención estableció el reclutamiento general y obligatorio. Su primer artículo no dejaba lugar a dudas: "Desde este momento y hasta que nuestros enemigos hayan sido expulsados del territorio de la República, todos los franceses quedan sujetos permanentemente al servicio en los ejércitos." Probablemente se trata de la ley constitucional que más amplia influencia ha ejercido en la historia. La democracia hacía a todos los hombres iguales, pero fue la *levée en masse* lo que convirtió ese propósito en real. Había comenzado, diría Foch, "una nueva era, la de las guerras nacionales, destinada a volcar en la lucha todos los recursos de la nación. Los objetivos ya no serán la conquista o la posesión, sino la defensa y propagación de las ideas."


La leva, representada en el Arco de Triunfo (París).

WATERLOO

Bélgica

▸ 1815

Esta batalla, librada el 18 de junio cerca de la ciudad belga del mismo nombre, supuso el fin de la Campaña de los Cien Días de Napoleón, tras su vuelta del exilio en Elba, y también el final del I Imperio Francés, derrotado por la coalición de tropas británicas, holandesas y alemanas dirigida por el duque de Wellington.

Frío y calculador

Aunque un hombre nazca en un establo, eso no lo convierte en caballo". Así explicaba este hijo de terratenientes anglo-irlandeses, que nació en Dublín el mismo año que Napoleón (1769) y allí pasó sus primeros años, su negativa a considerarse irlandés. Estudiante en Eton, hubo de contentarse, a la muerte de su padre, con completar sus estudios en una escuela de equitación en Francia por razones económicas.

Solitario y taciturno y sin facilidad para las relaciones sociales, su madre decidió, preocupada por su difícil futuro, que ingresara en el Ejército, pero aun así ni siquiera ella veía sus cualidades como militar: "Arthur viste por primera vez la casaca roja. Cualquiera puede ver que no tiene el porte de un soldado", escribió apesadumbrada. Sin embargo, tras ser enviado con el 33º Regimiento de Infantería a la India, aprendió durante nueve años el duro oficio de la guerra, participó en numerosas batallas, consiguió, como jefe de una división, su primera victoria al derrotar a una fuerza enemiga cuatro veces superior en número y acabó por convertirse en el mejor ejemplo del oficial británico frío y calculador, impasible ante las adversidades. De regreso a la metrópoli, fue enviado en 1809 a Portugal y posteriormente nombrado Comandante en Jefe Aliado en la guerra contra Napoleón, llevando a cabo la que los ingleses llaman "Guerra Peninsular".

Doblegó a Napoleón. Alto (casi 1,80 metros) y de presencia robusta, de rasgos pronunciados entre los que destacaban los ojos claros, el mentón prominente y la nariz aguileña, su presencia emanaba confianza en sí mismo. Era muy querido por sus hombres, con los que compartía los riesgos en batalla —se dice que durante los tres años de campaña en la península Ibérica durmió la mayoría de las veces vestido— para desesperación de los oficiales, que se quejaban constantemente de su tendencia a exponerse al peligro siendo como era indispensable, ya que "todo dependía de él", como escribió uno de ellos. Para Wellington, cuyo modelo de guerra se basaba en el valor de la acción defensiva, el orden y la disciplina de la formación y la prevalencia de la seguridad y bienestar de sus soldados, los tres factores tácticos claves para una victoria fueron siempre la primacía de la maniobra, el establecimiento de buenas posiciones defensivas de partida y la más precisa regulación del tiro.



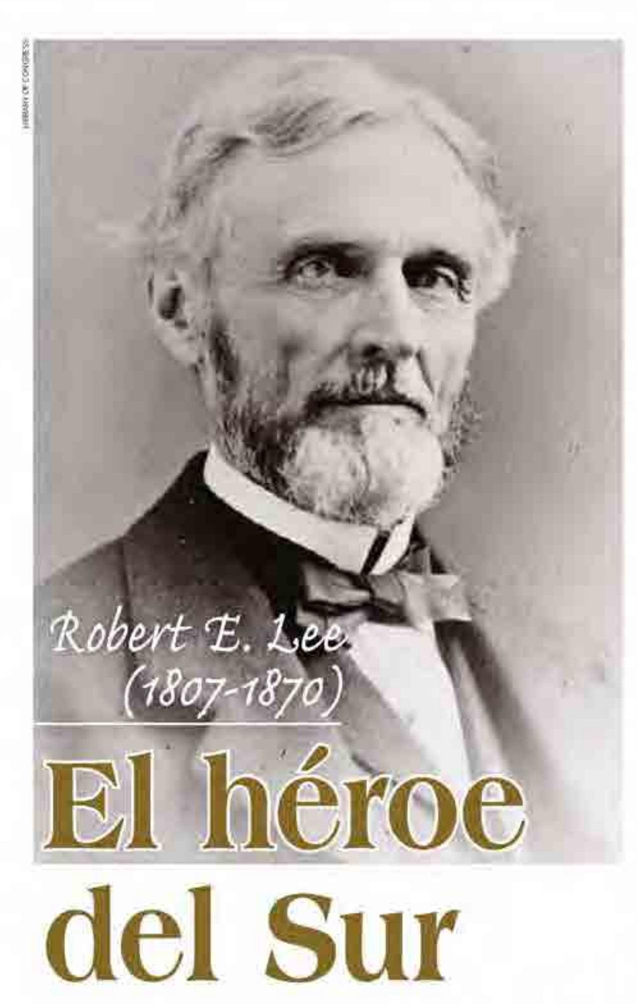
Aunque su mayor gloria la encontró durante el acto final de la Campaña de los Cien Días, la famosa batalla de Waterloo, en la que sus tropas dispuestas en cuadro resistieron el ataque en columna de la vieja guardia de Napoleón, quizás el encuentro más brillante de este líder militar (que solía despotricar durante los momentos de frustración, pero cuya autoridad nunca fue cuestionada por sus hombres) fuera la batalla de Los Arapiles, más conocida en Inglaterra como "la de Salamanca", en la que su dispositivo en tres columnas, una de ellas oculta de los ojos franceses tras unas colinas bajas, desbarató el intento de Marmont de flanquearlo extendiendo su ala izquierda y abandonando sus posiciones defensivas. Un intento que le costó una derrota que se convertiría en el punto de inflexión de la guerra en España.

UNA BUENA LOGÍSTICA

Al contrario que los ejércitos napoleónicos, que "vivían del terreno" y por tanto se granjeaban el resentimiento de los habitantes de las zonas por las que se desplazaban, las fuerzas de Wellington en España dispusieron de un eficaz sistema de suministro que, a través de los puertos portugueses, recibía con regularidad armamento, repuestos y municiones, gracias al dominio del mar del que gozaban los Aliados. Al mismo tiempo, los alimentos y pertrechos se compraban y abonaban a los fabricantes y proveedores locales, mientras que el grano, devastadas las cosechas españolas y portuguesas por la guerra, se importaba de América, el Asia menor y el norte de África. En 1812, las fuerzas de Wellington en la península Ibérica contaban con casi 40 depósitos de suministros esparcidos de forma conveniente, de los que partían los convoyes de carromatos y mulas que abastecían a las unidades. Cada batallón británico disponía de su propia reata de acémilas, con algo más de una docena de animales de carga, y cada división contaba, además, con 300 o 400 mulos adicionales.



Vino de Sanlúcar de 1812, del suministro de Wellington.



LIBRARY OF CONGRESS

El héroe del Sur

A pesar de estar contra la esclavitud y de haber liberado a sus propios esclavos por razones éticas, Lee no dudó un instante en ponerse al servicio "con mi espada y, si es necesario, con mi vida" de su estado natal, Virginia, al estallar la Secesión americana, incluso renunciando a la oferta de Lincoln del mando del Ejército Federal. Lee, a pesar de que muchos lo consideraron un hombre del siglo XVIII y, por tanto, perteneciente aún a la era preindustrial y agrícola, fue un líder militar muy apreciado por sus hombres, que le conservaron su afecto incluso después de la derrota. Gentil, agradable y de buena presencia, Lee era un hombre profundamente religioso, que fue muy querido por quienes estuvieron bajo su mando. Gran estratega (y uno de los comandantes más agresivos de la historia), su mayor cualidad fue su enorme capacidad para intuir las disposiciones e intenciones del enemigo gracias a una cuidadosa información, como en Chancelorsville (1863), conocida como la "batalla perfecta" de Lee, en la que se arriesgó con éxito a dividir sus efectivos ante una fuerza rival muy superior. Su audacia ocasionó una importante derrota de la Unión, que hubiese sido decisiva y tal vez llevado a la victoria confederada en la guerra si no hubiera sido por la muerte del teniente general *Stonewall* Jackson (quien, brillantemente, había rodeado el ala derecha de los unionistas), lo que impidó explotar el éxito con una persecución inmediata.

El fin de la caballerosidad. En una guerra en la que el poderío industrial resultó decisivo y en la que el único principio rector fue (y así sería ya para siempre) el de la eficacia, sin las cortapisas de la moral o la caballerosidad, la tarea de Lee estaba destinada al fracaso. La Guerra de Secesión fue un conflicto de infantería y caballería, de balas de fusil y de trincheras, pero también de alambradas ("un ingenio diabólico que sólo podía haber inventado un yanqui"), granadas de mano, cohetes y trampas explosivas, y en el cual hasta aparecieron las primeras ametralladoras, los torpedos, los acorazados y los submarinos. Se usaron globos para la observación y el tiro de la artillería, telégrafos de campaña, transmisiones por semáforos de luces y de banderas y, en gran medida, la logística y el transporte por ferrocarril, incluso con trenes blindados. Fue una guerra total que incluyó la destrucción de carreteras, casas, almacenes e instalaciones agrícolas y ganaderas, el saqueo e incendio de poblaciones enteras... En medio de ese panorama, los logros de este caballero del Sur, como la hábil defensa y mejor retirada en Antietam o la derrota en Fredericksburg del ejército unionista del Potomac en su ofensiva contra la capital sureña, cobran su verdadera dimensión: dos veces estuvo a punto de ganar al invadir el Norte y fue capaz de conseguir que la escasamente industrializada Confederación soportara cuatro años de intensa guerra.

Pasaría a la historia, sin embargo, por su derrota en Gettysburg, típico ejemplo de un encuentro fortuito que aumenta hasta convertirse en una gran batalla. Lee falló al no conseguir que los nordistas se hundieran, ya que resistieron durante dos días hasta que llegaron los refuerzos de Meade, pero su principal error fue haber enviado a la caballería a realizar una incursión, lo que le privó de la vital información. ▪

CHANCELORSVILLE

▸ 1863

Estados Unidos

Entre el 30 de abril y el 6 de mayo, el ejército del Potomac comandado por el general unionista Joseph Hooker y el de Virginia del Norte, con la mitad de efectivos y a las órdenes de Lee, libraron un combate sin cuartel, que se saldó con la victoria confederada. Lee comparó la muerte del general Jackson con "perder mi brazo derecho".

AVANCE ARMAMENTÍSTICO

La revolución industrial puso en manos de los combatientes en esta guerra no sólo versiones perfeccionadas de las armas tradicionales, como el fusil de repetición o la artillería de retrocarga, sino también nuevos medios de transporte y comunicaciones, como el telégrafo y el ferrocarril. Se probaron asimismo buques acorazados (los monitores), torpedos, minas y hasta primitivos submarinos. Incluso aparecieron las primeras ametralladoras (la Maxim de 1884) y el alambre de espino. Todos estos avances influirían decisivamente en el desarrollo y las tácticas de las guerras pero, sobre todo, la mayor evidencia del poder de la industria residió en la capacidad para la producción en masa: cientos de miles de suministros, balas, explosivos, proyectiles de artillería y armas inundaron los arsenales, especialmente los del Norte. El Sur, agrícola y esclavista, se vio obligado muchas veces a comprar sus armas en el exterior, y eso llevó a la Unión a instaurar un bloqueo naval que poco a poco asfixió la economía sudista, obligada además a exportar sus materias primas para subsistir.


LIBRARY OF CONGRESS

Un telégrafo de campaña durante la Guerra de Secesión.

El soldado práctico

SADOVÁ

▸ 1866
Tuvo lugar el 3 de julio en esta localidad (entonces parte de la Bohemia austriaca), en el marco de la Guerra de las Siete Semanas entre Prusia y Austria. La victoria de Von Moltke, en la que tuvo un papel decisivo el fusil de retrocarga, consolidó la hegemonía prusiana y aceleró el proceso de unificación de Alemania.

Helmuth von Moltke (1800-1891)

Discípulo de Clausewitz, de quien recibió clases en la Academia de Guerra de la que el gran teórico era director, Helmuth von Moltke, estando de viaje por el Mediterráneo en 1835, conoció al sultán de Constantinopla y fue nombrado asesor militar suyo, con la misión de reformar el ejército turco. La tarea resultó poco menos que imposible, dado el estado de las fuerzas del sultán, su anticuado armamento, su obsoleta estructura y, muy especialmente, el grado de corrupción imperante entre sus jerarquías. Participó en la guerra del Kurdistán, en la que gracias a su talento llevó a cabo una campaña brillante, pero lo ignoraron en la expedición contra Egipto, que resultó un completo fracaso por las constantes injerencias del sultán.

De regreso a Berlín, sus cualidades no pasaron desapercibidas y, en la reestructuración del ejército alemán llevada a cabo por Guillermo I, fue nombrado Jefe del Estado Mayor General. Hombre excepcionalmente modesto aunque de amplia cultura, su carácter eminentemente práctico le llevó a rodearse de un pequeño círculo de talentos, con los que reformó de raíz el sistema de enseñanza militar. Profundo estudioso de lo bélico, a pesar de su admiración por las teorías de Clausewitz y los métodos napoleónicos consideró la guerra un negocio antes que un arte o una ciencia, lo que le llevó a equilibrar siempre la fuerza a invertir en un conflicto en función de los beneficios a conseguir.

La importancia del ferrocarril. Como Napoleón, supo valorar el movimiento como un elemento esencial de la guerra, adaptándolo no obstante a los tiempos y convirtiendo por tanto al ferrocarril en el factor estratégico más importante; apreciación que le hizo aprovechar al máximo las líneas férreas en la guerra contra Austria de 1866 y deducir, del estudio de la red francesa, que los galos concentrarían sus fuerzas en Metz y Estrasburgo, circunstancia de la que se sirvió para el plan estratégico que le daría la victoria en 1870 en Sedán, fin de la guerra franco-prusiana. Supo intuir también que, al ser los ejércitos más numerosos y los despliegues más complejos, se requeriría una profunda descentralización del mando y que, para que éste no perdiera su capacidad de dirigir la contienda una vez se produjese el choque inicial, habría que reemplazar el plan de operaciones por una serie de directivas generales. De Clausewitz aprendió su interés por los asuntos extranjeros y la política, así como a reconocer la primacía de esta última sobre lo militar, aunque una vez iniciada la guerra no se mostró nunca dispuesto a permitir injerencias en la dirección de las operaciones, lo que le llevó a continuos roces con los responsables políticos, especialmente con Bismarck (llegó a oponerse a ejecutar su orden de bombardear París por razones logísticas, aunque al final cedió).

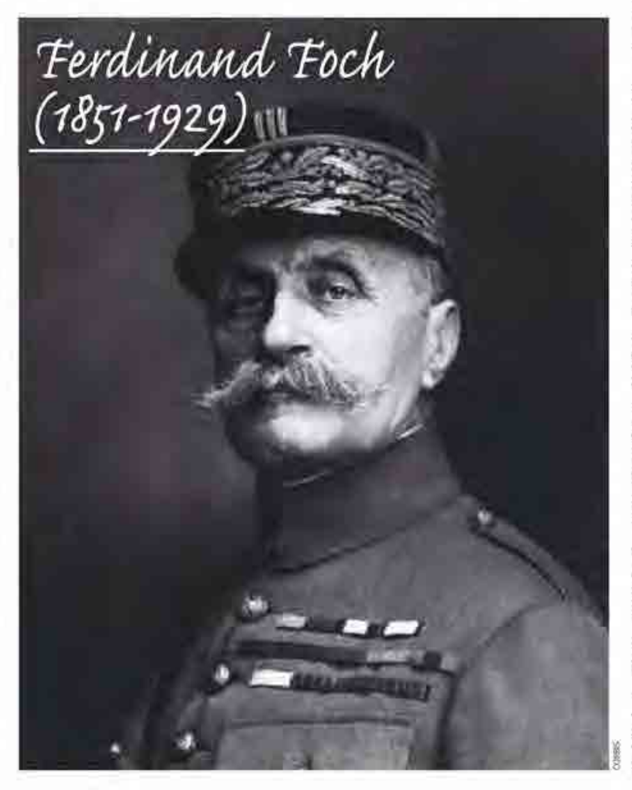
Hombre previsor, durante sus últimos años en el Estado Mayor trató de resolver el asunto de la guerra en dos frentes, que sería la pesadilla de sus sucesores tanto en la Primera Guerra Mundial como en la Segunda.

LA NUEVA ARTILLERÍA

Durante siglos, la artillería de avancarga, a pesar de su efecto demoledor sobre las formaciones, podía ser neutralizada con una decidida carga de caballería que, alcanzando sus posiciones, eliminara a sus sirvientes y *clavase* las piezas. Esta última acción, la introducción de un clavo en el *oído* del cañón, impedía su posterior uso por no poderse dar fuego a la pólvora utilizada para disparar los proyectiles. Esto era posible porque, a cada disparo, el cañón se desapuntaba con el retroceso y era necesario volver a apuntar. Además, la carga por la boca de la pieza era lenta y engorrosa, lo que permitía a los rápidos jinetes no sufrir demasiadas bajas en sus, no obstante, peligrosas acciones. A principios del siglo XIX, las cosas empeoraron para los artilleros con la aparición de los fusiles de ánima rayada, cuyo alcance permitía a la infantería batir a los artilleros desde fuera del alcance de los cañones, que por la época napoleónica no superaba los mil metros. Para desgracia de la caballería francesa en Sedán, la artillería alemana era ya a finales de siglo de retrocarga y sus ánimas eran también rayadas, con un alcance de 4.000 metros. La época de las cargas contra la artillería se había acabado.


La rendición de Sedán, litografía de W. Loeillot.

Ofensiva a ultranza



Francia

SOMME

► 1916

Fue una de las batallas más largas (del 1 de julio al 18 de noviembre) y sangrientas (más de un millón de bajas) de la Primera Guerra Mundial. Británicos y franceses trataron de romper las líneas alemanas al norte y al sur del río Somme; no lo lograron del todo, aunque la batalla supuso un avance definitivo para los aliados.

Soldado en la guerra franco-prusiana de 1870, graduado como oficial de artillería en la posguerra (a pesar de sus humildes orígenes) y uno de los escasos generales destacables de la Primera Guerra Mundial, Foch creía que "en el combate son las fuerzas morales y no las fuerzas materiales las que están en lucha. El más fuerte, triunfa. El vencedor ha perdido muchas veces más hombres que el vencido".

De la teoría a la realidad. Profesor y luego director de la École de Guerre, sus lecciones y conferencias se recogieron en dos obras que se convertirían en básicas para el ejército francés, pero de las que la principal consecuencia a extraer era su obsesiva teoría de la "ofensiva a ultranza", a la que nunca fue capaz de ver sus numerosos fallos y en la que defendía, a base de cálculos matemáticos excesivamente sencillos y con falsas premisas, que "cualquier mejora de la tecnología de las armas de fuego está destinada a reforzar la ofensiva". Llevado al extremo por su pensamiento, Foch se cegó ante el poder de fuego de las armas modernas de infantería, sin apreciar que, por alta que sea la moral de los atacantes, ésta no les protegerá de las balas de los defensores, más difíciles de batir en sus trincheras y tras las alambradas.

Fue, sin embargo, más aguda su clarividencia al analizar las causas de las guerras modernas, a las que consideró, como Moltke, "empresas comerciales realizadas por toda una nación", extendiendo por tanto la responsabilidad a la totalidad de los ciudadanos y apelando por ello a las pasiones individuales. Vio así que, en las guerras por venir, "habría que llegar hasta el límite para encontrar el objetivo". Las armas, afirmaba Foch, se emplearían ahora "por una idea, un principio, sin importar el fin". La estrategia, por tanto, sería "buscar a los ejércitos enemigos, centro del poder del adversario, al objeto de batirlos y destruirlos".

A pesar de que sus teorías sobre la prevalencia de la ofensiva y la superioridad moral sufrieron un duro embate durante los primeros años de la guerra de 1914, Foch comenzó a esbozar una doctrina táctica para salir de la situación de parálisis en que se encontraban los contendientes. En 1916 recibió el mando de las fuerzas francesas durante la gran ofensiva del Somme, en la que puso en práctica sus teorías sobre la saturación de las defensas enemigas con masivos bombardeos artilleros que podían durar la mayor parte del día, mientras la infantería se concentraba a su amparo en realizar ataques en masa desde diferentes direcciones. Aunque no funcionó exactamente como lo había previsto, Foch perfeccionó su método hasta que, dos años después, cuando fue nombrado jefe de las fuerzas aliadas en el frente occidental, logró paralizar primero y rechazar después la terrible ofensiva alemana de primavera que sacudió a los aliados. ▪

CORBIS

EL BANQUERO PACIFISTA

Jan S. Bloch fue un judío rusopolaco que ejercía de banquero en Varsovia. Antibelicista convencido, se impuso como misión persuadir a las naciones de que la guerra ya no tenía objetivos *rentables*, al haberse alcanzado un grado de eficacia en la tecnología de las armas por el que vencer en las batallas ya sólo era una ilusión. O, como dijo él mismo en su obra *La guerra futura* (1888), publicada por el periodista británico W. T. Stead: "El soldado, por evolución natural, ha perfeccionado de tal modo el mecanismo de matar que ha asegurado prácticamente su propia extinción". Basando sus observaciones en el terreno económico –"el soldado baja y sube al economista"–, creía no sólo que la creciente interdependencia de las naciones convertía en obsoleto el viejo concepto de la guerra como negocio, sino incluso que ésta se había convertido en "una insensata especie de robo, como si uno saquease su propia casa". Vaticinó el desarrollo de una gran contienda futura en la que las matanzas en el frente reducirían la confrontación a una presión creciente sobre los recursos, que llevaría a tratar de vencer por hambre y derrumbe de las estructuras sociales, como en una operación de asedio a gran escala. Incluso predijo: "Todos se atrincherarán en la próxima guerra. Será una gran guerra de trincheras". Tal vez, además de ser banquero, tenía cualidades adivinatorias, pues así fue exactamente la Primera Guerra Mundial.

Retrato a lápiz y tinta de Jan S. Bloch.

SINGAPUR

Singapur

▸ 1942

Del 7 al 15 de febrero, las tropas del imperio japonés invadieron la principal base militar británica en el Sudeste de Asia y, sin mucha resistencia, capturaron a más de 80.000 soldados australianos, indios y británicos. Yamashita logró engañar a los aliados sobre el número real de sus efectivos lanzando un ataque relámpago.

El tigre de Malasia

Hijo de un médico de pueblo, hombre complejo y contradictorio cuyas aficiones principales fueron la pesca y la jardinería, Tomoyuki Yamashita fue un militar de carrera, diplomado en el Estado Mayor, que, como agregado militar en Suiza y más tarde en Viena, adquirió un gran conocimiento de la mentalidad militar occidental, ampliado más tarde, al ser nombrado Inspector General del Ejército, con largas visitas a la Alemania de Hitler y a la Italia fascista para estudiar sus métodos tácticos y su armamento. Como le ocurriría a su colega naval, el almirante Yamamoto, planificador del ataque a Pearl Harbor y que había residido en Estados Unidos, se obsesionó durante sus años de estancia en Europa con la que creía inevitable guerra contra Gran Bretaña. Profundamente religioso y fiel a las tradiciones, se implicó, sin embargo, en la agria política de su patria, uniéndose al llamado *grupo imperial*, enfrentado a la *facción de control* que dirigía Tojo.

En 1937, la defensa que hizo de los implicados en una revuelta militar de escasa entidad (la de los *jóvenes oficiales*) le hizo caer en desgracia y ser enviado al norte de China, en donde Japón acaba de iniciar una guerra de agresión, continuadora de su expansión. Durante sus dos años en el frente chino-japonés, Yamashita demostró un valor casi suicida, hasta el extremo de que se pensó que buscaba una muerte honorable para volver a obtener el beneplácito del emperador.

Luces y sombras. Logrado éste, Yamashita se mostró capaz de derrotar a la entonces mayor potencia imperial de Asia, Malasia, en su bastión más inexpugnable, Singapur, realizando la invasión de la península malaya con una hábil maniobra de aproximación indirecta, aunque a gran escala: mientras mantenía la amenaza atacando en varios puntos con fuerzas menores, realizó la ofensiva principal por el norte, verdadero talón de Aquiles de las defensas británicas, cuyas fortalezas y pesada artillería se habían establecido como protección contra la Armada Imperial japonesa. Las fuerzas de Yamashita, procedentes del continente, donde habían desembarcado en una zona selvática, cruzaron el estrecho de Yohore en una versión nipona de la guerra relámpago y, en sólo una semana, consiguieron la rendición del general Percival, en la que se ha considerado una de las acciones más brillantes de la Segunda Guerra Mundial. Este tipo de maniobra suele usarse cuando se cuenta con superioridad numérica o con tropas muy disciplinadas, como las de Yamashita.


Tomoyuki Yamashita (1885-1946)

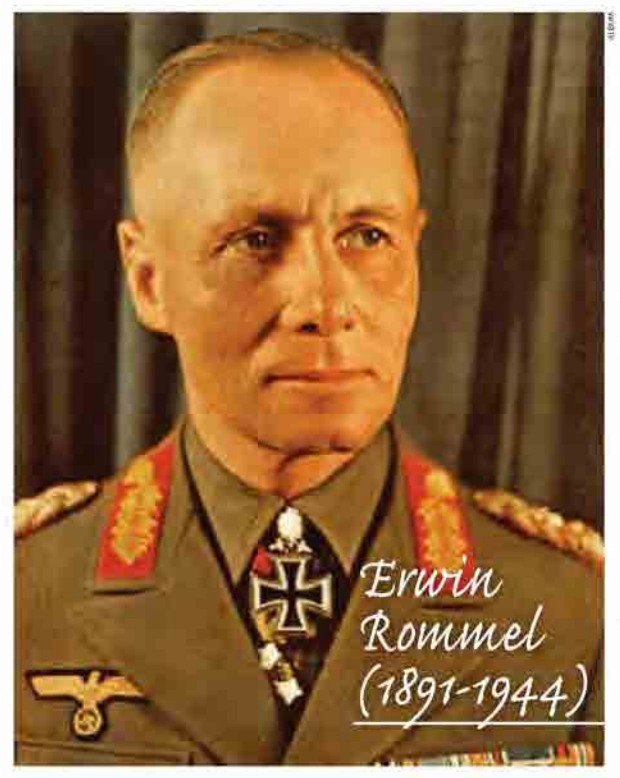
Como los ejércitos asiáticos de otras épocas, los japoneses utilizaron el terror como arma psicológica: las tropas de Yamashita entraron a bayoneta calada en el Hospital Militar de Hong Kong y llevaron a cabo una masacre entre el personal médico y los internos; no en vano, Yamashita fue apodado el tigre de Malasia. Al término de la guerra y tras realizar una batalla defensiva de Filipinas con absoluta inferioridad de medios, Yamashita fue juzgado y condenado a la horca, un método de ajusticiamiento considerado infamante para un militar, por las feroces matanzas y los malos tratos a los soldados filipinos y aliados tras la caída de Filipinas. Fue la primera vez que un general fue juzgado por no haber evitado acciones que, en realidad, no había ordenado.

CAÑONES DE SINGAPUR

Una idea muy extendida sobre la caída de Singapur es la de que la isla estaba mal protegida frente a una amenaza exterior. Incluso se ha utilizado el hecho de que todas las piezas artilleras de las fortalezas defensivas apuntaran hacia el mar como un ejemplo de incompetencia militar: nadie habría pensado en una amenaza a la colonia británica desde la península de Malasia. Sin embargo, no es cierto. Primero, porque, obviamente, siendo Singapur una isla, las mayores amenazas debían provenir del mar, pero también porque existió un plan, la operación *Matador*, que proyectaba el corte desde el sur de Tailandia de las líneas japonesas de comunicaciones, para impedir su desembarco en la península de Malasia. Por desgracia, los recursos para la operación *Matador*, solicitados a la metrópoli en 1941, nunca fueron concedidos, especialmente los aviones, imprescindibles para contrarrestar la superioridad aérea de la que gozaba Yamashita. Fueron los políticos los incompetentes, al menos en esta ocasión.


Réplica de uno de los cañones usados en la defensa de Singapur.

La guerra relámpago



Si existe un mito del general alemán que sólo es vencido por las circunstancias adversas, ese mito lo encarna Erwin Rommel, idolatrado por sus hombres a pesar de su carácter difícil e insensible a las críticas, cuyas órdenes habían de ser obedecidas sin preguntas pero siempre generoso con quienes le servían.

Hijo y nieto de maestros y, por tanto, carente de la típica ascendencia aristocrática que la tradición prusiana exigía, Rommel participó en la Primera Guerra Mundial, distinguiéndose ya por su notable disciplina, su habilidad para el mando y su visión táctica, hasta el extremo de ser herido en campaña y conseguir la Cruz de Hierro y la Pour le Mérite (la máxima condecoración prusiana al valor), por su actuación en la célebre batalla de Caporetto, y su ascensión a capitán.

En batalla, Rommel no conocía el miedo y siempre se encontraba en medio del combate —bien en su vehículo de mando, bautizado *Grief*, o sobrevolando la zona en un avión ligero—, deseoso de verlo y saberlo todo, hasta los detalles más nimios, una tarea que ya no se consideraba propia de un comandante en jefe.

En 1940, como jefe de la 7ª División Acorazada, mostró su talento táctico y su arrojo durante la invasión de Francia, hasta el extremo de que la unidad sería conocida como la *división fantasma* por su rapidez de movimiento (fue el maestro de la *blitzkrieg* o guerra relámpago) y porque la independencia de su actuación hacía que ni siquiera el Alto Mando alemán supiera su localización exacta. Criticado precisamente por su escasa subordinación a la cadena de mando, no sólo se salvó de ser destituido por el favor del propio Hitler, del que era admirador profundo, sino que la maquinaria de propaganda de Goebbels lo convirtió en un héroe nacional, lo que más tarde le llevaría a ser nombrado jefe del Afrika Korps, cuerpo enviado para ayudar a los italianos en el continente negro.

El zorro del desierto. Aunque las batallas de El Alamein (la primera) y Tobruk son las más conocidas que libró allí, su talento táctico y su habilidad en la dirección del combate fueron más espectaculares en Gazala, otro ejemplo de aproximación indirecta en el que el ataque frontal contra el ala derecha de las defensas enemigas ocultó el envolvimiento lateral por el grueso del Afrika Korps y las fuerzas italianas por el extremo izquierdo. Fueron la admiración y el temor que inspiró a sus enemigos británicos los que le hicieron ser conocido como "el zorro del desierto". Sin embargo, su capacidad estratégica no fue la suficiente: derrotado en la segunda batalla de El Alamein por un Montgomery que no había olvidado el principio napoleónico de la concentración hasta conseguir la superioridad, fue puesto luego por Hitler al frente de las defensas de Europa, ante la previsible invasión aliada. En Normandía, sin poder utilizar sus mejores cualidades, intentó con éxito parcial contener al enemigo en las playas. Herido en un ataque aéreo, hubo de suicidarse por ser considerado la cabeza de un complot contra el Führer, del que probablemente sólo supo que existía. ▪

EL ALAMEIN

▸ 1942

Egipto

La primera batalla de El Alamein, dentro de la Campaña del Desierto Occidental de la Segunda Guerra Mundial, duró del 1 al 27 de julio y enfrentó a las fuerzas del Eje comandadas por Rommel con los aliados dirigidos por Auchinleck. Fue una victoria estratégica aliada, pues detuvo el avance nazi por el norte de África.

LA GUERRA DE CARROS

Para fascinación de cuantos han estudiado el fenómeno, la guerra de unidades acorazadas en los grandes desiertos africanos (y, hasta cierto punto, también en las estepas de Rusia) se asemejó más que ninguna otra forma de combate terrestre a la guerra naval. Los carros de combate se desplazaban de manera semejante a la de los buques de guerra, hasta el límite que permitían su autonomía y los convoyes de suministros, combustible y municiones. Las bases logísticas, dotadas de talleres y arsenales, servían para reaprovisionarlos, para reparar los vehículos dañados y recuperados y para el descanso de las tripulaciones. Los combates más enconados se libraban, siempre con superioridad aérea, para destruir las bases enemigas o apoderarse de ellas, y la exploración (de superficie o desde el aire) resultaba vital para descubrir la posición e importancia de las formaciones enemigas. Los tripulantes de los tanques dañados y abandonados en el desierto corrían la misma espantosa suerte de los náufragos de los buques que se van a pique o quedan al pairo; salvo que, en este caso, los desdichados morían de sed en vez de ahogados.


Restos de tanques alemanes en El Guettar (Túnez).

El temible mariscal



Considerado por muchos como el más capaz de los generales alemanes, el mariscal Erich von Manstein, huérfano de origen polaco e hijo adoptivo de su tío carnal, participó como oficial en las sangrientas batallas de Verdún y el Somme, durante la Primera Guerra Mundial. Tras pasar por diversos nombramientos de plana mayor durante la posguerra, en 1939 fue nombrado Jefe del Estado Mayor del Grupo de Ejército A, que actuó, bajo el mando de Von Rundstedt, en la campaña de Polonia.

Su pensamiento táctico y estratégico, que combinaba las ideas más avanzadas sobre maniobra con una comprensión innata de los más nimios detalles técnicos y una intensa capacidad de liderazgo, lo hicieron ser considerado por los analistas militares como el principal y más temible oponente de los aliados. La primera manifestación de su talento se hizo evidente con el plan de invasión de Francia de 1940, en el que siguió el esquema principal diseñado en 1914 por Von Schliefen, atravesando Bélgica y los Países Bajos para girar luego hacia el sudoeste en dirección a París. La variante que introdujo, sin embargo, se mostró decisiva: el empuje principal se realizaría, de forma absolutamente imprevisible, a través de las Ardenas, una zona densamente boscosa y montañosa de Bélgica, considerada impenetrable para las fuerzas motorizadas. Su plan irritó a sus superiores, así que, saltándose la cadena de mando, lo presentó al mismo Hitler, que se mostró entusiasmado y obligó a que se adoptara, para fortuna de la Wehrmacht: Francia cayó en siete semanas y las fuerzas británicas expedicionarias, embolsadas en Dunkerque, apenas consiguieron escapar del continente.

En el frente oriental, Von Manstein logró dos grandes éxitos estratégicos, esta vez al mando directo de sendos cuerpos acorazados: la irrupción en Crimea en el verano de 1942 y la captura del principal reducto fortificado soviético de la zona, Sebastopol, por los que sería ascendido a mariscal de campo. Tras el desastre de Stalingrado, en cuya liberación fracasó, todavía sería capaz de conducir a sus fuerzas, evitando el colapso de todo el ala sur del ejército alemán, y de realizar la que se ha considerado su batalla maestra: el contraataque que recapturó la vital ciudad de Jarkov e impidió el posterior avance soviético.

Artífice del ejército posnazi. En Kursk, sin embargo, su maniobra ofensiva en tenaza –que le fue impuesta y con la que no estuvo de acuerdo, aunque aceptara dirigirla por disciplina– contra el saliente soviético había sido prevista por sus oponentes, cuyas estructuradas defensas, grandes reservas y heroísmo en batalla consiguieron anularla. A partir de entonces, a pesar de sus brillantes retiradas en combate (que dirigió con maestría, cediendo terreno para reducir el frente y economizar sus fuerzas), su constante desacuerdo con Hitler, a quien no se privaba de exponer sus puntos de vista, lo condujo a ser destituido. Condenado en 1950 a 18 años de cárcel por crímenes de guerra, fue liberado por los británicos tras cumplir sólo tres para que reconstruyera el nuevo ejército alemán.

SEBASTOPOL

1942

Ucrania

La lucha por el control de la ciudad, clave desde el punto de vista estratégico por su carácter de base en el Mar Negro, llevó a los soviéticos a fortificarla (33 km de zanjas, 9.600 minas) y a los alemanes a sitiarla y atacarla sin tregua. El asedio duró del 30 de octubre de 1941 al 4 de julio de 1942, en que al fin fue conquistada por Von Manstein.

LA BATALLA DE KURSK

Este episodio bélico ha pasado a la historia como el mayor enfrentamiento de medios acorazados: dos millones de hombres, más de 6.000 carros de combate y 400 aviones se vieron implicados en la batalla. En julio de 1943, el Alto Mando alemán centró sus esfuerzos en la eliminación del saliente de Kursk, entre las ciudades de Orel y Jarkov, recién recapturadas por las fuerzas de Manstein. Para el Estado Mayor de Stalin, era evidente que la ofensiva alemana se produciría en ese sector, pero esta vez no habría posibilidad de *blitzkrieg*: los soviéticos no sólo reunieron las fuerzas adecuadas, sino que prepararon una serie de defensas escalonadas y en profundidad contra las que se estrellaron las unidades germanas. El 9º Ejército del general Kluge, atacando desde el norte, penetró sólo 10 km a cambio de más de 25.000 bajas, 200 carros de combate perdidos y otros tantos aviones; en el sur, Von Manstein consiguió avanzar unos 40 km, pero sus bajas fueron de 10.000 hombres y 350 carros. Los soviéticos sufrieron más bajas aún y hoy sabemos que la victoria fue pírrica para la URSS, pero supuso un punto de inflexión que llevaría al Ejército Rojo a las puertas de Berlín en menos de dos años.


Imagen de un Pánzer T-34 ruso en la batalla de Kursk.

La vocación militar

Douglas MacArthur (1880-1964)

Douglas MacArthur, cuyo padre había sido condecorado con la Medalla de Honor durante la Guerra de Secesión, escribió en su autobiografía, y con su exagerado estilo, que su primer recuerdo era el del sonido de la corneta y que había aprendido a cabalgar y a disparar incluso antes de saber leer o escribir, casi antes de aprender a andar.

Douglas se educó en la Academia Militar de Estados Unidos en West Point, en la que ingresó en 1898 con plaza gratuita por ser hijo de un poseedor de la Medalla de Honor. Cadete brillante y primero de su promoción, aprovechó diversos destinos para graduarse como ingeniero, servir en el Estado Mayor del Departamento de Guerra y realizar tareas de información en Veracruz (México).

Siempre fue por libre. Bajo el mando del general Funston participó en una misión de reconocimiento de largo alcance tras las líneas mexicanas, pero no recibió la Medalla de Honor, para la que se le había recomendado, porque sus acciones rebasaron claramente las órdenes recibidas de su superior. Su fuerte temperamento y firmeza de ideas le inclinaron muchas veces a la indisciplina y le hicieron protagonizar continuos roces con sus aliados y hasta con sus superiores, el más destacado de los cuales fue el que lo enfrentó al mismísimo presidente Truman, a quien no soportaba por considerarlo "un blando".

Jefe de las fuerzas estadounidenses en Filipinas, donde su padre había sido gobernador militar, resultó arrollado por los japoneses y se vio obligado a retirarse, no sin pronunciar su amenazador y desafiante: "¡Volveré!". Pudo cumplir tal promesa en 1944, al ser nombrado Jefe Supremo de las fuerzas aliadas en el Pacífico y dirigir una durísima campaña en la que utilizó con habilidad los medios anfibios y aeronavales, hasta tener la satisfacción de firmar la capitulación japonesa a bordo del acorazado Missouri en aguas de la bahía de Tokio, en septiembre de 1945. Curiosamente, su reconocida rigidez y su conservadurismo, que le llevaron a exonerar al emperador nipón y su familia de sus crímenes de guerra, no le impidieron impulsar la reconstrucción de Japón como Comandante Supremo de Extremo Oriente, cargo que lo convertía de hecho en casi un virrey de la zona y por el que llegó incluso a participar en la redacción de la Constitución del nuevo estado.

La invasión de Corea del Sur en 1950 fue su último escenario bélico y, tal vez, el de su más brillante maniobra estratégica, el desembarco de Inchón, efectuado por sorpresa en la retaguardia norcoreana y que detuvo la hasta entonces victoriosa ofensiva comunista. Poco después, sin embargo, la entrada en el conflicto de las fuerzas chinas, que causaron un nuevo descalabro a las tropas de las Naciones Unidas, le obligó a insistir en su intención de llevar a cabo la guerra total —lo que implicaba el uso de armas atómicas—, y sus públicas y poco respetuosas diatribas contra la negativa de Truman a acceder a ello condujeron a su destitución definitiva. ▪

INCHÓN

Corea del Sur

▸ 1950 La batalla de Inchón fue un asalto anfibio efectuado por sorpresa el 15 de septiembre por las tropas estadounidenses. MacArthur decidió atacar al ejército comunista norcoreano en ese puerto, pese a que todos lo desaconsejaban, porque así lo atraparía entre dos frentes, como de hecho sucedió. La maniobra supuso la reconquista de Corea del Sur por Naciones Unidas.

EL GENERAL *BOCAZAS*

En los últimos años de su carrera militar, MacArthur se ganó una justificada fama de imprudente en sus declaraciones. Enemistado con el presidente Harry Truman, su primera metedura de pata se produjo en 1948, cuando prometió ayuda militar en caso de ataque al mandatario de la recién creada República de Corea del Sur, sin contar con el líder del gobierno de EE. UU. Durante la guerra de Corea, en 1950, se enfrentó públicamente al presidente, faltando al principio de subordinación del poder militar al poder civil, por lo que fue relevado de su cargo el 11 de abril de 1951. En su discurso de despedida, se despachó a gusto contra "los que abogan por el apaciguamiento y el derrotismo en Asia" y pronunció su frase más célebre: "No hay sustituto para la victoria". Incluso sus más duros críticos admiten que la estrategia propuesta por el general fue tenida muy en cuenta después de su cese: tanto Truman como luego Eisenhower amenazaron, por vía diplomática, con el bloqueo de China y el empleo de armas atómicas, lo que llevó a la pronta firma de un armisticio en Corea. Sus propuestas no eran el problema, sino cómo y dónde las manifestaba. No se iría sin decir la última palabra: "Los viejos soldados nunca mueren, sólo se desvanecen..."


Truman y MacArthur en Wake Island, en 1950.

Egipto

EL SINAÍ

▸ 1956

La Guerra del Sinaí fue una contienda librada en suelo egipcio entre el 29 de octubre y el 5 de noviembre. Británicos, franceses e israelíes lucharon contra los egipcios panarabistas y socialistas de Nasser por el control del Canal de Suez; vencieron militarmente los aliados, pero Egipto obtuvo el triunfo político de conservar el Canal.

El *sable* luchador



De Moshe Dayan, judío *sable* –así se denominaba entonces a los nacidos en Palestina– de padres ucranianos emigrados, puede decirse que era un general combatiente al que le gustaba, como a otros grandes guerreros desde Alejandro y Julio César, mantenerse en contacto con sus fuerzas y, si era posible, junto a ellas, trasladarse velozmente de un punto a otro de la batalla para juzgar por sí mismo la situación y decidir las órdenes adecuadas. Aunque educado para ser un pacífico agricultor, la extrema hostilidad reinante entre colonos judíos y palestinos árabes en la época de sus primeros años de vida hizo que, como él mismo decía, no recordara la primera vez que ordeñó vacas, pero tampoco la primera que tuvo que utilizar la carabina de su padre. Cuando sólo tenía 14 años se unió ya a la Haganah, el ejército secreto de Israel, y participó en numerosas escaramuzas y acciones, tanto contra los palestinos árabes como contra las fuerzas de la Administración británica de la zona, impuesta tras la Primera Guerra Mundial. Más tarde se alistaría en la policía judía, creada por el ejército británico para ayudar a mantener el orden, en la que estuvo bajo el mando del luego famoso Orde Wingate, entonces capitán y jefe de los *Chindits* que operaron tras las líneas japonesas en Birmania. En 1941, durante la invasión británica de Líbano y Siria, entonces bajo control de la Francia de Vichy, perdió un ojo cuando una bala alcanzó los binoculares con los que observaba el campo de batalla. Su parche se convertiría en la característica más reconocible de su imagen.

El héroe del Sinaí. Tras la declaración de independencia de Israel en 1948, Moshe Dayan participó en las guerras inmediatas contra sus vecinos árabes: venció a los sirios en Degania y capturó Karatiya, alcanzando el grado de teniente coronel y jefe de la Brigada de Jerusalén. Fue, sin embargo, su destacada participación en la primera campaña del Sinaí, en 1956, la que le hizo famoso como un jefe militar de gran categoría, al dirigirla como una guerra relámpago aún más rápida que las de Rommel y Von Manstein: consciente de que los egipcios serían más propensos al desánimo y la desorganización, hizo que sus fuerzas ocuparan velozmente los cruces de carretera y los pasos estratégicos en la retaguardia enemiga, lo que causó, como había calculado, el rápido hundimiento y la desbandada del ejército egipcio.

Algo muy parecido sucedió en la siguiente campaña del Sinaí, la Guerra de los Seis Días de 1967; siendo ya entonces ministro de Defensa, prácticamente repitió las mismas maniobras con idénticos resultados. Su estrella declinó en 1973, cuando la ofensiva egipcia durante el Yom Kippur sorprendió a las fuerzas israelíes. Aunque el resultado final se inclinó del lado israelí, Dayan dimitió de su cargo.

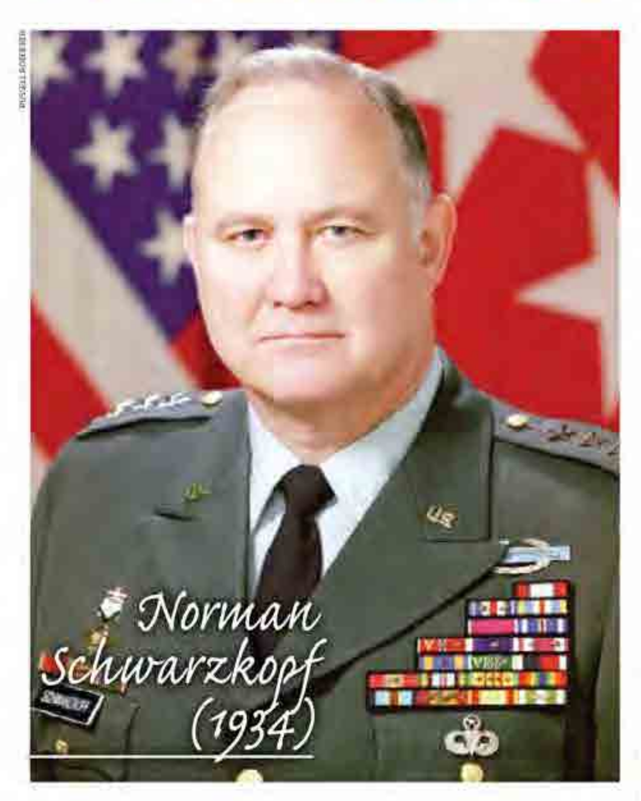
Como líder militar, nunca buscó la destrucción total del enemigo, ni siquiera causarle bajas excesivas, lo que siempre sirvió para facilitar los posteriores acuerdos de paz. Su perspicacia diplomática quedó evidenciada también en 1977, cuando, como ministro de Asuntos Exteriores, participó en las negociaciones con Egipto que dieron como resultado la paz más duradera habida nunca entre ambos países. ▪

EL OTRO DAYAN

En las guerras árabe-israelíes, una figura, hoy símbolo de los *halcones* de su patria, ha quedado muchas veces en la sombra. Es Ariel Sharon, un judío *sable* al que algunos llaman "el otro Dayan". La eficacia de Sharon como líder militar quedó reflejada en 1967, cuando se le ordenó barrer el Sinaí de Este a Oeste en coordinación con los generales Tal y Joffe. Su división acorazada se apoderó de las posiciones fortificadas egipcias de Abu Ageila y El Kuseima y alcanzó el Canal tras cuatro días de lucha. Más espectacular aún fue su participación en la Guerra del Yom Kippur de 1973, en la que consiguió convencer al Estado Mayor del Tsahal de romper las líneas egipcias y atacar su retaguardia cruzando el Canal. Esa maniobra envolvente acabó con las esperanzas de los egipcios, cuyas fuerzas quedaron embolsadas en el Sinaí. No obstante, estuvo a punto de fracasar por el excesivo ímpetu de Sharon, que la inició sin reunir los efectivos adecuados. Fue su última campaña. Indisciplinado y tozudo, Moshe Dayan lo consideró siempre el mejor de sus oficiales, pero nunca lo promovió a ningún cargo de responsabilidad.


Dayan y Sharon en 1973, en la Guerra del Yom Kippur.

Norman el Asaltante



Hijo de un soldado de la Primera Guerra que llegaría a general en la Segunda, Norman Schwarzkopf se graduó en West Point y posteriormente en ingeniería mecánica. Veterano de Vietnam, donde fue primero asesor de las tropas paracaidistas survietnamitas y, más tarde y ya como teniente coronel, jefe de batallón, dio muestras de su preocupación por la seguridad de los hombres bajo su mando acudiendo en helicóptero a cualquier lugar en el que se produjese un encuentro con bajas. En una ocasión, cuando un pelotón quedó atrapado en una zona minada cerca de My Lai (una aldea que luego se haría famosa por la masacre que allí cometieron soldados estadounidenses), se adentró en la zona personalmente y, aunque resultó alcanzado por la detonación de una mina, logró sacar de allí a los heridos y al resto de los soldados, hazaña por la que recibiría la Estrella de Plata y, naturalmente, el Corazón Púrpura. Imbuido de la *filosofía* de las fuerzas aerotransportadas —había servido durante un tiempo en la famosa 101ª División Aerotransportada, la heroica unidad de la defensa de Bastogne durante la batalla de las Ardenas—, el general Schwarzkopf tuvo fama de ser un jefe duro, pero con gran capacidad táctica y estratégica. Su pensamiento como líder en batalla puede resumirse en su frase más famosa: "Cuando suban al avión de regreso a casa, si lo último que piensan es 'odio a ese hijo de puta' estará bien, porque quiere decir que regresan con vida".

Operación Tormenta del Desierto. Amante de la cooperación con otros mandos para la planificación de la batalla, asunto en el que sus dotes eran sobresalientes, y excelente diplomático y *relaciones públicas*, su ocasión de oro llegó en 1991, cuando, habiendo ascendido poco antes al generalato y recibido el Mando Central (responsable de las operaciones en el cuerno de África, Oriente Medio y el subcontinente indio), la invasión iraquí de Kuwait le colocó como responsable de la respuesta estadounidense, la hoy célebre operación *Desert Storm*.

Al frente de uno de los ejércitos multinacionales más poderosos de la historia, *Stormin' Norman* (algo así como Norman el Asaltante) hizo gala de sus mejores cualidades coordinando con mano firme pero suave las unidades propias y las británicas, francesas, saudíes y de otras muchas naciones, al tiempo que planificaba el mayor asalto aeroterrestre y anfibio, tras una impresionante campaña aérea de preparación. Y eso sin descuidar un momento a la prensa, a la que concedía libertades poco comunes, e inspeccionando y cuidando todos y cada uno de los detalles de la gran operación que preparaba. Luego, en una magistral maniobra de aproximación indirecta, neutralizó a las mejores unidades iraquíes mediante un amago de desembarco anfibio en Kuwait mientras alargaba su ala derecha, gracias a las técnicas de asalto aéreo heliportado desarrolladas en Vietnam, para girar hacia ese flanco y golpear la reserva enemiga, destruyendo sus posibilidades de retirada. Saddam Hussein había perdido la guerra casi antes de empezarla. ▪

KUWAIT

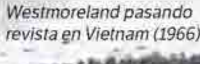
▸ 1991

Kuwait

La llamada Guerra del Golfo se extendió en realidad del 2 de agosto de 1990, fecha en que Irak invadió Kuwait, al 28 de febrero de 1991, día de la rendición iraquí a las fuerzas multinacionales comandadas por Estados Unidos. Más de 28 países integraban esta coalición, entre ellos España. Fue la primera guerra televisada casi en directo.

UN MAL MODELO

Si hubo algún general que le sirviera de modelo a Norman Schwarzkopf, desde luego no fue el comandante en jefe de las operaciones en Vietnam, el general William C. Westmoreland. En 1965, el estratégico campamento de las Fuerzas Especiales de Duc Co, cerca de Camboya, fue atacado, y sólo después de catorce días de dura batalla logró Schwarzkopf rechazar al enemigo. Al día siguiente, el general llegó en helicóptero para conocer los detalles del enfrentamiento. El encuentro dejó al animoso Schwarzkopf una imagen bastante negativa: "El general se acercó y retrocedió un poco, porque no me había cambiado en una semana y apestaba. Mientras, los cámaras y varios reporteros se acercaron con sus micrófonos". Pero, en vez de preguntar sobre la batalla y el bienestar de sus hombres, Westmoreland le espetó: "¿Qué tal la comida?". Norman, que había estado comiendo arroz putrefacto y raíces crudas, sólo acertó a balbucir: "Bien, señor." Tras otra pregunta intrascendente, el general le estrechó la mano y se despidió diciendo: "Muy bien hecho, muchacho". Era, evidentemente, una pose para la prensa. "En ese momento –escribió Schwarzkopf–, le perdí todo el respeto."


Westmoreland pasando revista en Vietnam (1966).



¿Cuántos guerreros de terracota se han descubierto en total?

Los arqueólogos han desenterrado ya unos 8.000 soldados de arcilla, pero todo apunta a que es una mínima parte de lo que aún oculta el gran mausoleo del emperador chino Qin Shi Huang, que también fue artífice de la Gran Muralla. Y es que según dejó escrito el historiador Sima Qian, además de la impresionante escolta de guerreros, "se construyeron réplicas de palacios, torres, instrumentos extraños y objetos maravillosos (...) Se utilizó mercurio para dar forma a los cientos de ríos, el Amarillo y el Yangzi, así como a los mares, realizándolos de tal manera que parecía que fluían". El primer hallazgo se produjo en la primavera de 1974, cuando unos campesinos de Lintong estaban excavando un pozo cerca del monte Li, no lejos de la antigua ciudad de Xian. Por casualidad encontraron fragmentos de una de las estatuillas pertenecientes a este gran ejército inmortal que desde hace más de dos mil años custodia la tumba.



Más de 700.000 obreros trabajaron durante 38 años en el impresionante mausoleo protegido por los guerreros de Xian.



Vidriera decorada con la figura de un templario.

¿Con qué otros nombres fueron conocidos los templarios?

La orden del Temple, fundada en 1120 por el maestre Hugo de Payens, encabezó la lucha contra los musulmanes durante Las Cruzadas. Aquellos *soldados de Dios*, que tenían como objetivo proteger los lugares santos frente a los enemigos de la Iglesia, se autodenominaron en un principio "Pobres Caballeros de Cristo" *(Pauperes Commilitones Christi)*. Más tarde, tras recibir del rey Balduino II de Jerusalén el Templo de Salomón, pasaron a llamarse "Caballeros del Templo de Salomón" (*Milites Templi Salomonis*) y, finalmente, "Caballeros Templarios". Su sello distintivo (*Militum Sigillum*) muestra a dos miembros de la orden subidos a un solo caballo, símbolo de su pobreza.

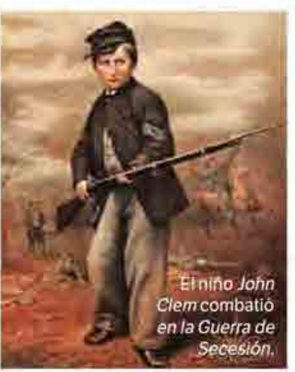


Reproducción de un soldado alemán de la II Guerra Mundial armado con el puño acorazado.

¿Cómo funcionaba un Panzerfaust?

Este puño blindado fue el arma contracarro que utilizaron los alemanes para obstaculizar la marcha de los aliados durante la Seguna Guerra Mundial. Los modelos de la serie *Panzerfaust*, denominado originariamente *Faustpatrone* , eran en la práctica granadas de carga hueca impulsadas por un cohete, que se lanzaban desde un soporte de tubo de acero. La puntería se realizaba a través de una mira que, puesta en posición, quitaba a la vez el seguro del arma –en un etiqueta se podía leer: *Achtung Feuerstrahl!* (retirar el tapón antes de lanzar el propulsor)–. El disparo provocaba la desintegración del plástico que cubría la tapa del tubo (el proyectil salía así sin retroceso), a la vez que se desplegaban cuatro aletas flexibles que permitían la estabilización de la trayectoria.

¿Desde cuándo hay niños soldado?



El niño John Clem combatió en la Guerra de Secesión.

Desgraciadamente, el reclutamiento de menores en conflictos armados ha sido una práctica común desde tiempos remotos. De hecho, la palabra "infantería" viene del latín *infans* (niño). En 1212 tuvo lugar la que se conoce como *Cruzada de los Niños*, mitad leyenda, mitad realidad: se dice que fueron cerca de 40.000 jóvenes germanos los que abandonaron sus casas para emprender la conquista de la Tierra Santa (Jerusalén). Parece que la realidad supera a la ficción: hoy, más de 300.000 niños en todo el mundo participan en grupos y fuerzas armadas como combatientes, porteadores, mensajeros, espías, objetos sexuales...

Y el ingenio se fue a la guerra

Una de las motivaciones más estimulantes para la inventiva del ser humano ha sido la guerra: desde la prehistoria, la creatividad técnica se puso al servicio de la lucha por la supervivencia.

Por José Ángel Martos



Un siglo de diferencia. Arriba a la derecha, una imagen tomada hacia 1880 del inventor Sir Hiram Stevens Maxim probando su fusil Maxim, antecedente de la ametralladora. Bajo estas líneas, un tanque M60 se prepara para liberar Kuwait de la invasión iraquí, en enero de 1991.



Durante mucho tiempo, la conservación de la propia vida no tuvo otra garantía que la capacidad de defenderse del contrario e incluso de eliminarlo, así que, desde un estadio bastante primitivo de la evolución, la tecnología y el armamento estuvieron estrechamente vinculados.

Las primeras armas técnicamente sofisticadas las encontramos incluso antes del *homo sapiens*: fueron los neandertales quienes inventaron la punta de lanza, artilugio que significó un salto cualitativo en la forma de enfrentarse al principal enemigo que tenían por entonces, que no eran otros homínidos sino más bien los mamíferos de gran y medio tamaño a los que debían derrotar para alimentarse de ellos. En yacimientos de época neandertal alejadísimos entre sí (Sudáfrica, Oriente Medio y el sur de Italia) se han encontrado puntas de lanza de silicio fabricadas por esta especie extinguida. Luego, sin dejar la prehistoria, llegarían las hachas de piedra y las jabalinas, armas todas ellas que serían empleadas en las guerras de exterminio que, según los antropólogos, fueron moneda común en una época en la que no se tomaban prisioneros.

El reinado de la espada. Artefactos lanzadardos, como el *átlatl* usado por los nativos centroamericanos (quienes seguramente lo recibieron de Asia, tras la gran migración a través del estrecho de Bering), nos muestran el sendero por el que avanzó la fabricación de las armas. Luego vendrían el arco y las flechas, de los cuales se han encontrado ejemplos de hasta 64.000 años de antigüedad en una cueva sudafricana.

Hoy estudiamos la Edad del Bronce y la posterior Edad del Hierro con la frialdad analítica de pensar en una era de avances metalúrgicos, pero la motivación principal de tales innovaciones no fue otra sino dotar a los guerreros y cazadores de la antigüedad de nuevos utensilios que hiciesen más efectiva su lucha. Es en este momento cuando aparece un arma eficacísima que cruzará épocas y continentes: la espada.

La encontramos desde principios del segundo milenio antes de Cristo, pero fue un avance trascendente y nada fácil. Los primeros experimentadores con la tecnología del bronce sólo podían fabricar ho- ▶

▶ jas cortas, por lo que fue la daga el arma inicialmente adoptada. A partir del siglo XII a. C., la escasez de estaño (material necesario para el bronce) en Oriente Medio llevó a que en esta zona geográfica se acometiera una rápida transición en la producción de armas: se comenzó a experimentar con el hierro, que, por su mayor dureza, permitiría forjar hojas más largas. Su abundancia en la corteza terrestre (es el segundo metal más presente) tuvo una aplicación bélica inmediata: facilitó el poder equipar a todo un ejército con el mismo arma.

La técnica para fabricar una espada se extendió con rapidez y, así, las encontramos enseguida en la Creta minoica, la Bretaña celta, Egipto, el Norte de Europa y China. Los herreros se convirtieron en profesionales muy importantes para el ejército, ya que de su maestría dependía el poder ir equipados con el arma adecuada. Las primeras espadas se doblaban con facilidad y, tras una pelea, era casi seguro que el guerrero debía desechar la suya por inservible. Esta debilidad supuso un acicate para mejorar los métodos de manufactura que, con el paso de los siglos, conducirían a las espadas de acero (aleación de hierro y carbono), especialidad en la que brillaron los artesanos toledanos.

Las armas de punta y filo, cuyo máximo exponente sería la espada, decayeron frente a las de fuego

La llegada de la pólvora. El término "espada" que hoy utilizamos para referirnos genéricamente a este arma proviene, en realidad, de un modelo concreto, la *spatha* romana, que era la espada larga (podía llegar a un metro de longitud) frente a la espada corta, que denominaban *gladius* (entre 60 y 80 centímetros). Esta última la conocieron los romanos durante la conquista de Hispania, ya que era la favorita de las tribus celtíberas que se unieron a los ejércitos cartagineses y se encontraba muy extendida por toda la Península. El historiador Tito Livio recoge la historia de un soldado romano, Tito Manlio Torquatus, que se enfrenta en combate singular a un galo de gran tamaño y lo derrota, a pesar de su aparente inferioridad, gracias a su maestría en el uso del *gladius*, con el que consigue atravesar dos veces el abdomen de su contrincante.

Aunque las armas de ataque personal quedaron configuradas durante muchos siglos en torno a las que ya usaban los romanos, la Edad Media añadiría una nueva, la alabarda, un invento muy meditado, pues se trataba de un arma compuesta en la que se consiguió reunir varios elementos distintos. Constaba de una punta de lanza en su extremo superior, una cabeza de hacha un poco más atrás y, al final del largo palo de madera, una punta para engancharla al suelo. Sus mejores embajadores fueron los mercenarios suizos, que la emplearon con gran éxito en los enfrentamientos contra la caballería pesada, sembrando el terror entre las cabalgaduras enemigas, de forma que, además, revalorizaron el papel de la infantería en la batalla.

Otra innovación de la Edad Media fueron los arcos largos, de 1,83 metros, que decidieron varias batallas de la Guerra de los Cien Años a favor de los ingleses. Sus elevadas dimensiones permitían disparar las flechas a más de 200 metros de distancia, consiguiendo así cortar el avance de la caballería y la infantería con poco riesgo. Los ingleses habían adoptado los arcos como un arma importante en su estrategia bélica tras la conquista del País de Gales, cuyos habitantes destacaban como arqueros y les habían infligido muchas bajas. Las compañías de arqueros seguían un entrenamiento especial para manejar estos grandes arcos, ya que tensar uno de ellos al máximo requiere una fuerza de 360 newtons, una cifra muy elevada que, por ejemplo, hoy pocos hombres serían capaces de alcanzar sin una gran preparación.

Todo este esfuerzo en armas de punta y filo servirá de poco cuando irrumpa en los ejércitos la pólvora, con su mortal potencia de fuego. Los pioneros en usarla fueron los chinos, quienes desarrollaron el cañón de mano –padre de todas las armas


1
AURUM


2
GETTY IMAGES


3
CORBIS

Armas primitivas pero sofisticadas. Se inventaron incluso antes del *homo sapiens*: los neandertales fabricaron puntas de lanza y de jabalina con silicio, como las halladas en Umbria, Italia (1). El arco y las flechas (2, pintura rupestre del Parque Nacional de Tassili-n-Ajjer, Argelia) son un poco posteriores y cuentan con antecedentes como el *átlatl* americano (3, Museo del Oro, Bogotá), un lanzadardos.

de fuego– ya antes de 1300. Los más rudimentarios consistían en ramas gruesas de bambú vaciadas, para ser rellenadas con pólvora como detonante y lanzar piedras como proyectiles. Muy pronto los chinos los fabricarían en bronce. Estos cañones tuvieron un gran efecto psicológico por el ruido y el fuego, aunque sus resultados distaban mucho de ser perfectos: mientras un soldado ponía la pólvora, otro lo sostenía en sus manos, por lo que apuntar correctamente era casi imposible y los impactos eran inexactos. Además, la pólvora que se produjo en las primeras épocas no era muy potente, por lo cual los proyectiles lanzados con el cañón a veces no podían siquiera atravesar una armadura.



La evolución de la espada. Las primeras armas de bronce fueron más bien dagas y puntas de lanza, pero la Edad de Hierro trajo la espada larga y más sólida (en el dibujo, diversas espadas griegas desde 1200 a. C. a 500 a. C.).

Del arcabuz al Kalashnikov. La mejora de las armas de fuego ocuparía a partir de entonces los esfuerzos de los científicos de la guerra. Lo que más evolucionó fue el mecanismo de ignición, que abrió el paso a la portabilidad. El primer sistema de ignición había sido el más obvio: acercar la mecha a la pólvora. En el siglo XV se impuso el serpentín, una pequeña extremidad de hierro en forma de "s" a la que se engarzaba una mecha con el cabo encendido. A través de la rotación del serpentín, la mecha entraba en contacto con la pólvora en el momento en que el soldado abría la cazoleta donde se encontraba la sustancia detonadora. Así, por ejemplo, funcionaban los arcabuces con los cuales los temibles Tercios de Flandes se hicieron dueños de media Europa.

El soldado debía ser muy metódico en el uso de su arma y no cometer un error que en batalla podía resultar fatal. El proceso que acabamos de describir resumidamente para disparar un arcabuz con serpentín requería en realidad de 42 movimientos, según lo tipificaron los tratadistas de la época. En el siglo XVII se pasó a la llave de chispa, accionada por el martillo del arma, en cuya punta había un pedernal que desencadenaba un mecanismo de encendido. El sistema era más fiable y permitía reducir los movimientos a tan solo 27, según las Ordenanzas Militares de los Tercios de 1728.

Por esa misma época se produjo una modificación importante en la munición, al decidirse envolver la pólvora y la bala en un papel, creando de esta forma el hoy celebérrimo cartucho. Una gran ventaja de este nuevo producto fue que al soldado le bastaba con una única carga para ambos elementos, en lugar de las dos requeridas hasta entonces.

El arcabuz dejó paso al mosquete, con mayor poder de destrucción y capaz de atravesar cualquier armadura. Era un arma pesada que durante mucho tiempo se disparaba apoyada en una horquilla. A medida que se fue imponiendo, el mosquete se hizo más ligero y se ▶

Tecnología punta medieval. La alabarda (dcha.) fue una gran innovación, un arma que reunía lanza y hacha y que se podía clavar en el suelo.

Tirar la primera piedra

En estos tiempos en que el ejército americano está probando proyectiles que septuplicarán la velocidad del sonido, cabe recordar que lanzamos la primera piedra cuando éramos homínidos. La honda es una de las armas más antiguas del mundo y también de las más eficaces: lo demuestra tanto la historia de David y Goliath como su *revival* cuando, en el Medievo, se recurrió a certeros lanzadores como antídoto contra las armaduras de cuerpo entero. En medio, se hicieron famosos los honderos baleáricos, aguerridos expertos de nuestras islas en el uso de la honda, enrolados como mercenarios con Aníbal.

El concepto de disparar piedras al enemigo dio un salto cualitativo con la catapulta, arma de impresionantes dimensiones destinada a vencer en los asedios abatiendo murallas. La catapulta se emparenta en origen con las ballestas y en particular con la *gastrafetes* griega, en la que se tensaba el arco haciendo fuerza con el estómago. Para los helenos, la construcción de catapultas supuso un gran desafío técnico, al que se consagraron científicos e inventores. Herón de Alejandría, por ejemplo, se dedica a ello en su libro *Belopoeica (Sobre la fabricación de ingenios de guerra)*.



Estatua de un hondero baleárico, Mallorca.



A tiro limpio. El cañón de mano (arriba, uno del siglo XV) fue la primera arma de fuego. Su perfeccionamiento dio lugar al arcabuz (debajo) y luego al mosquete, que, con una punta incorporada, se haría bayoneta (derecha).



▶ le añadió un complemento: la bayoneta. Así, el nuevo mosquete era un híbrido de las antiguas armas de punta y filo y las nuevas armas de fuego. Esa unificación otorgaba ventajas estratégicas a quienes dirigían los ejércitos: en lugar de tener varios destacamentos especializados por tipos de armas, un único soldado podía asumir una u otra en función del momento de la batalla, con lo cual se armonizaba tanto la formación como el equipamiento. Se estaban poniendo los mimbres para la aparición del soldado de infantería polivalente.

Este último paso, dado en los siglos XIX y XX, llevará aparejada la aparición de otra arma, que no es sino el fusil, última evolución del mosquete. Su cañón, más alargado y estilizado, está preparado para acoger una bala de tamaño ojival, que resulta mucho más precisa que la de forma esférica habitual en los mosquetes. El soldado gana así autonomía y capacidad de fuego. La mejora se completará con los mecanismos de disparo automático, que alcanzan su más letal expresión en el fusil de asalto soviético AK-47, cuyas siglas significan Avtomat Kalashnikova, siendo este último el apellido de su inventor, Mikhail Kalashnikov, que sirvió en el Ejército Rojo durante la Segunda Guerra Mundial. A partir de las experiencias vividas, los comentarios oídos a otros soldados y su propio talento, desarrolló este fusil, que se empezó a producir en 1947 y que tiene como principal innovación su sistema de recarga de cartuchos, que aprovecha la fuerza de los

PREHISTORIA | EDAD ANTIGUA | EDAD MEDIA | EDAD MODERNA

Escudados. La tecnología del metal trajo hachas, escudos y un gran invento: la espada.

Cuerpo a cuerpo. En la Edad de Piedra, el armamento para la caza y las guerras de exterminio lo constituían lanzas y jabalinas.

Armaduras y cotas de malla. Existían de antiguo, pero las popularizaron los caballeros medievales a fines del siglo XIII.

Largo alcance. La generalización de las armas de fuego en el XVIII acabó con los escudos (Granadero francés, 1809).

Las primeras armas de fuego eran muy pesadas, difíciles de manejar y de poca precisión en el tiro

gases de combustión producidos en el disparo para facilitar la colocación de uno nuevo mientras se expulsa el ya usado. Su fiabilidad y producción industrial masiva lo convirtieron en el arma favorita de los grupos guerrilleros y terroristas del siglo XX.

Escudados para la batalla. No sólo con armas sobrevive el soldado. Muchas veces, la tarea más ardua resulta ser la de parar los golpes del enemigo. Así que la tecnología bélica no tardó demasiado en aplicarse a encontrar ideas que le salvaran la piel al combatiente. La primera de todas fue el escudo, del que se sabe que ya era utilizado entre los sumerios, cuna de la civilización, en el III milenio antes de Cristo. Se fabricaban por entonces con armazón de madera, que servía de soporte para el material protector, que inicialmente fue el cuero. La piel de bovino se secaba, a veces incluso se hervía, para luego superponerse en varias capas. De esta forma se lograba una notable protección frente a las armas y los proyectiles acabados en punta, la mayor amenaza por entonces.

Los materiales evolucionarían muy rápidamente: el lino, el cobre o el bronce sucederían al cuero, mientras que también su aspecto se metamorfoseaba. Primero fue redondo, luego ovalado y después oblongo (más largo que ancho). Esta última forma es la que tendría el *scutum*, popularizado por las legiones romanas a partir de una evolución del *clipeus* griego. Con una altura superior a un metro, lo utilizaban para llevar a cabo una de las formaciones de protección más conocidas de la historia, la tortuga (*testudo*), en la que todos los legionarios ponían su escudo en horizontal por encima de sus cabezas, solapándolos a modo de caparazón para evitar la lluvia de proyectiles enemigos. Este escudo oblongo se conocerá en la Edad Media como "pavés". Los que hoy utilizan los policías en las operaciones antidisturbios siguen este modelo alargado, aunque con unos 90 centímetros de altura son un poco más pequeños. También el material es muy distinto: actualmente se prefiere el policarbonato, un plástico muy resistente a los impactos.

Aunque sea un aspecto poco visible, muchas de las mejoras de los escudos se realizaban en las manijas o asas de sujeción. El *aspis koilè* de los hoplitas griegos fue una revolución en este ámbito. Se trató del primero que incorporó una fijación para la totalidad del antebrazo, para lo cual había que pasarlo por una gran abrazadera remachada. Eso facili- ▶

La Segunda fue una guerra de Nobel

La Segunda Guerra Mundial fue la más científica de todas. En su desenlace resultó decisiva la invención de la bomba atómica, que a su vez requirió el esfuerzo de algunos de los mayores físicos del siglo XX, como Enrico Fermi, J. R. Oppenheimer y muchos otros reunidos en torno al Proyecto Manhattan, con el apoyo en la retaguardia del propio Albert Einstein.

La coincidencia de la escalada armamentística alemana con un momento de efervescencia científica incomparable, no sólo en el campo de la física atómica sino también en otros como la ingeniería de cohetes, hizo que los investigadores de las disciplinas más susceptibles de aprovecharse fuesen llamados a filas. El régimen nazi aprovechó los resquicios del Tratado de Versalles para crear un Centro de Investigación en Armamento, cuyo director técnico sería el luego famoso Wernher von Braun. También se formó un Club del Uranio que, al estallar la guerra, se situó bajo el control de la Oficina de Armamento.

Las informaciones sobre este papel preponderante de los científicos en el esfuerzo bélico alemán llegaron a Estados Unidos a través de físicos exiliados. Fue el propio Einstein quien avisó en una carta al presidente Roosevelt. Éste impulsó un grupo de alto nivel –el Proyecto Manhattan– que trabajó en una base secreta del desierto de Los Alamos (Nuevo México), a partir del verano de 1942, para producir la bomba atómica. Los que participaron estaban muy motivados, tal y como ha explicado Roy Glauber, premio Nobel de Física 2005, que estuvo allí: "Los alemanes sabían tanto como nosotros sobre la energía nuclear y, por tanto, era necesario conseguir la bomba primero".


Miembros del Proyecto Manhattan en Los Alamos.


SIGLO XX

ACTUALIDAD

Contra la potencia mortífera. Desde la II Guerra Mundial (1939-1945), el casco de combate es imprescindible. Aquí, con el PASGT kevlar.

La guerra tecnológica. Equipamiento militar computerizado mostrado en una escuela del ejército británico en 2002.

GETTY IMAGES

CORDON

WEBS

bbc.in/GBxjCv
Juego interactivo con el que puedes conocer la evolución del armamento a través de episodios clave de la historia de Gran Bretaña.



bit.ly/GBS GkY
En esta página, muy bien documentada e ilustrada, encontrarás las principales armas utilizadas por los ejércitos de los faraones en el Antiguo Egipto.



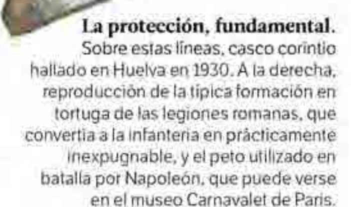
Tan importante como la evolución del armamento ha sido la mejora de los medios de defensa: cascos, escudos...

▶ taba el sostenerlo, mientras que el agarre se hacía mediante un asa en el borde del escudo. De esta forma, su peso (podía llegar a los 10 kg.) quedaba muy distribuido y el soldado conseguía una comodidad a la hora de luchar que aumentaba mucho el rendimiento y la eficacia.

Similar en el tiempo es la historia de los cascos de combate, de los que también encontramos ya vestigios entre sumerios y acadios. Como los escudos, los cascos entraron en desuso una vez que las armas de fuego demostraron ser capaces de atravesarlos sin compasión. Si observamos pinturas o uniformes de ejércitos entre los siglos XVII y XIX, enseguida veremos que prácticamente habían desaparecido entre la infantería, y sólo abundaban en regimientos de caballería como los coraceros y dragones napoleónicos, aunque con una función más decorativa que práctica.

Pero, curiosamente, los cascos resucitaron a partir de la Primera Guerra Mundial. El tremendo uso que se hacía de la artillería y la generalización de la guerra de trincheras habían creado un nuevo riesgo para quienes luchaban. Los soldados se pasaban el tiempo en los fosos excavados a cielo abierto pero bajo el suelo, por lo que la manera más eficaz de atacarlos era lanzándoles obuses cargados de metralla. Rápidamente se vio que esto provocaba multitud de lesiones y heridas craneales, por lo que tanto los alemanes como los franceses desempolvaron los cascos. En ambos casos optaron por producirlos con acero y los hicieron con diseños muy característicos, de tal forma que quedaron muy asociados a la imagen de este conflicto bélico. El de los franceses era el modelo Adrian (por su creador, el general August-Louis Adrian), compuesto de cinco piezas y con una peculiar visera. El de los alemanes, el Stahlhelm, era de una sola pieza y en su parte posterior protegía bastante la nuca (aunque pesaba más). En la Segunda Guerra Mundial, los americanos introducirían el casco M1, también muy reconocible por su parte exterior, llamada "olla de acero", aunque los observadores menos atentos desconocerán que debajo había otro casco interior, que contenía el sistema de suspensión para ajustarlo a la cabeza del usuario.

Piel de metal. Egipcios y asirios fueron los primeros que nos dejaron muestras gráficas de las corazas que llevaban en sus cuerpos. Solían ser de piel, con recubrimientos de tiras metálicas para aumentar la protección. Los romanos protagonizaron un enorme avance cuando crearon la *lorica segmentata*, armadura predominante durante las épocas de gloria del Imperio. Consistía en unas tiras de cuero dispuestas a modo de peto que llevaban clavadas grandes placas metálicas. Requerían una enorme destreza en su elaboración por parte de los herreros que las producían, y su cuidada estructura daba un aspecto impenetrable al legionario.



La protección, fundamental. Sobre estas líneas, casco corintio hallado en Huelva en 1930. A la derecha, reproducción de la típica formación en tortuga de las legiones romanas, que convertía a la infantería en prácticamente inexpugnable, y el peto utilizado en batalla por Napoleón, que puede verse en el museo Carnavalet de París.

Tejida con anillas. Más ligera y sencilla es la cota de malla, que también se extiende entre los romanos (*lorica hamata*) y que se vuelve popular en la Edad Media. Es un invento singular, porque su formato es totalmente distinto al de modelos anteriores: estaba compuesta de centenares o miles de anillos metálicos entrelazados (cada uno con un diámetro exterior de unos 7 milímetros) que se tejían a una túnica o camisa. Así conseguía aunar la resistencia con la flexibilidad, adaptándose al cuerpo como si se tratara de una segunda piel. Según el historiador romano Varrón, la tecnología para fabricarla fue copiada de los celtas, y de hecho en la tumba de un jefe celta en Rumanía se ha encontrado una datada en el siglo V o IV a. C.

Las cotas de malla se convirtieron en un bien muy valioso en siglos posteriores, no al alcance de cualquier guerrero. Lo mismo que sus sucesoras, las armaduras metálicas plateadas, que nos traen la imagen de los caballeros medievales. No se extendieron hasta finales del siglo XIII, precisamente por la dificultad de manufacturarlas, pero cuando lo hicieron causaron sensación, porque proporcionaban la práctica invulnerabilidad frente a los golpes de espa-

La ciencia de fortificar

La preocupación por formar ingenieros militares está en el origen de las actuales escuelas universitarias de la especialidad. Una institución pionera, que contribuyó a la llegada de la Ilustración a España, fue la Real y Militar Academia de Matemáticas de Barcelona, fundada en 1700. Se creó a imagen y semejanza de otro centro establecido por el Imperio español en Flandes, la Academia de Bruselas, pensada para mejorar la construcción de fortificaciones en el teatro de operaciones más militarizado de los Austrias. De Bélgica precisamente vendría un personaje determinante en la evolución de la ingeniería militar española, Jorge Próspero Verboom (Amberes, 1665-Barcelona, 1744). Elegido por Felipe V para dirigir el recién constituido Cuerpo de Ingenieros del Ejército, a partir de 1720 reforzó las enseñanzas que en la Academia catalana se daban sobre la especialidad, convirtiéndola en un centro único.

Prueba de su nivel son las materias valoradas en el examen de ingreso, establecidas por el profesor Pedro de Lucuze. Éste se mostraba muy exigente y evaluaba conocimientos de aritmética, geometría, cálculo, levantamiento de planos, "reglas de fortificación regular, irregular, real y de campaña", arquitectura civil y de artillería... Lucuze, que llegaría a ser el más destacado director de la Academia, decía de los aspirantes: "Han de ser inteligentes en las partes de la matemática pertenecientes a la guerra"; y, con ironía, acababa sus requerimientos a los que quisieran examinarse asegurando que "no poseyendo estos pretendientes estas partes, será excusado que hagan el viaje".

Retrato del marqués Jorge Próspero Verboom.



da. Muy utilizadas en la Guerra de los Cien años y en las Guerras Italianas, se realizaban en diversos diseños y estilos, como el milanés o el gótico. Y por supuesto, había quienes se esforzaban en buscar nuevos métodos para herir a quienes las llevasen. Así nació el estoque, un tipo de espada larga diseñada para atacar con la punta, de forma que se pudiera dirigir contra las junturas de la armadura entre los hombros y el tronco, o en la zona del cuello. Es decir, se renunciaba a utilizar el filo de la espada y se apostaba todo a un golpe mucho más agudo y certero.

Ataque y contraataque: en eso consiste no sólo la historia de la guerra, sino también la de quienes, con sus inventos, fueron perfeccionando y haciendo más letal su práctica. Puede decirse que otro de los grandes avances bélicos fue convertir los vehículos de transporte (animales o motorizados) en armas de batalla en sí mismos. El tanque es el ejemplo paradigmático, con su capacidad para representar el ataque más potente y la defensa más blindada en una sola máquina. Pero hay ejemplos mucho más antiguos, sobre todo en la batalla marítima.

Mejoras y contramejoras. La galera trirreme de los griegos era la embarcación mejor pensada para la guerra antigua, un buque tremendamente rápido capaz de invadir por sorpresa en un tiempo récord. La velocidad se conseguía por su forma larga y estrecha: la relación entre eslora (medida de proa a popa) y manga (de estribor a babor) era de 10 a 1. Su rapidez en el ataque era consecuencia de su fondo sin quilla, casi completamente plano: la nave podía llegar prácticamente hasta la playa, en donde más tarde se ponía en seco en una basada (su gran inconveniente era que se inundaba con facilidad).

En el siglo XV, en Oriente, los coreanos inventaron un tipo de galera muy eficaz en batalla, el llamado "barco tortuga". Tenía la cubierta totalmente protegida por una armadura en forma de planchas de madera, con unos pequeños agujeros por los que hacían salir humo para confundir al enemigo. De esta forma, abordar un navío tortuga devenía una tarea casi imposible. Estas embarcaciones se hicieron famosas a raíz de su uso por parte de los coreanos para luchar contra la invasión japonesa de 1592. Como se ve, los acorazados y submarinos tienen antepasados más lejanos de lo que pueda parecer en un principio.

Y lo mismo pasa con la mayor parte de las armas conocidas. La investigación sobre armamento es tan vieja como la propia guerra, aunque ciertamente cada vez se ha hecho más importante. El papel de los científicos es clave para conseguir objetivos militares: los múltiples casos de científicos iraníes eliminados por los servicios secretos de los países enfrentados al régimen de Teherán demuestran que los investigadores pueden ser un objetivo más estratégico incluso que los propios soldados.



Una nave inabordable. El barco tortuga, inventado por el almirante coreano Yi-Sunshin (1545-1598), se exhibe en el museo de Onyang (Corea del Sur).

42 movimientos distintos
requería el proceso para disparar un arcabuz con serpentín entre los siglos XV y XVI, según establecen los especialistas en armas de la época.

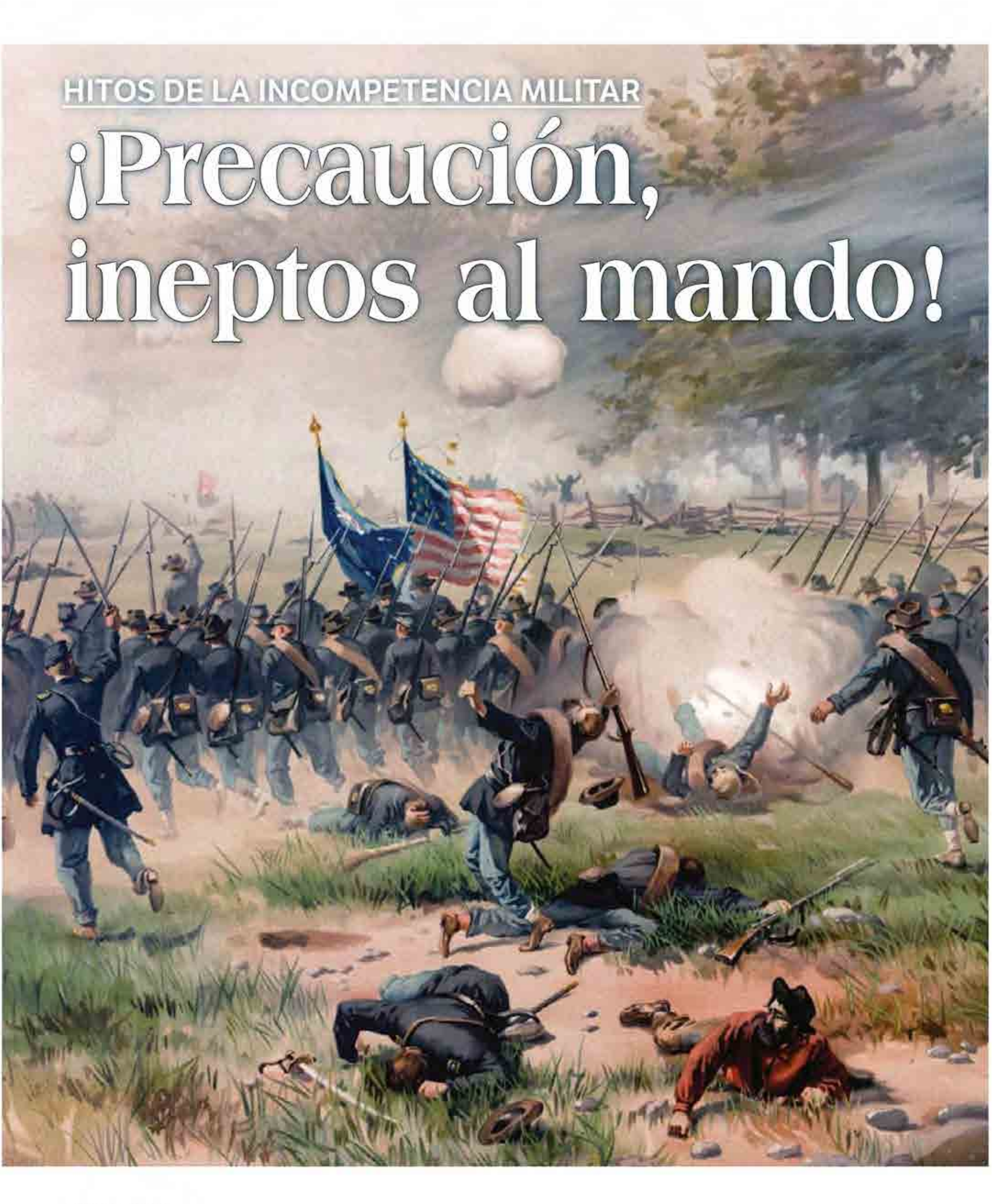
LIBRO

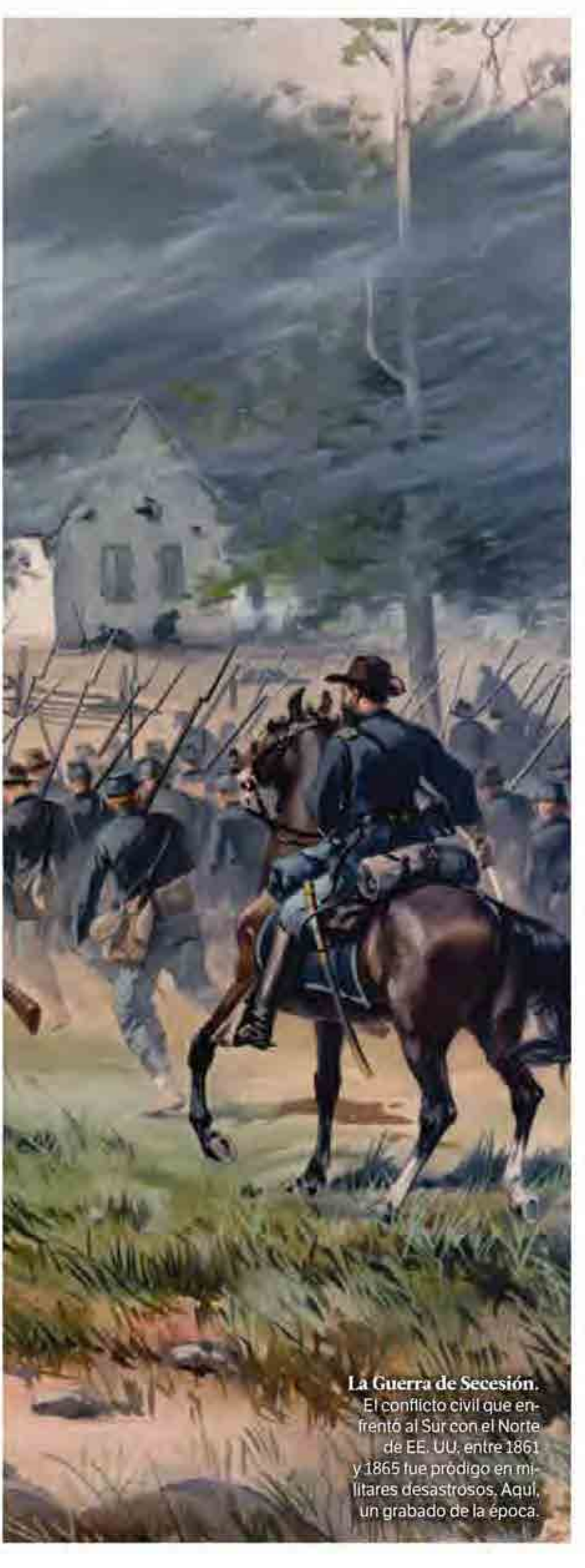
La ilustración en Cataluña: la obra de los ingenieros militares, *varios autores*. Ministerio de Defensa, 2010. En el portal www.asasve.es, dedicado a temas militares, se puede descargar en PDF.



HITOS DE LA INCOMPETENCIA MILITAR

¡Precaución, ineptos al mando!




La Guerra de Secesión. El conflicto civil que enfrentó al Sur con el Norte de EE. UU. entre 1861 y 1865 fue pródigo en militares desastrosos. Aquí, un grabado de la época.

No sólo hay genios de la guerra en el panteón de la fama; muchos incompetentes también se la ganaron a pulso... pero por sus trágicos errores.

Por Jesús Hernández

En los altares de la historia, uno de los lugares más destacados se reserva a los grandes militares que supieron conducir a sus hombres a la ansiada victoria. Sus nombres, pronunciados con respeto y admiración, han quedado ligados para siempre a las batallas en las que vencieron, y las naciones les han rendido tributo. Alejandro Magno, Escipión, Julio César, Saladino, Wellington o Napoleón pasaron a la posteridad gracias a sus grandes triunfos en el campo de batalla.

Sin embargo, existe otro *Hall of Fame* muy diferente. En él se inscriben los nombres de aquellos militares que no sólo resultaron dolorosamente derrotados, sino que acabaron sumidos en el oprobio y la vergüenza. Aníbal o Rommel, a pesar de sus derrotas, lograron rodearse de un halo mítico que los llevó a engrosar esa lista de los grandes guerreros; pero otros, al conducir a sus hombres al desastre por culpa de su flagrante ineptitud, entraron por méritos propios en la *lista negra*. Y aún hay lugar para otra categoría desconcertante: la de los guerreros que fueron reconocidos como grandes militares y obtuvieron de sus compatriotas los más excelsos honores, pese a haber demostrado igualmente una supina incompetencia en la conducción de la guerra.

Las legiones de Varo. Un denominador común de los guerreros incompetentes es el tipo de mérito por el que fueron ungidos con el mando, siempre alejado de la capacidad para dirigir tropas. Un caso paradigmático es el de Publio Quintilio Varo (47 a. C. a 9), que debió su ascenso al favor del emperador Augusto y del general Agripa, que se convertiría en su suegro. Su insaciable codicia y sus métodos expeditivos le hicieron impopular en las provincias romanas a las que fue destinado: en Judea sofocó un levantamiento crucificando a más de dos mil rebeldes y en Germania, con la imposición de fuertes tributos, se ganó el odio de la población local.

El resentimiento germano contra Varo cuajó en torno a la figura de Arminio, caudillo de la tribu de los queruscos que había sido jefe militar romano y que, por tanto, conocía a la perfección a sus enemigos. En el año 9, Arminio tendió una trampa a Varo, atacándole y retirándose después para atraerlo hacia el bosque de Teutoburgo. Confiado en la superioridad de las legiones romanas, Varo no dudó en adentrarse con tres de ellas, reforzadas con caballería y tropas auxiliares, en esa tupida región montañosa, en la que era imposible desplegar las estudiadas tácticas de estas supuestamente invencibles unidades.

Una trampa mortal. Las columnas romanas, formadas por unos 20.000 hombres y conducidas por el arrogante Varo, cayeron en la trampa tendida por Arminio y fueron atacadas en sucesivas emboscadas. La lluvia y el barro acabaron por convertir el bosque en un pandemónium en el que la mayoría de los soldados romanos, aturdidos y confusos, pereció bajo las flechas y lanzas de los fieros germanos. Los que resultaron capturados sufrieron un final horrible: fueron cruelmente sacrificados o quemados vivos. Tan sólo unos pocos consiguieron escapar. Varo no intentó huir; consciente de la deshonra que le esperaba si regresaba a Roma, prefirió ordenar a un esclavo que le quitase la vida. Pero ese último gesto no le valió el perdón de su protector Augusto, de quien se cuenta que, tras conocer el desastre, se mesaba los cabellos exclamando: "Quintilio Varo, ¡devuélveme mis legiones!".

Si el nombre de Varo quedó ligado para siempre a su dramática derrota en Teutoburgo, otros líderes militares verían su nombre unido a los descalabros que provocaron con sus decisiones erróneas. Antes que Varo, en el 53 a. C., Marco Licinio Craso ya había cosechado una estrepitosa derrota ante los partos del general Surena, al separar a sus tropas para perseguir a los arqueros enemigos que simulaban una falsa retirada. Después de él, muchos otros pasarían a engrosar esa abultada lista de los guerreros que demostraron su incompetencia en el campo de batalla. ▶

WEB

bit.ly/yUXK4o

Dentro de la web *Errores Históricos*, un apartado específicamente dedicado a las pifias bélicas.



▶ La guerra de Crimea (1853-1856) fue el escenario de uno de los desastres militares más célebres. El 25 de octubre de 1854 se enfrentaban en Balaclava los turcos, los ingleses y los franceses contra los rusos. En esta batalla se produciría la famosa carga de la Brigada Ligera, un hecho que ha pasado a la posteridad como una gesta heroica, inmortalizada en poemas, pinturas de carácter épico y, posteriormente, en el cine, pero que en realidad fue un bochornoso fiasco del ejército británico.

La causa de dicha debacle fue la torpeza del comandante británico, Fitzroy Sommerset (1778-1855), conocido como Lord Raglan, que había llegado a ser secretario militar del general Wellington. En 1854, de forma inopinada al no poseer experiencia en el mando de tropas, fue nombrado general y puesto al frente de la fuerza británica en Crimea, pero pronto demostraría que el cargo le venía muy grande. Más diplomático que soldado, desconocía los principios de la ciencia militar y, al mismo tiempo, su capacidad organizativa resultó ser nula, ya que a los soldados les llegó a faltar lo más esencial, como ropa y comida.



El desastre de Teutoburgo. Arminio, caudillo germano de la tribu de los queruscos, tendió una trampa al arrogante general romano Quintilio Varo en el bosque de Teutoburgo (año 9, aquí en un grabado) y aniquiló a sus legiones.

Carga suicida. Balaclava fue el escenario de un desastre anunciado. Durante la batalla, Lord Raglan envió un mensaje a la caballería ligera en el que ordenaba que lanzasen un ataque contra las tropas rusas en retirada. Sin embargo, en esa dirección se encontraba toda la artillería rusa, lo que le fue advertido, pero Sommerset exigió que la orden se cumpliese "inmediatamente". El resultado de esa carga suicida fue una masacre: de 600 jinetes, solamente sobrevivieron 185.

Lord Raglan tuvo aún otra oportunidad para demostrar su ineptitud; diez días después, en la batalla de Inkerman, envió pequeñas unidades a combatir a otras más grandes, causando su aniquilamiento. Por suerte para él, gracias a la superioridad británica y a la ayuda francesa, ambas batallas acabaron saldándose con un resultado favorable, lo que le supuso su ascenso a Mariscal de Campo. Pero su encumbramiento no le libró de un alud de críticas que acabaría minando su salud, y falleció al año siguiente.

La Guerra de Secesión. El conflicto civil que enfrentó a los estadounidenses entre 1861 y 1865 proporcionaría una notable cosecha de generales manifiestamente incompetentes. Pero el más *destacado* fue sin duda el nordista Ambrose Everett Burnside (ver recuadro en la siguiente página).

En la batalla de Antietam (1862), Burnside provocó una inútil carnicería al ordenar a sus hombres que pasasen en columna de a dos por un puente de piedra que se hallaba bajo el fuego de los confederados, en una acción casi suicida, cuando el río podía haber sido fácilmente vadeado. En Fredericksburg (1862) no fue capaz de derrotar al general Lee pese a doblar sus efectivos, lanzando a sus hombres en inútiles asaltos frontales a campo abierto contra defensores bien atrincherados tras unos muros de piedra, con un balance final de trece mil bajas.

Durante el largo asedio de Petersburg, Burnside ordenó en julio de 1864 cavar un túnel hasta las trincheras enemigas para volarlas con dinamita. Tras la explosión, sus hombres avanzaron descendiendo hasta quedar atrapados



Británicos contra holandeses. Se enfrentaron en Sudáfrica en la guerra de los bóers (sobre estas líneas, una de las batallas). En ella, Charles Warren (izda.), arqueólogo galés incomprensiblemente ascendido a general, llevó a los suyos a una ridícula derrota en Spion Kop.

Pese a su torpeza, muchos de estos militares obtuvieron ascensos y elogios, como Lord Raglan

en el enorme cráter, del que no pudieron salir al no disponer de escaleras de mano. Los confederados los acribillaron tranquilamente desde el borde del cráter, causando casi cuatro mil bajas. Al escuchar lo ocurrido, el presidente Abraham Lincoln no pudo contener su ira y exclamó: "¡Sólo Burnside es capaz de transformar una victoria cierta en una derrota espectacular!".

Lincoln, desesperado. Si Burnside era generoso en derramar la sangre de sus soldados, en el otro extremo estaría otro general nordista, George McClellan (1825-1885), nombrado por Lincoln comandante del ejército del Potomac, el grueso de las fuerzas armadas de la Unión. Remiso a arriesgar lo más mínimo, dejó pasar excelentes oportunidades para aplastar a las fuerzas sudistas, aun disponiendo de una fuerza muy superior. McClellan logró desesperar a Lincoln, que no cesaba de ordenarle que atacase de una vez, pero el timorato general siempre se escudaba en que su ejército requería de un último aprovisionamiento para ponerse en marcha. En Antietam contó con el plan completo de ataque de los sudistas, que había llegado a sus manos después de que un oficial lo perdiese en el campo, pero aun así fue incapaz de aprovechar esa ventaja para obtener una victoria decisiva, al mantener un nutrido grupo de reserva en previsión de una derrota. En otra ocasión, los confederados se encontraban aislados y eran presa fácil para los nordistas, pero McClellan no atacó por miedo a las numerosas piezas de artillería que veía entre las fuerzas sudistas. La sorpresa llegó cuando, al alcanzar sus posiciones, comprobó que los cañones no eran más que troncos pintados de negro; los confederados supieron aprovecharse de la proverbial falta de empuje de McClellan. En política fue más valiente, ya que se enfrentó a Lincoln en 1864, aunque fue derrotado.

Uno de los generales más incompetentes de la historia militar británica fue el galés Charles Warren, que luchó contra los bóers en Sudáfrica. Considerada una persona irresponsable y sin criterio, aseguraba que su plan para derrotar a los bóers consistía en "darles unos buenos azotes con los pantalones bajados". Un coetáneo suyo afirmó que la razón por la que a Warren se le había entregado el mando "era un enigma".

Salvar el champán. Su lamentable actuación en la batalla de Spion Kop, en enero de 1900, se saldaría con la mayor derrota británica en este conflicto. El objetivo era arrebatar la montaña de dicho nombre a los bóers: esto hubiera sido posible de haber actuado con rapidez, pero Warren estaba más preocupado por supervisar el paso de sus valiosas pertenencias a la otra orilla del río Tugela, incluyendo decenas de cajas de vino de Oporto y champán. Se tardó veintiséis horas en trasladar su equipaje, un tiempo que los bóers aprovecharon para recibir refuerzos y establecer la defensa. La batalla en sí fue un despropósito: el desconocimiento del terreno llevó a tomar durante la noche unas posiciones que se revelarían vulnerables al llegar el día. Aun así, los soldados británicos demostraron una encomiable firmeza, que acabaría por desanimar a los bóers. Con el paso de las horas, estos consideraron perdida la batalla e ▶



La guerra de Crimea. La fatídica carga de la Brigada Ligera fue uno de sus episodios; otro, el sitio de Sebastopol (cuadro de Franz Rubo).

Un almirante en plena luna de miel

Durante la 2ª Guerra Mundial, los oficiales italianos no destacaron por su valentía. Uno de ellos, el almirante Gino Pavesi, protagonizó un esperpéntico episodio el 11 de junio de 1943, cuando las tropas aliadas se aprestaban a tomar la isla de Pantelaria, de gran importancia estratégica. Pavesi contaba con una sólida fortificación defendida por más de once mil hombres, pertrechados de comida, armas y munición, y con un centenar de baterías costeras. Sin embargo, se rindió sin disparar un solo tiro. El motivo aducido fue que la guarnición no disponía de agua, a pesar de que los británicos encontraron cisternas repletas. El hecho de que el almirante, de 70 años, se acabase de casar con una joven de 25 llevó a pensar que no estaba dispuesto a estropear su luna de miel poniéndose al frente de una defensa enconada de la isla. El único contratiempo que padecieron los aliados en la *invasión* fue que a un soldado inglés le mordió la mano un burro.



La toma de Pantelaria (en la foto) sería calificada de "opereta".

PERSONAJE



Ambrose Everett Burnside (1824-1881) fue uno de los peores generales de la historia. Su ineptitud causó más de 20.000 bajas en las filas nordistas durante la Guerra de Secesión.



El final de un absurdo viaje. En la batalla de Tsushima (arriba, pintada por Tojo Shotaro, 1905), los japoneses acabaron con la flota rusa; fue el último de una larga cadena de desastres.

FECHAS

25/octubre 1854
En Balaclava, el británico Lord Raglan ordena la mítica carga de la Brigada Ligera contra los rusos, una masacre para los suyos.

16/abril 1917
Se produce la ofensiva Nivelle de Francia contra Alemania, un desastre y una de las peores carnicerías de la Primera Guerra Mundial.

▶ iniciaron el repliegue, pero Warren, ante la falta de agua y municiones, ordenó una retirada que puso la victoria en bandeja a los sorprendidos bóers.

En agosto de 1900, Warren fue reclamado a Inglaterra y no volvió a dirigir tropas, pero lo trataron con consideración y lo nombraron comandante de los Ingenieros Reales. En 1908 se dedicó a organizar los Boy Scout, un objetivo más acorde con sus capacidades.

Una odisea patética. Si hasta ahora hemos asistido a varios ejemplos de incompetencia militar por tierra, veremos que también los hay por mar. El caso más inaudito es el que protagonizó la armada del zar durante la guerra ruso-japonesa (1904-1905). Tras el ataque nipón a las posesiones rusas en Extremo Oriente, los eslavos decidieron enviar allí a la flota del Báltico. El encargado de llevar los buques a la otra parte del mundo fue el almirante Zinovy Rozhestvensky (1848-1909). Como los ingleses no permitieron que atravesasen el canal de Suez, los barcos se vieron forzados a rodear África.

El primer incidente se produjo nada más salir, cuando unos pesqueros ingleses fueron confundidos con la flota de guerra nipona. Los cañones rusos abrieron fuego contra ellos; cuando ya habían hundido varios barcos, se dieron cuenta del lamentable error. Más adelante, al pasar cerca de Gibraltar, uno de los barcos se enredó con un cable submarino; los rusos lo cortaron sin saber que se trataba del cable telegráfico que unía a Africa y Europa, dejando a ambos continentes incomunicados. Estos despropósitos fueron recogidos por la prensa y convirtieron a la flota rusa en el hazmerreír del mundo.

El siguiente episodio tuvo lugar ante las costas africanas, cuando Rozhestvensky ordenó unas prácticas de tiro que, por error, acabaron hundiendo uno de sus propios barcos. Más adelante, uno de los buques abrió fuego contra tres supuestos barcos japoneses; después de disparar trescientos obuses, advirtieron que estaban atacando a un mercante sueco, un pesquero alemán y una goleta francesa. Se entiende que Rozhestvensky, aquejado de fuertes dolores de cabeza, pasase días enteros encerrado en su camarote.

Cuando finalmente la armada del zar se enfrentó a la japonesa cerca de la isla de Tsushima, la dirección de la batalla por parte de Rozhestvensky no pudo ser peor, y sus erráticas decisiones provocaron el caos. Tras asistir a la aniquilación de su flota, el almirante ruso, que había resultado herido, fue hecho prisionero. Después de la guerra sería juzgado por el desastre naval pero, curiosamente, fue exonerado, y las culpas recayeron en cuatro de sus oficiales, que se convirtieron en cabezas de turco de la patética odisea.

La ofensiva Nivelle. La Primera Guerra Mundial (1914-1918) fue pródiga en malos militares, como el inglés Douglas Haig, el francés Charles Mangin, apodado *el carnicero*, o el italiano Luigi Cadorna. De entre todos, destaca el general Robert Nivelle (1856-1924).

Tras algunas acciones de mérito en Verdún, a finales de 1916, Nivelle se convirtió en la gran esperanza francesa para romper las defensas alemanas y, por tanto, acabar con el estancamiento del frente occidental. Sus métodos supuestamente innovadores alentaron la ilusión de una

Cómo perder la guerra en menos de una hora

Probablemente la guerra más breve de la historia sea la desatada en 1896 por el insensato sultán Khalid bin Barghash de Zanzíbar. Barghash había accedido al sultanato de la isla tras la muerte de su primo –presuntamente envenenado por él–, pero los ingleses preferían otro candidato más favorable a sus intereses, a lo que tenían derecho según estipulaba un tratado. El nuevo sultán decidió enfrentarse a ellos y les declaró la guerra el 27 de agosto.
El conflicto comenzó a las 9:02 con un intenso bombardeo del palacio del sultán desde los cinco buques de guerra británicos fondeados en el puerto. Viendo que estaba perdiendo la *guerra*, Barghash huyó de palacio y se refugió en el consulado alemán. A las 9:40, los zanzibarianos izaron la bandera blanca después de sufrir medio millar de bajas; el conflicto había durado apenas 38 minutos.



La guerra anglo-zanzibariana no duró ni 40 minutos; en la imagen, prisioneros custodiados por un soldado nativo.

Senderos de gloria (1957, Kubrick), sobre la trágica ofensiva Nivelle, no se estrenó en Francia hasta 1975



Un *bluf* que costó miles de vidas. El prestigio del general Georges Robert Nivelle (litografía coloreada) se demostró infundado.



¿Genio o inepto? El general Montgomery, héroe de la II Guerra Mundial (aquí, en plena acción), ha sido cuestionado.

batalla rápida y sin grandes costes que pusiera punto final a la guerra. El gobierno galo dejó el ejército en sus manos. Nivelle, de madre inglesa, ofrecía una imagen cosmopolita que agradaba a los británicos, que también se enamoraron de él.

En febrero de 1917 comenzó a organizar su ofensiva, que tendría lugar en el Chemin des Dames. Pronto se hizo evidente que Nivelle se veía superado por esa responsabilidad. Los alemanes se retiraron a una línea más defendible, pero eso no alteró sus planes. Igualmente, los detalles del ataque se filtraron y comenzaron a ser conocidos hasta por los germanos, pero Nivelle no sólo se negó a modificarlos, sino que parecía disfrutar de la atención que recibía su estrategia. Tanto el gobierno francés como el inglés comprendieron que, probablemente, Nivelle era un *bluf*, pero ya era tarde para cancelar la tan cacareada ofensiva y siguieron adelante.

Como no podía ser de otro modo, la batalla fue un completo fracaso; 500.000 soldados se estrellaron el 16 de abril de 1917 contra unas defensas germanas que habían sido reforzadas gracias a las filtraciones. Sólo el primer día murieron 40.000 soldados franceses. Cuando la carnicería llevaba ya dos semanas, el gobierno ordenó a Nivelle que detuviera el ataque. Fue reemplazado por Pétain y destinado al norte de Africa, pero nunca sería juzgado por su insensata ofensiva, que sirvió de inspiración a Stanley Kubrick para su película *Senderos de gloria* (1957), prohibida en Francia hasta 1975 por su descarnada crítica al estamento militar.

Héroes muy cuestionables. Durante la Segunda Guerra Mundial (1939-1945), si hay un militar que destacó por la nefasta utilización de la fuerza aérea fue el célebre jefe de la Luftwaffe, Hermann Goering (1893-1946). Sus fracasos en la evacuación de Dunkerque, la batalla de Inglaterra o el aprovisionamiento de Stalingrado son ampliamente conocidos. Ocupado en saquear obras de arte, vestir lujosos uniformes e ir de caza, el obeso mariscal demostró su ineptitud al frente de la aviación germana.

Menos famoso es el general ruso Semion Budionni (1883-1973), aunque, durante la guerra, no hubo desastre para las armas soviéticas en el que no estuviera implicado. Su escasa previsión en cuanto a transportes y aprovisionamiento tuvo resultados nefastos en la ofensiva contra Finlandia. La Operación Barbarroja (1941) también padeció su ineficacia: encargado de la defensa de Ucrania, perdió un millón y medio de hombres en Uman y Kiev. En 1942 fue destinado al Cáucaso, en donde no supo detener el avance germano. Aunque Budionni y catástrofe llegaron a ser términos inseparables, Stalin, viejo amigo suyo, no sólo no tomó represalias contra él, sino que le permitó jubilarse como *Héroe de la URSS*.

Un destino similar tuvo uno de los generales más renombrados de la contienda, el británico Bernard L. Montgomery (1887-1976). Aunque pueda sorprender encontrar aquí su nombre, el célebre *Monty* hizo sobrados méritos para figurar en esta lista. Su victoria en El Alamein, en octubre de 1942, no fue completa debido a su desesperante parsimonia tras ganar la batalla, que permitió a Rommel escapar con los restos del Afrika Korps y alargar medio año más la campaña africana. Durante la toma de Sicilia, Montgomery compitió con el general norteamericano George Patton, recurriendo a malas artes para ralentizar su avance, pero aun así el estadounidense le tomó la delantera y llegó primero al extremo norte de la isla; una carrera que se reeditaría en el Rin, con el inefable Patton también de vencedor. En Normandía, la lentitud de *Monty* retrasó la toma de Caen seis semanas. Pero su mayor fracaso fue la operación Market Garden, en septiembre de 1944, por la que pretendía tomar varios puentes holandeses, en una audaz operación aerotransportada, para penetrar en Alemania y poner fin a la guerra. Aunque la ambiciosa acción fue un fiasco, él se empeñó en asegurar que los objetivos se habían cubierto en un 90%. La réplica certera llegó del príncipe Bernardo de Holanda: "Mi país no puede permitirse otra victoria de Montgomery". ▪

LIBROS

Hazañas y chapuzas bélicas, *Gary Brecher*. Booket, 2009. Un análisis despiadado de los infinitos desastres bélicos ocurridos en los últimos siglos.



Cómo perder una batalla, *Bill Fawcett*. Inédita Ediciones, 2009. Muy entretenido repaso de las estrategias militares más absurdas.



¡Es la guerra! Las mejores anécdotas de la historia militar, *Jesús Hernández*. Inédita Ediciones, 2007. El autor de este artículo relata episodios disparatados relacionados con la guerra.





HISTORIA MILITAR FEMENINA

Mujeres al pie del cañón



¿El sexo débil?
Bien en el frente, bien en la retaguardia, desde la antigüedad; reinas, aristócratas, religiosas, artesanas, amas de casa... se han implicado en acciones militares.

Aunque el protagonismo militar se lo han llevado siempre los hombres, la historia está repleta de féminas guerreras.

Por María Pilar Queralt del Hierro

Tradicionalmente se ha considerado que la guerra es un ámbito exclusivamente masculino y que, por su propia naturaleza, la mujer tiende a buscar el consenso antes que el enfrentamiento armado. Sin embargo, la historia demuestra todo lo contrario. Cierto es que la incorporación profesional de la mujer a las Fuerzas Armadas es relativamente reciente, –en España, en concreto, no se diowwwwwww hasta 1978–, pero desde tiempos remotos las féminas se han implicado en acciones militares bien por vocación, bien obligadas por necesidades concretas.

Dando mucha guerra... Las leyendas hablan de las míticas amazonas, fieras guerreras capaces de cortarse un seno para acomodar mejor el carcaj con sus flechas. La historia, por su parte, da testimonios tan contundentes como el de Herodoto quien escribió que Tomyris, reina de los masagetas, derrotó al frente de su ejército a las tropas de Ciro, rey de Persia, en el 530 a. C.; o como el del chino Sun Tzu, quien asegura en *El arte de la guerra* que Ho Lu, rey de Wu, organizó un ejército formado por 180 mujeres. Lo corrobora también la arqueología mediante el hallazgo de restos femeninos enterrados junto con sus armas de combate en lugares tan distantes entre sí como Kazajastán, Tabriz (Irán) o Perú .

Los nombres propios que acompañan estos datos son innumerables. Artemisia de Halicarnaso participó en la batalla de Salamina (480 a. C.); la celta Boudica dirigió un levantamiento masivo contra las fuerzas romanas; y las reinas egipcias Berenice I, Berenice II y Arsinoe III no dudaron en empuñar las armas a la hora de la batalla. También Thyra de Dinamarca (884-935) ▶

16.000 mujeres aproximadamente forman parte de nuestras Fuerzas Armadas. Fue en 1988 cuando ingresaron en las academias militares las que serían las primeras mujeres soldados españolas.

▶ encabezó un ejército, Akkadevi (1010-1064), una princesa hindú, se encargó personalmente de organizar sus tropas durante el asedio a la fortaleza de Gokage (1047) y, en 1072, la infanta leonesa Urraca Fernández defendió Zamora de las pretensiones de su hermano Sancho II el Fuerte.

La mujer soldado por excelencia. La Francia medieval fue solar de grandes mujeres capaces de empuñar la espada para defender su país y su credo. La leyenda asegura que fue Santa Genoveva, patrona de París, quien organizó en el siglo V la defensa de la ciudad contra las tropas de Atila. Leonor de Aquitania (1122-1204) viajó con sus tropas a Tierra Santa en el año 1145 junto con su entonces esposo Luis VII de Francia y también a las Cruzadas partió Florina (1083-1097), hija del duque de Borgoña, en compañía de su prometido, Sweyn de Dinamarca, a fin de casarse en una Jerusalén ya cristiana. No pudieron cumplir su sueño ya que ambos murieron en el campo de batalla antes de llegar a su destino.

Pero empuñar la espada y vestir la armadura no era sólo patrimonio exclusivo de las clases privilegiadas. Hacia 1425, una muchacha lorenesa de trece años y cuya tarea principal era el pastoreo acabaría por convertirse en la mujer soldado por excelencia: Juana de Arco.

Símbolo de la nación francesa. Cuando Juana nació en 1412, Francia e Inglaterra estaban enfrentadas a causa de las pretensiones del monarca inglés sobre el trono francés. Poco después, tras la batalla de Agincourt en 1415, Francia se dividió en la obediencia a dos monarcas: Carlos VII en los territorios al sur del Loira y Enrique VI, el soberano inglés, en los situados al norte de este río. Hasta que, en 1428, la adolescente Juana aseguró que unas misteriosas voces la exhortaban a hacerse con el mando de las tropas francesas, coronar como rey al Delfín en Reims y expulsar a los ingleses del país. Nadie la creyó. Sin embargo, la muchacha, segura de lo que decía, viajó hasta Vaucouleurs, en la Lorena francesa, con intención de entrevistarse con el futuro Carlos VII e incorporarse a su ejército. Convencido de que Juana era una predestinada, el entonces pretendiente a la corona le otorgó su confianza. Así que puso un ejército a su disposición. Y al frente del mismo, el 25 de febrero de 1429 partió en busca de su destino. Tan solo tres meses después, los ingleses fueron derrotados. A esta primera victoria siguió una triunfal campaña que permitió que el 17 de julio de 1429 el Delfín fuera solemnemente coronado en Reims como Carlos VII, rey de Francia.

Logrado su objetivo, Juana solicitó del rey el permiso para regresar a Domrémy, su ciudad natal. Sin embargo, el soberano se lo negó. Poco después, tras fracasar en el asedio a París, el 24 de mayo de 1430 fue capturada por los borgoñones, partidarios del monarca británico. El resto es de todos conocido. Entregada a los ingleses, Juana de Arco, "la doncella de Orleans", fue trasladada a Ruán donde un tribunal inquisitorial la acusó de herejía y de vestir ropas masculinas. Finalmente, el 30 de mayo de 1431 fue quemada en la hoguera en la plaza del mercado viejo de Ruán. Ese mismo día nació el mito de una joven que, más que un soldado, acabó por ser un símbolo de la nación francesa.

Lejos de las garras de la Inquisición, a Isabel I de Inglaterra (1533-1603) tampoco le importó vestir ropas masculinas para, en más de una ocasión, ponerse al frente de sus tropas. Y es que disfrazarse de hombre fue para muchas mujeres la única vía para cumplir su vocación militar. Ese

Sola frente a Roma

Considerada como una de las grandes heroínas británicas, Boudica o Boadicea nació hacia el año 30 en la región de Norfolk, en el seno de una familia icena aristocrática, por entonces tributaria de Roma. Apenas pasada la adolescencia, contrajo matrimonio con Prasutagus, rey de los icenos, de cuya unión nacieron dos hijas. La muerte de su esposo la puso al frente de su reino, condición que no fue respetada por los invasores romanos que le exigieron la inmediata anexión al Imperio. Boudica se negó y la respuesta de sus oponentes fue la invasión del territorio por unidades legionarias que, no contentas con arrasarlo, violaron a las princesas y humillaron a la reina desnudándola y azotándola.

¡Con un par! Dispuesta a no consentir tal afrenta, Boudica consiguió un nutrido ejército, con el que avanzó hacia los territorios ocupados, acabando con la vida de más de 5.000 legionarios. En el año 61, el *magister militum* Suetonio Paulino asumió el mando y asestó un golpe definitivo a las tropas autóctonas. Sabiéndose derrotada, Boudica prefirió envenenarse antes que caer en manos del enemigo. Su leyenda reverdeció en el siglo XIX como símbolo de la indomable soberanía de Gran Bretaña.



Estatua erigida en Londres en honor a la valerosa reina británica Boudica.





De armas tomar. Arriba, retrato de la reina Isabel I de Inglaterra, que lideró sus tropas. Abajo, Tomoe Gozen, la mujer samurái nipona más famosa, en su doble apariencia.

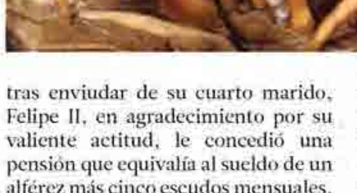
fue el caso de la "dama de Arintero", la legendaria leonesa que militó en las guerras civiles castellanas bajo el nombre de "caballero Oliveros"; de Phoebe Hessel, quien peleó en la batalla de Fontenoy (1745) vestida de hombre; de la holandesa María van Antwerpen (1746-1769) o de Catalina de Erauso (1592-1635).

Disfrazarse de hombre resultó para muchas mujeres la única vía para poder participar activamente en la batalla

Cambio hábito por uniforme. Más conocida como la "Monja Alférez", Catalina fue forzada por sus padres a profesar como religiosa, pero huyó del convento y, disfrazada de hombre, se alistó con destino a América. Allí, siempre bajo identidad masculina, se enroló en el ejército hasta que, tras ser herida en una batalla, se descubrió su identidad y fue repatriada. Años después, regresó a América donde vivió en México bajo el falso nombre de Antonio de Erauso. Más trágico fue el caso de *Charles* Garain, miembro del regimiento de soldados suizos que participaron en el asalto al menorquín castillo de San Felipe en 1782. *El* militar cayó malherido en la batalla y falleció a consecuencia de las heridas recibidas. Cual no sería la sorpresa de los religiosos encargados de amortajarle cuando descubrieron que era una mujer y, según reza el acta de defunción, *virgo intacta*. No obstante, contra lo que había ocurrido con Juana de Arco, condenada en parte por vestir ropas masculinas, *Charles* Garain recibió honores de héroe y sus restos descansan en la iglesia de Nuestra Señora del Carmen de Mahón.

Dos siglos antes, el 4 de mayo de 1589, las tropas inglesas comandadas por Sir Francis Drake cercaron la ciudad de La Coruña, y fue una mujer quien detuvo su avance. Se llamaba María Mayor Fernández de Cámara y Pita (1565-1643) y ha pasado a la historia como "María Pita". Parece ser que era carnicera y que fue con los instrumentos de su trabajo con los que se enfrentó a los ingleses al grito de "Quien tenga honra, que me siga". Su arenga triunfó. La siguieron otras mujeres, como Inés de Ben que fue gravemente herida en la batalla. Entre todas lograron que la tropa inglesa compuesta por 12.000 efectivos se batiera en retirada. Años después, tras enviudar de su cuarto marido, Felipe II, en agradecimiento por su valiente actitud, le concedió una pensión que equivalía al sueldo de un alférez más cinco escudos mensuales.





¿Quién lleva los pantalones? Frances Clalin se alistó en las Fuerzas de la Unión bajo el seudónimo y la apariencia de un tal Jack Williams para luchar en la Guerra de Secesión.



Culto a la santa guerrera. Tal como unas voces divinas le habían encomendado, Juana de Arco lideró el ejército francés para liberar la ciudad de Orleans y coronar a Carlos VII como rey de Francia.

Las vencedoras de Napoleón. Siglos después, el 21 de febrero de 1810, La Gazeta de Madrid se preguntaba: "¿Por qué en la insurrección española las mujeres han mostrado tanto interés y aun excedido a los hombres en el empeño de sostenerla?" En efecto, desde el comienzo de la Guerra de la Independencia las mujeres no habían dudado en tomar las armas. La práctica totalidad de los hombres estaban movilizados y los que permanecían en la retaguardia eran ancianos o niños. Durante los asedios, tan frecuentes en la contienda, las mujeres debieron apoyar a los escasos contingentes que defendían la plaza, fuera en Zaragoza, Girona, Morella o Tortosa, por citar sólo algunos ejemplos.

Entre todas ellas destaca el nombre de Agustina Zaragoza Doménech, "Agustina de Aragón", una muchacha de Barcelona, de apenas 22 años, que llegó a Zaragoza siguiendo el rastro de su esposo, el artillero Juan Roca, que luchó en el frente de Aragón. En pleno Sitio, viendo avanzar las tropas imperiales por la zona del Portillo, ocupó el lugar de un artillero caído, encendió la mecha de un cañón y obligó al enemigo a emprender la retirada. Su implicación posterior en varias acciones de guerra y como integrante de la guerrilla le valieron el reconocimiento de los altos mandos del ejército español, ▶

PERSONAJE



Agustina de Aragón (1786-1857)
También conocida como "la Artillera", es una de las figuras más representativas de la resistencia del pueblo aragonés en los Sitios de la Guerra de la Independencia, pues con su coraje obligó a los franceses a una precipitada retirada.



La española cuando lucha... A la derecha, milicianas en la Guerra Civil. Aquí, una soldado actual del Ejército del Aire.



La figura de la miliciana se convirtió, en zona republicana, en símbolo de la movilización contra el fascismo

LIBROS

Heroínas y patriotas. Mujeres de 1808, *Irene Castell, Gloria Espigado, María Cruz Romeo.* Editorial Cátedra 2009. Las mujeres que tuvieron un papel clave en los primeros años del siglo XIX.



La monja alférez. *Ricard Ibáñez.* Editorial Devir Contenidos S.L. 2004. La juventud travestida de Catalina de Erauso.



▶ un homenaje del propio general Wellington y el nombramiento de alférez aparejado a una pensión vitalicia. Murió retirada en Ceuta, por donde solía pasear luciendo la casaca y el morrión de reglamento, y fue enterrada con honores militares. Los mismos que recibió durante el traslado de sus restos a Zaragoza con motivo de la conmemoración del primer centenario de los Sitios en 1908.

No estuvo sola ante el peligro. Le acompañaron en su lucha contra el invasor otras mujeres de todos los sectores sociales: aristócratas, religiosas, artesanas, amas de casa... Entre ellas María Lostal, Manuela Sancho, la condesa de Bureta, Josefa Amar, Juliana Larena, la Madre Ráfols, María Agustín, Casta Álvarez y tantas otras. También en el resto de España se dieron casos similares: Manuela Malasaña y Clara del Rey en Madrid; Josefa Bosch en Morella; María Bellido en Bailén o Ángeles Tellería en Bilbao. Pero quizás el ejemplo más llamativo es la creación de la Compañía de Señoras Soldado de Santa Bárbara, un batallón exclusivamente femenino creado en Girona en junio de 1809, cuando la ciudad del Oñar, extenuada por asaltos anteriores, se vio nuevamente sometida a sitio. Al igual que había sucedido en Zaragoza, los ciudadanos se aprestaron a la defensa de la ciudad organizándose en diversas unidades y, entre ellas, otro batallón formado sólo por mujeres: la Compañía de Santa Bárbara.

La iniciativa nació de un grupo de mujeres, en su mayoría vinculadas al estamento militar por familia o matrimonio, y el General Álvarez de Castro, que estaba al frente de los defensores, aceptó la propuesta. El 22 de junio de 1809, se firmó el decreto de creación de la Compañía de Señoras Soldadas de Santa Bárbara que, en un principio, iban a tener a su cargo tareas auxiliares: socorrer a los heridos y evacuarlos a los hospitales, abastecer de agua y alimentos a los combatientes, facilitarles munición... No obstante, la situación fue tal que hubieron de acabar empuñando las armas. Su recuerdo quedó perpetuado en un cenotafio de la colegiata de San Félix de la capital gerundense, frente al sepulcro de su valedor, el general Álvarez de Castro.

Las 600 de la Guerra de Secesión. Las mujeres jugaron también un importante papel en la guerra civil norteamericana. Cierto que la ley prohibía su alistamiento, pero para nadie fue un secreto la existencia de las mujeres soldado. El número de las mismas (aunque algunos autores estiman que fue superior) les dio nombre: "las 600". Una gran parte de ellas se enrolaron por ideología, afán de aventura o, simplemente, por seguir a sus maridos, hijos o amantes. Pero otras lo hicieron por gozar del privilegio de una soldada de 13 dólares mensuales, que les permitía disfrutar de una independencia impen-





Armas de mujer. A la izquierda, la francotiradora rusa Nina Lobkovskaya. A la derecha, la bailarina Josèphine Baker, que perteneció a la Resistencia francesa.



Sobradamente preparadas. Estudiante americana durante una clase de camuflaje militar en la Universidad de Nueva York.

sable entonces para sus congéneres. Vistiendo ropas de hombre –los exámenes físicos previos al alistamiento eran escasos– Jennie Irene Hodgers, Rosetta Wakeman, Loreta Velázquez, Frances Clain, o Molly Bean, entre otras, lograron pasar desapercibidas hasta caer heridas en combate, pero otras guardaron su secreto hasta años después del fin de la guerra.

Presencia en el ejército. El siglo XX contempló un sinfín de guerras locales y la tragedia de las dos Guerras Mundiales. La progresiva incorporación de la mujer a la vida pública y a la actividad laboral favoreció su presencia en el ejército , aunque sólo fuera en servicios auxiliares, sin necesidad de disfraces ni disimulos.

Hubo excepciones, naturalmente. Así, en 1914, Dorothy Lorenz hubo de travestirse para convertirse en miembro de las tropas británicas y otro tanto hizo la rusa Olga Krasilnikov en 1915, cuyo heroísmo y pese a descubrirse su argucia, fue recompensado con la Cruz de San Jorge. Un ejemplo notable fue la rumana Ecaterina Teodoriu (1894-1917), que abandonó su puesto de enfermera militar para pasar a formar parte del Cuerpo de Reconocimiento donde llegó a alcanzar el grado de Subteniente al mando de un pelotón de 25 hombres antes de caer mortalmente herida en la batalla de Marasesti.

En la Segunda Guerra Mundial se calcula que aproximadamente unas 400.000 mujeres sirvieron en las fuerzas armadas de los EE. UU., de las cuales unas quinientas perdieron la vida a causa del fuego enemigo. Poco después, en 1948, el Senado estadounidense reconoció la incorporación de pleno derecho de la mujer a las fuerzas armadas, si bien las eximió del combate. Por otra parte, fueron muchas las mujeres que sirvieron en la retaguardia con las Resistencias francesa, italiana o polaca, así como en el S.O.E. (*Special Operations Executive*) británico.

Evidentemente, la Guerra Civil española no fue una excepción y las mujeres tomaron parte activa en la contienda. Ya en el verano de 1936, la figura de la miliciana se convirtió, en zona republicana, en símbolo de la movilización del pueblo contra el fascismo.

Heroínas en la retaguardia. Evidentemente con estas imágenes se reivindicaba, además, la igualdad de ambos sexos en la lucha a favor de la República. Lo cierto es que, aunque la mayoría de las mujeres concentraron sus esfuerzos en la retaguardia, otras se unieron a los hombres y se incorporaron a los frentes de Aragón, de Guadalajara, o de la sierra madrileña. Entre ellas figuraban nombres míticos como Lina Odena (1911-1936), Rosario Sánchez "La Dinamitera"(1919-2008) o Casilda Méndez (1918-2009). Luego, tras los primeros meses de euforia revolucionaria, la imagen militarista de la miliciana dejó paso a las heroínas de la retaguardia que trabajaban en fábricas de municiones o formaban parte de campañas educativas, proyectos culturales o servicios sociales.

En este sentido, su papel se acercó al desempeñado por las féminas de la zona nacional. El régimen exigía a la mujer un retroceso en los logros sociales conseguidos y una vuelta al papel tradicional de esposa y madre. De ahí que durante la guerra su contribución a la misma se orientara hacia tales objetivos siguiendo la batuta empuñada por la Sección Femenina de Falange, en cuyo frente se encontraba Pilar Primo de Rivera (1907-1991), es decir, apartada de la milicia activa y dedicada a tareas de enfermería y servicios sociales a familias y huérfanos. Tareas que fueron encomendadas también a Auxilio Social, una organización fundada por Mercedes Sanz Bachiller (1911-2007), muy parecida a la *Wintherhilfe* alemana, dedicada a prestar servicios de beneficencia en la retaguardia.

La vinculación de la mujer con el ejército no es, como hemos comprobado, nada nuevo. Simplemente, su incorporación a la milicia ha tenido que esperar siglos para ser reconocida de pleno derecho. Entretanto todas, bien luchando en el frente, bien en la retaguardia, se han visto obligadas a sobrevivir en medio de esa gran locura colectiva que siempre es una guerra. ▪

Independencia femenina

Las mujeres jugaron un papel destacado en los movimientos independentistas de Hispanoamérica. Es el caso de Juana Azurduy (1780-1862), que combatió –aún estando embarazada de su quinto hijo— junto a su esposo el general Manuel A. Padilla en la batalla de Ayohuma (1813) y en acciones guerrilleras contra los realistas. También la ecuatoriana Manuela Sáenz (1797-1856), compañera y amante de Simón Bolívar, participó activamente en las revueltas independentistas. Vestida como un militar, luchó en diversos combates y, puesto que salvó la vida de Bolívar, fue apodada "la libertadora del Libertador". Junto a ellas hay que recordar a Policarpa Salavarrieta "La Pola" (1789-1817), Josefa Ortiz Girón (1780-1829), heroína del llamado "Grito de Dolores" que desencadenó el movimiento independentista en México en 1810; la peruana María Parada de Bellido (1777-1822), cuyo compromiso con la causa independentista la llevó a ser ejecutada por el ejército realista en 1822, Anacleta Arnesto de Mayorga (1809-1877) y tantas otras mujeres cuyos nombres merecen ser escritos en letras de oro en la historia de la independencia de la América hispana.



Retrato de Manuela Sáenz, heroína independentista sudamericana.

BLOG

grandesmujeresenlahistoria.blogspot.com. Recopilación de nombres femeninos protagonistas de grandes acontecimientos históricos.





Lanza en ristre. La mítica caballería mongola (en la imagen, escena de la serie china de televisión *Genghis Khan* –Wang Wenjie, 2004–) conquistó gran parte de Asia y de Europa.

DE ATILA A LOS BÓXERS

Ejércitos de ojos rasgados

A lo largo de la historia, Asia fue cuna de feroces conquistadores (los hunos), poderosos imperios militares, como el de Gengis Khan, y figuras tan singulares y emblemáticas como los samuráis nipones o los gurkhas de Nepal. Por Carlo Caranci



Son innumerables y muy diferentes entre sí los cuerpos militares asiáticos a lo largo de la historia. Algunos tienen un denominador común, como los hunos y los mongoles, ambos guerreros de las estepas y étnicamente no muy alejados. O los del subcontinente indio, afganos, sijs y gurkhas, de religiones diferentes pero unidos por un ámbito geográfico semejante y –este sí es un poderoso denominador común– por su relación con el Imperio Británico.

Los míticos samuráis. Son los guerreros no europeos más conocidos en Occidente. Formaban la clase más elevada de la jerarquizada sociedad japonesa (guerreros, campesinos, artesanos, comerciantes), casi una casta cuyo origen se remontaría a los siglos VIII a X y cuyas características básicas se establecen en el XII, cuando adquiere poder el *shôgun* o comandante del ejército como gobernante de facto en detrimento del emperador. Su apogeo cubre los siglos XV a XVII, en el período Sengoku. Con la Era Meiji (s. XIX) pierden definitivamente poder: el último samurái fue Saigô Takamori, rebelde contra el emperador (1877).

A la cabeza de los samuráis se situaba el *daimyô*, al cual proporcionaban tropas y al que eran leales. Tras el *daimyô* estaban los vasallos, cuyo escalón inferior eran los *ashigaru*, algo así como soldados rasos.

Su armamento consistía en una armadura muy barroca e, inicialmente, en lanza y arco, aunque luego adoptaron varios tipos de espada (catana, *nodachi*, *wakizashi*) y de cuchillo y una especie de alabarda (pero no escudo). Desde el siglo XVI utilizarán armas de fuego: arcabuces (*teppô*), copiados de los portugueses, pistolas chinas, cañones... Fueron importantes los castillos ("de montaña", "de colina" y "de llanura"). Un trofeo habitual lo constituían las cabezas cortadas de los enemigos. Las artes marciales servían de adiestramiento y disciplina, y su comportamiento estaba reglamentado por el código del *bushidô* ("camino del guerrero"), destinado a reforzar la autoestima, la valentía, la mentalidad jerárquica, el estoicismo –adoptan la filosofía ▶



Las guerras angloafganas. Ya en 1839, Afganistán se enfrentaba a Occidente en la lucha por su independencia; sobre estas líneas, una litografía de 1842 muestra al ejército británico cruzando el paso de Bolan.



Al servicio de Su Majestad. Los gurkhas nepalíes (en la foto, desfile en Katmandú) todavía forman parte del ejército británico.

16.500 soldados y civiles sijs y británicos cayeron muertos o apresados a manos de los afganos en el paso de Khyber, en enero de 1842; el único que escapó fue el doctor William Brydon, cirujano auxiliar del ejército británico.

▶ zen, de origen chino– y el desprecio por las clases inferiores y los extranjeros. Esta filosofía incluye el haraquiri, o suicidio, en caso de derrota o traición; todo un sistema ideológico que en Europa se calificaría de fascista. Algunos samuráis apoyaron el arte. La pederastia era admitida, como en la antigua Grecia. Hubo algunas mujeres guerreras, expertas en artes marciales y armas, e incluso algún europeo llegó, excepcionalmente, a ser samurái.

Los gurkhas de Nepal. Vestigio del Imperio Británico, carne de cañón indígena en defensa de sus propios dominadores, el cuerpo de los gurkhas se hizo famoso ya desde sus primeros pasos: en 1816, en la guerra gurkha-británica, los europeos quedaron impresionados por su disciplina y bravura, reclutándolos como mercenarios desde entonces. El cuerpo estaba y está compuesto por nepalíes pertenecientes a las llamadas "tribus marciales" (gurung, magar, kiranti, thákur, chhetri, sunwar, tamang, etc.). Han intervenido en muchas de las guerras coloniales británicas en Asia y África –guerras sijs de la India (1845-1846 y 1848-1849), rebelión de los cipayos de 1957, contiendas afganas–, en ambas guerras mundiales, en la campaña contra los comunistas de Malaya en los años cincuenta, en Chipre, en la guerra de las Malvinas (1982) y en las actuales guerras de Irak y Afganistán: por eso tienen mala fama como *defensores del colonialismo*. Hoy unos 3.000 sirven aún en el ejército británico. También los utilizaron los de la India, Singapur, Brunei y el propio Nepal.

Los nepalíes consideran un honor que sus hijos sean reclutados. Cada año se selecciona a 400 de unos 8.000 candidatos; su adiestramiento comienza a los 10 años y dura cinco, y permanecen activos durante 30 años. Han hecho famoso su peculiar machete *kukri*. En 2007 protestaron porque sus pensiones eran menores que las de los soldados retirados británicos. El fin de la monarquía en Nepal ha abierto el debate sobre su futuro.

Siguiendo a Gengis Khan. Una sola vez en su historia han salido los mongoles de sus fronteras como conquistadores. Quien los dirigió fue Gengis Khan (1167-1227). Tras unificar a su pueblo en 1206, lo lanzó a conquistar y aterrorizar gran parte de Asia y de Europa. Gengis era un jefe de tribu iletrado, pero un gran estratega, que derrotó a innumerables ejércitos europeos y asiáticos, grandes y pequeños: sometió a Xi Xia, a la China de los Jin, a Kara Kitai, a Corea; en Asia central sojuzga a Jórezm, parte de Persia; arrasa el Cáucaso y el sur de Rusia. Muere en 1227, pero sus sucesores, con nombres ilustres como Batu, Ögödei, Kubilai, continuarán sus conquistas de Indochina a Hungría, crearán estados, instaurarán dinastías (como los Yuan, en China, y los Mughal, en la India). La paz mongola fue precaria, pero el imperio se mostró tolerante con otros pueblos, los caminos y fronteras eran seguros y los mongoles se adaptaron bien a las grandes culturas asiáticas. Su ejército se hizo famoso por sus arqueros a caballo, que, lanzando nubes de flechas, atacaban, retrocedían y volvían a atacar hasta desconcertar y derrotar al enemigo. Pero disponían también de caballería pesada, con sus largas lanzas, y de caballería ligera, armada con jabalinas, además de escudos y hachas. Una de sus maniobras preferidas era el *tulughma*, consistente en atacar

Vestido para matar
Un guerrero samurái con su compleja armadura y la catana.

el centro del ejército enemigo con la caballería ligera, que pasaba entre los amplios intervalos dispuestos entre las formaciones de la caballería pesada y rodeaba al contrario, que se desorganizaba, y entonces atacaba la caballería pesada. Otra táctica consistía en fingir retiradas rápidas, para luego volverse y atacar al sorprendido enemigo. Asimismo, al enemigo rodeado se le dejaba una vía de escape, para que no se viera obligado a luchar hasta el último hombre, y luego lo atacaban mientras huía –los mongoles eran expertos en persecución–. Su combate era una excelente combinación de lanzamiento de proyectiles, tácticas de choque y movilidad. En cambio, no fueron tan eficaces en los asedios ni en la guerra estática.



Atila, rey de los hunos. El llamado "azote de Dios", que doblegó al Imperio Romano con sus guerreros, en un grabado.

Aunque desaparecieron en el s. XIX, el culto a los samuráis y sus códigos de honor pervivió en Japón hasta tiempos recientes

Guerreros afganos. Los afganos libraron tres guerras contra los británicos por su independencia, en 1839-1842, en 1878-1881 y en 1919. Es la primera la que nos interesa. Los intentos de Gran Bretaña de dominar a los estados de la India a través de la Compañía Británica de las Indias Orientales (CBIO) la llevaron a enfrentarse con el emirato afgano de Dost Muhámmad. Éste era un gobernante capaz, que trató de consolidar su país contra rusos y persas por el oeste y contra británicos y sijs por el sur.

La Compañía intentó derrocarlo y convertir a Afganistán en un Estado títere. En 1839, los británicos y los sijs invadieron el país con un numeroso ejército que incluía, junto a los soldados, a miles de personas de servicios auxiliares diversos, lo que lastró su movilidad. Tras la batalla de Ghazni, los aliados entraron en Kabul e instalaron en el poder a Shah Shuja. Pasados dos años de ocupación, llegó la reacción del exiliado Dost Muhámmad y de sus aliados tribales. Shuja no pudo hacer nada, los británicos fueron expulsados de Kabul y perseguidos y Ákbar Khan, hijo de Dost Muhámmad, los derrotó en enero de 1842 y repuso a su padre en el trono afgano. Entre soldados y auxiliares británicos y sijs, 16.500 personas fueron apresadas o murieron cuando intentaban volver a la India por el paso de Khyber, episodio recreado en numerosas ocasiones tanto por el cine como por la literatura de la India británica.

Quienes les cortaron el paso a los británicos fueron las tropas del emir pero, sobre todo, las de las distintas tribus más o menos vasallas suyas, ya que Afganistán no disponía de un ejército regular. La autoridad del emir –y de todo gobernante afgano– dependía del apoyo de las tribus, en lo político y en lo militar. Las tropas tribales eran aguerridas y celosas de su independencia. Sus armas eran fusiles de chispa de largo cañón, de fabricación local y de buena calidad (el *jezail*), sables y cuchillos, como ▶

PELÍCULA

55 días en Pekín
(Nicholas Ray, 1963)
Protagonizada por Charlton Heston y Ava Gardner y rodada en España, recrea la guerra de los bóxers de 1900.





El reparto del botín. Tras la fallida revuelta de los bóxers, las potencias coloniales impusieron a China, en el Protocolo de Pekín (1901), enormes indemnizaciones. Esta caricatura italiana lo satiriza muy gráficamente: alemanes, austrohúngaros, británicos, franceses, italianos, estadounidenses, japoneses y rusos se llevan su *trozo* del bol de porcelana china.



Pekín en llamas. Entre junio y agosto de 1900, la ciudad fue campo de batalla entre los nacionalistas chinos y los extranjeros (aquí, en un grabado).

▶ el llamado "cuchillo del Khyber", y un escudo redondo denominado *dahl*.

El azote de Dios. Los hunos aparecieron en Europa en el 370, y en el 447, ya con Atila como único soberano, los llamados hunos negros invadieron el oriente del Imperio Romano, Europa central, el mar Negro y Europa occidental, alcanzando Italia y la Galia y erigiendo un gigantesco imperio. Finalmente, el llamado "azote de Dios" fue derrotado en el 451 por los romanos y sus aliados en los Campos Cataláunicos (Francia) y se retiró de Europa. Murió dos años después, en el 453.

Atila es considerado uno de los mejores militares de la antigüedad, proveniente de esa Asia central que tan grandes conquistadores ha conocido.

El imperio mongol fue el más vasto de cuantos se conocen: en su apogeo llegó de Corea al Danubio

Los hunos poseían, como nómadas de las estepas, una excelente caballería y eran grandes arqueros, especialistas en la guerra rápida que trajo de cabeza a los europeos, persas, indios, etc. Además del arco mixto, utilizaban una espada de hoja recta, lazos, lanzas largas y a veces armaduras, pero carecían de estribos para los caballos.

Atila debió aprender a hacer la guerra defensiva y campañas de verano, como los germanos, lo que no era propio de las estepas. Con el tiempo, su caballería fue perdiendo el carácter asiático, se hizo más europea –buena parte de sus integrantes eran germanos y alanos–, y los jinetes descendían incluso del caballo para combatir a pie, cubriéndose con grandes escudos. Cuando eran derrotados, ya no se dispersaban, como los nómadas, sino que se replegaban a sus campamentos. Eso

Los guerreros africanos

Como en el caso de Asia, aquí también son innumerables y diversos los cuerpos militares: unos son ejércitos regulares –como el de Chaka–, otros, guerrillas –el Mau Mau–, y hay hasta batallones femeninos, frecuentes en el África Occidental, sobre todo en zonas no musulmanas (Ghana, Nigeria o Dahomey).

Chaka (1787-1828) fue el creador del imperio zulú en Sudáfrica y un revolucionario que reformó el sistema político, económico, ideológico y militar de su pueblo y emprendió una política imperialista contra los estados vecinos. Para ello hizo permanentes sus fuerzas armadas, las adiestró, las organizó en regimientos (también de mujeres) y las convirtió en una máquina bélica casi invencible. Hasta entonces, la táctica predominante era la emboscada, el ataque en orden disperso y el lanzamiento de azagayas. Chaka estableció el ataque compacto del regimiento y el combate cuerpo a cuerpo, para lo que hizo acortar el asta de las lanzas y alargar la hoja, convirtiéndolas prácticamente en espadas. A esto se añade un gran escudo y una maza o un hacha. La formación de combate es un semicírculo, la *cabeza de búfalo*: dos cuerpos centrales, formados por veteranos, y dos alas (*los cuernos*), integrados por jóvenes; un ala ataca, la otra interviene cuando el ataque está en curso y empuja hacia los veteranos al enemigo, que ya no puede retroceder.

El Mau Mau. Los británicos ocuparon Kenia en 1885 y se apropiaron de las mejores tierras de cultivo, expulsando a sus dueños (sobre todo, kikuyu) y confinándolos en reservas o en chabolas urbanas. Por eso surgió, en 1947, el Mau Mau, sociedad secreta armada kikuyu que lanzó sus primeras acciones en 1949. Bien organizados, poseía una eficaz red de información y numerosas armas de fuego (algunas fabricadas artesanalmente). El Mau Mau asaltó comisarías, cuarteles y granjas europeas y atacó a colaboracionistas locales y tropas británicas. La lucha terminó en 1957 con la derrota militar del Mau Mau, aunque Kenia se independizó por fin en 1963.

Las amazonas de Dahomey. El reino de Dahomey (hoy Benín) era ya en el siglo XVIII un poderoso estado militarista y comercial que surtía de esclavos a los europeos. Su ejército incluía un cuerpo femenino creado por el rey Xwegbaja (1645-1685), las *mino* o amazonas, que formaban la guardia real; su número oscilaba entre 800 y 6.000, según las épocas.



Reclutadas en la adolescencia, seguían de servicio toda la vida. La instrucción era diaria; la disciplina, férrea. Divididas en fusileras, arqueras, espaderas y artilleras (portaban fusiles, mazas, machetes, etc.), las *cazadoras* formaban su élite. Solían ser célibes y devotas del rey. Eran tan buenas en el cuerpo a cuerpo, que suscitaban temor y respeto entre africanos y europeos.

sí, siguieron siendo depredadores: no hacían esclavos a los prisioneros, sino que pedían rescate por ellos.

Sijs, un gran ejército. Tras la conquista del Sindh (norte de la India), los británicos se toparon con el estado sij, fundado en el s. XV por un reformador religioso que quería aunar hinduismo e islamismo. Los sijs formaban una cofradía armada, el Khalsa (nombre que luego recibió su ejército, cuyos miembros añadirán *Singh*, león, a su apellido). Una regla religiosa les impedía cortarse la barba y el cabello. Tras la decadencia de los Mughal, fundaron un reino en Punjab, consolidado por su líder Ranjit Singh, el "león de Lahore", a comienzos del s. XIX. Éste creó un excelente cuerpo regular, el *Fauj-i-Ain*, asesorado por aventureros y desertores europeos y dotado de uniformes a su usanza. Tras la derrota británica en Afganistán, los sijs rompieron la alianza con Londres y declararon la guerra a la Compañía Británica de las Indias Orientales (1845-1846 y 1848-1849), contienda que acabó con la derrota sij y el fin de su independencia.

El Khalsa fue el mejor ejército indio al que se enfrentó la Compañía. De sus 150.000 soldados, 71.000 eran regulares. Se dividía en tres armas: infantería, caballería y artillería; la instrucción era buena, y los sijs eran capaces de operar a la europea, en fila o formando cuadrados defensivos (aunque atacaban mal a la bayoneta). Poseía su propio batallón de gurkhas. Su armamento consistía en mosquetes de chispa ingleses (o copiados, bastante bien, por sus artesanos). A veces, usaban cascos de acero y armaduras. Ranjit desarrolló la artillería a la europea, ligera y pesada. Pero la caballería (los *gorchurrahs*) era mediocre y estaba poco adiestrada y mal armada. Existía una infantería irregular, no integrada del todo en el *Fauj-i-Ain*, que usaba fusiles de chispa, espadas y escudos. Irregulares eran también los *akali*, unos 3.000 guerreros a caballo que empleaban fusiles de chispa y armas blancas, incluido el *charka*, un aro de acero afilado que se lanzaba y podía amputar dedos y manos.



Las amazonas de Dahomey desaparecieron con el último rey del país, Behanzin, cuando el estado pasó a ser colonia francesa (1, fotografía de 1891). El nacionalista Jomo Kenyatta (2, caracterizado para una película en 1936) negó formar parte del Mau Mau, pero fue encarcelado.

A puño limpio. Acabando el siglo XIX, China estaba en constante crisis debido al deterioro general del régimen de la dinastía Qing (o Manchú), que gobernaba desde el XVII. A esto se unía la injerencia occidental, que convirtió el país casi en un protectorado extranjero. En 1875 inició su reinado el emperador reformador Guangxù, pero su tía, la conservadora emperatriz Cíxi (1835-1908), dominaba la vida política china. Los intentos de reforma irritaron a buena parte de la clase dominante y del pueblo chino, exacerbando su conservadurismo y su nacionalismo. La aparición de los bóxers simbolizó el choque entre reformadores y reaccionarios. Eran una sociedad secreta –hubo numerosas en la historia china–, que formaba parte de la Sociedad del Loto Blanco. Surgió hacia 1899 en el norte de China, con el nombre de *Yìhétuán* (Puños de Justicia y Concordia), que los europeos tradujeron por *boxers* (boxeadores). Eran fanáticos enemigos de los extranjeros que humillaban a China y contrarios a todo cambio. Sectores de la corte, encabezados por el príncipe Duàn y por Cíxi, los apoyaban. En 1900, los bóxers llegaron a Pekín y atacaron las legaciones europeas. La emperatriz intentó utilizarlos para acabar con las reformas y controlar a los occidentales, pero estos decidieron intervenir militarmente: Alemania, Austria-Hungría, Estados Unidos, Francia, Gran Bretaña, Italia, Japón y Rusia invadieron China. Los bóxers respondieron generalizando sus ataques a los establecimientos europeos y la corte declaró la guerra a las potencias occidentales el 21 de junio.

El asedio de Pekín duró 55 días –como relata la famosa película de Nicholas Ray–. Los bóxers, incorporados a las tropas regulares chinas y apoyados por éstas, atacaron valientemente las legaciones, pero los occidentales acabaron tomando la situación en sus manos. China pidió un alto el fuego, pero hasta comienzos de 1901 continuaron las operaciones contra los bóxers y el ejército chino, hasta su derrota total. Las fuerzas multinacionales occidentales perpetraron matanzas y salvajes destrucciones y saquearon Pekín durante meses. El Protocolo de Pekín (1901) impuso a China indemnizaciones astronómicas que la endeudaron de nuevo con Occidente. Todo esto precipitaría la Revolución de 1911 que acabó con la dinastía Manchú. ▪





Líderes y caudillos militares. Ranjit Singh (1780-1839, retratado a la izquierda), llamado el "león de Lahore", consolidó el estado sij y modernizó su ejército. Gengis Khan (sobre estas líneas, una miniatura) llevó a su pueblo, los mongoles, a la conquista de medio mundo.

LIBRO

Breve historia de Gengis Khan, *Borja Pelegero Alcaide*. Nowtilus, 2010. Esta obra repasa la vida del conquistador mongol y la construcción de su imperio, que llegó a ser el más extenso de la historia.



Más cruel que la muerte



Mujeres y niños de todas las épocas han sido las principales víctimas de este crímen bélico, sin duda uno de los más atroces y denigrantes.

Por Alberto Porlan

Cualquier guerra es terreno abonado para todos los excesos. Las pilas de cadáveres y las enormes fosas comunes son la parte más visible del sufrimiento que genera la abominación bélica, pero existen otros campos de batalla en los que las víctimas no son enterradas. Y ni siquiera se cuentan.

Durante milenios, al soldado se le han ofrecido como acicates la gratificación material y el botín sexual. Porque luchar por la patria o por la religión está muy bien, pero las fantasías de los musulmanes ante los muros de Bizancio o las de los soviéticos en los arrabales de Berlín eran más concretas: se reducían a oro y sexo. Y en ambos casos se colmaron con creces.

La primera y más legendaria de las guerras tuvo como *casus belli* al sexo. La pasión del príncipe Paris por la bellísima Helena, esposa de Menelao de Esparta, produjo finalmente el desastre de Troya. Y nadie culpó por ello al príncipe troyano: cuando Helena fue presentada al Consejo de los Ancianos, estos dictaminaron que, ante semejante hermosura, bien valía la pena afrontar una guerra. Ese mismo motivo, aunque en plural, se encuentra en los orígenes de Roma. En un principio, se dice, todos los romanos eran varones, así que organizaron una competición deportiva a la que invitaron a una tribu vecina, la de los Sabinos, que acudieron con sus mujeres. En un momento dado, cada romano escogió para sí a una sabina y echaron por las bravas a los varones de la ciudad. Las sabinas temieron ▶

CORDON PRESS



Las víctimas tienen rostro. La brutalidad del ejército nipón con las mujeres chinas durante la II Guerra Mundial fue aterradora. En la foto, manifestantes con retratos de violadas y prostituidas, exigiendo una reparación al gobierno japonés (Tokio, 2007).





Ellas lucharon y sufrieron. Izquierda, mujeres cavando trincheras para la defensa de Leningrado. Sobre estas líneas, Dina Babbitt, superviviente del campo de exterminio de Auschwitz.

El terror sexual como amenaza sobre las ciudades sitiadas, utilizado por romanos, hunos o turcos, llegó a su cénit en las guerras mundiales

▶ que las hicieran esclavas, pero los romanos las convencieron de que las querían como esposas, que las dejarían gobernar sus hogares y que su única tarea sería tejer. Ellas se conformaron, y cuando los sabinos regresaron a recuperarlas con las armas en la mano, se interpusieron entre ambos bandos proclamando que no querían perder a sus padres y hermanos... pero tampoco a sus maridos.

Estas leyendas tienen poco que ver con lo que podían esperar siglos después las mujeres de las ciudades conquistadas a la fuerza por las legiones romanas. Primero, la violación en masa; después, la esclavitud de por vida. No es extraño que en muchos lugares (Numancia, Sagunto, Estepa) prefirieran morir antes que afrontar semejante perspectiva.

Cosa de hombres (y mujeres). Históricamente, la guerra es una cuestión masculina; han sido los varones quienes se han enfrentado con las armas en la mano en las batallas. Sin embargo, esta consideración no debe oscurecer el hecho de que las batallas no son las guerras. El soldado sufre toda clase de calamidades y arriesga su vida contra las ametralladoras o las lanzas, pero las mujeres a menudo lo han pasado peor. Con ellos en el frente, han tenido que hacerse cargo del funcionamiento de la sociedad además de seguir cambiando pañales, cuidando a ancianos y removiendo el puchero, como siempre. Las cámaras de los documentalistas nos han dejado imágenes inolvidables del coraje de las mujeres de Leningrado, Madrid o Berlín cavando trincheras, luchando contra el hielo o abriendo corredores entre las ruinas de sus ciudades. Añádase lo que la cámara no puede recoger: el hambre, la angustia de alimentar a niños y ancianos, la incertidumbre por la suerte de los maridos, padres y hermanos combatientes. Y, por último, el miedo a caer en manos de los invasores enemigos.

Las ciudades sitiadas han sido los escenarios clásicos del pánico. Pánico a que las murallas cediesen, a que las líneas defensivas fuesen forzadas,

LIBRO

Los violadores, *Joanna Bourke*. Ed. Crítica, 2009. Una historia de la violación y sus implicaciones desde 1860 a nuestros días, rigurosamente documentada.





Botín de guerra. El saqueo y la violación indiscriminada fueron un acicate para la soldadesca desde tiempos lejanos (aquí, *Escena de guerra medieval*, de Degas, 1865).

a que el baluarte no resistiera. Por lo general, el enemigo había amenazado previamente con desatar el infierno en la ciudad si no se rendía, utilizando el terror sexual como arma de guerra. Se sabía lo que habían hecho los hunos, los romanos, los cruzados o los turcos en otros lugares, y tampoco se ignoraba que, cuanto más encarnizada fuese la resistencia de la ciudad, tanto mayor sería el furor con el que entrarían los sitiadores. De modo que estos últimos hacían alarde de brutalidad como un elemento más de propaganda. Cuando los nazis llegaron a Moscú en diciembre de 1941, hicieron saber a los moscovitas que habían detenido a la joven y famosa partisana Zoya Kosmodemianskaya, de dieciocho años de edad, y que la habían ejecutado. Pero añadieron el horrible detalle propagandístico de que antes de matarla la habían sometido a tales atrocidades que incluso sus propios torturadores se habían puesto a vomitar. Las ciudadanas de Moscú ya tenían en qué pensar.



Venéreas. Son otro *daño colateral* (cartel republicano durante la Guerra Civil española).

Esclavas sexuales. Además, no debe olvidarse el valor que las mujeres tuvieron en otros tiempos como tributo sexual tras una derrota. Los serrallos otomanos y árabes siempre estaban necesitados de carne fresca, así que, en ocasiones, su dominación sobre otros pueblos incluía la entrega de doncellas. Esto aparece ya en la leyenda del Minotauro cretense, que exigía de los atenienses la entrega de siete vírgenes y otros tantos efebos cada año, supuestamente para servir de alimento al monstruo que tenían encerrado en el laberinto. En España tenemos la historia legendaria del tributo de las Cien Doncellas, según la cual Mauregato, un bastardo que se sentaba en el trono leonés, acordó la entrega anual a los musulmanes de cincuenta damas nobles y otras tantas del estado llano. No existen datos históricos reales sobre este asunto, pero es verosímil que se produjera algo parecido. En todo caso sirvió para justificar la batalla de Clavijo, en la que el propio Santiago Matamoros intervino decisivamente del lado de los cristianos para liberarlos de tan vergonzante como pecaminoso tributo.

Otro capítulo, y no menor, del martirologio femenino asociado a la violencia es el que se refiere a los pueblos invadidos por una civilización muy superior en el aspecto militar. Por ejemplo, es el caso del contacto entre las nativas africanas y americanas y los europeos, tantos miles de esclavas obligadas a trabajar de sol a sol y a cumplir por la noche las exigencias y caprichos sexuales de sus amos. La historia jamás contada de estas horribles relaciones llevó a ciertos autores del XVIII y del XIX a explicar la diferencia en el porcentaje de mestizos entre el Sur y el Norte de América de una forma brutal: mientras que en el Sur se violaba a la mujer una y otra vez, en el Norte, o bien se la despreciaba como inferior, o bien se la degollaba después de violarla por repugnancia a engendrar hijos mestizos.

El terrible siglo XX. Pero ninguna de las épocas anteriores superó las atrocidades que se cometieron durante el siglo pasado. Las dos guerras mundiales demostraron hasta qué punto puede llegar la bestialidad humana. Eso ocurrió en todos los bandos, pero hay que reconocer que en algunos se hizo más concienzudamente que en otros.

En el campo de exterminio de Auschwitz-Birkenau, por ejemplo, fueron esterilizadas metódicamente todas las mujeres gitanas de entre doce y cuarenta y cinco años. Se las llevaba al quirófano y allí se las operaba sin anestesia. Luego, eran amontonadas unas sobre otras en carretas y devueltas a sus respectivos bloques. A las que llegaban embarazadas, se las inoculaba el bacilo del tifus y luego se las operaba en distintos meses para observar los efectos progresivos de la infección sobre el feto. Uno de los más siniestros individuos que siempre recordará la historia, el diabólico doctor Josef Mengele, conocido como el Ángel Blanco por su conspicua cabellera canosa, era el director de estos monstruosos experimentos *científicos*.

Los soldados del Tercer Reich que invadieron la Unión Soviética en 1941 lo hicieron imbuidos de la idea de que los rusos no eran seres humanos completos, sino individuos inferiores cuyas vidas no valían nada a los ojos de Alemania. Puede entenderse así cómo fue su avance hacia las estepas. Pueblos enteros desaparecieron del mapa y, desde luego, las primeras en padecer la violencia ciega de las tropas invasoras fueron las mujeres rusas.

Pero también lo fueron las mujeres alemanas cuando cambiaron las tornas y los soviéticos hicieron retroceder a la Wehrmacht hasta las viejas fronteras del Reich. El Ejército Rojo entró en Alemania enardecido por este lema de Stalin: *cuanto posee la bestia fascista es tuyo*. Los soldados, en su recon- ▶

VÍDEO

bit.ly/xZDNvJ

Aquí puede verse un documental sobre la masacre de Nemmersdorf, cometida por soldados soviéticos en la Alemania nazi.



Víctimas colaterales del sexo


El horror continúa: sudanesa violada por los yanyauid (paramilitares).

La Segunda Guerra Mundial produjo al menos 60 millones de muertos, y se calcula que el número de violaciones fue el doble o el triple de esa cifra. A partir de estos datos, cualquier estimación acerca de las consecuencias de esos abusos produce vértigo. Estamos hablando de una época que no conocía los anticonceptivos, y de unos asaltantes sexuales que no se andaban con remilgos. Así que el número de embarazos por las violaciones debió de superar los veinte millones. Teniendo en cuenta que la mayor parte de las mujeres no deseaba dar a luz el fruto de aquel horror, y que las condiciones sanitarias en las que se vivía eran precarias, un cálculo modesto cifra en dos millones el número de mujeres muertas a consecuencia de abortos caseros mal ejecutados y de las infecciones subsiguientes. Tomadas de la mano y en dos filas, estas víctimas colaterales del furor sexual de la soldadesca podrían formar un corredor desde Berlín a Moscú. Un colosal pasillo de la vergüenza.



MESTIZAJE

Este cuadro de Miguel Cabrera (*De castellano y mestiza: castiza*, México, 1763) ilustra la diferencia de Sudamérica con el Norte: aquí la violencia sexual dejó descendencia.



Siervas para todo. Muchas esclavas africanas en Estados Unidos (aquí, plantación en Carolina del Sur) servían de noche sexualmente a sus amos.

En conflictos recientes, como la guerra de los Balcanes o la de Somalia, la violación ha sido otra vez un arma masiva

▶ quista del territorio patrio, habían sido testigos tanto de las atrocidades nazis de la invasión como de las de la retirada, así que las primeras poblaciones germanas que alcanzaron las tropas rojas padecieron en venganza unas carnicerías descomunales. El caso de Nemmersdorf se convirtió en el paradigma. Mataron a todos sus habitantes, incluidos los niños, pero a las mujeres previamente las violaron y las mutilaron. Fue un acto de propaganda que los noticiarios nazis mostraron con detalle tratando de estimular la resistencia del pueblo alemán, aunque lo que consiguieron fue convertir en pánico la prevención popular ante los invasores soviéticos.

El asedio y la toma de Berlín en la primavera de 1945 marcó un hito en la historia de la violencia sexual. Las mujeres berlinesas se temían lo peor, pero fue todavía más atroz de lo que esperaban. Se dice que una tercera parte de ellas intentó suicidarse, y que cerca de una cuarta parte lo consiguió. Aquello fue el clímax de unos meses previos de aterradores bombardeos norteamericanos, de forma que por entonces corría un cínico refrán: a pesar de todo, era preferible tener a un ruso encima del vientre que a un yanqui encima de la cabeza.

Símbolo del horror. La partisana Zoya Kosmodemianskaya (en la foto, su estatua), de 18 años, fue torturada, violada y ejecutada por los nazis.

El imperio atroz. Por su parte, los minuciosos planificadores del ejército japonés, previendo las necesidades sexuales de sus tropas, establecieron en los vastos territorios conquistados una red de burdeles que precisó del concurso de 150.000 esclavas sexuales, de las que se apoderaron por la fuerza en Corea, China, Indonesia y Filipinas. Para comprender el trato que recibían estas mujeres basta con decir que los prisioneros de guerra japoneses morían cinco veces antes que los prisioneros de guerra nazis.

El imperio del Sol Naciente destacó por su extremada brutalidad en la guerra. Recordando la invasión de la provincia de Nanking en 1937, el soldado Shiro Azuma ofrecía este testimonio, del que cabe resaltar la última frase: "... cuando nos las estábamos follando nos parecían humanas, pero luego, después de matarlas, sólo nos parecían cerdas. Al entrar en un pueblo requisábamos la comida y violábamos a todas las mujeres y niñas. Después los matábamos a todos, incluso a los críos, para que no escapasen y avisaran a los chinos. *Si no lo hubiéramos hecho, no habríamos podido dormir tranquilos*".

Uno de los prisioneros norteamericanos supervivientes de la terrible Marcha de la Muerte de Bataan recordaba haber visto cómo un sargento nipón borracho le amarraba los muslos con alambre, por diversión, a una filipina que se había puesto de parto, y cómo, para acallar sus espantosos gritos de dolor, terminó abriéndola en canal con la bayoneta. Por lo visto, los japoneses amaban la bayoneta. Hay testigos de que, al entrar en una aldea filipina, los soldados nipones practicaron un juego consistente en lanzar al aire a los bebés que encontraban para ver quién de ellos los ensartaba con más habilidad.

Brutalidad en ambos bandos. Se dirá que todas esas atrocidades se purgaron en la bola de fuego de Hiroshima, pero lo que no se conoce es que apenas tres meses después de la explosión desembarcaron en el puerto de aquella ciudad en ruinas las tropas de ocupación aliadas. En el recuerdo de los supervivientes, los australianos se llevaron la palma de la brutalidad sexual. Secuestraban a las chicas que les parecía y las violaban en grupo. Sus gritos se escuchaban en toda la ciudad, o en lo que había quedado de ella después de





Siempre pagan los más débiles. Entre las consecuencias más trágicas de la violencia sexual y bélica del siglo XX, destacan la limpieza étnica en la antigua Yugoslavia (1, bebés nacidos de las violaciones masivas), los niños soldados de Somalia (2) o la prostitución esclava en Vietnam (3, Saigón en 1971) y en otros muchos conflictos.

la bomba. Una enfermera fue violada por veinte soldados. Finalmente, se organizó una red de burdeles con el nombre de Sociedad de Diversión y Recreo, para la que fueron reclutadas a la fuerza centenares de esclavas.

Las urgencias sexuales de los combatientes aislados se han resuelto a menudo entre ellos mismos, como sucede en las cárceles. A lo largo de la historia, millones de soldados jóvenes se han visto en algún momento asaltados por sus propios compañeros, a pesar de las penas que siempre llevaron acarreados estos actos en la milicia. Modernamente, los ataques sexuales se han enmascarado vilmente como novatadas. También los prisioneros de guerra se han visto sometidos a violaciones, muchas veces múltiples, con la excusa de obtener información militar. Y los casos de abusos a menores por parte de tropas estacionadas en ciudades ocupadas llenarían bibliotecas enteras.

Limpieza étnica. Con el tiempo, las cosas no mejoran. La última guerra europea, la de los Balcanes, estuvo a la altura de las más bestiales. Lo recuerdan muy bien los supervivientes de las atrocidades cometidas en Bosnia, sobre todo las mujeres, quienes las sufrieron en primera fila como objetivos directos de la limpieza étnica. El propósito de los racistas era reintegrar a Bosnia la sangre serbia original que los musulmanes habían desvirtuado, así que los varones debían morir y las mujeres quedarse preñadas de pequeños serbios. Conclusión: los soldados tan sólo veían a las mujeres bosnias como animales paridores.



Parece ser que durante la guerra de Vietnam, en la que el sexo flotaba por todas partes, los servicios de inteligencia de Ho Chi Min trataron de convertirlo en una eficaz arma de guerra. Se dijo que centenares de jóvenes *vietcong* de ambos sexos se habían presentado voluntarios para que se les inocularan gérmenes de enfermedades venéreas con el propósito de transmitirlas a los soldados americanos, de modo que una sola chica era capaz de dejar fuera de combate a 40 soldados. Nunca se supo a ciencia cierta cuánto de verdad y cuánto de propaganda a favor del uso del preservativo había en esto. Pero lo cierto es que las gonorreas agudas fueron una de las causas de baja más frecuentes entre aquellas tropas, y que fue en Vietnam donde aparecieron las primeras cepas venéreas capaces de resistir a los antibióticos. ▪

Un testigo impotente

A los 27 años, Alexandr Solzhenitsyn, el escritor y disidente ruso que recibiría el Premio Nobel de Literatura en 1970, era un oficial del Ejército Rojo en la vanguardia de la invasión soviética de Alemania. Aunque intentó evitar los desmanes de sus hombres, pronto comprendió que era inútil, pues se sabían autorizados por Stalin para hacer cuanto quisieran. Con aquellos penosos recuerdos, redactó su poema *Noches prusianas*, del que aportamos un breve y estremecedor fragmento: "*Las paredes acallan el gemido / de la madre herida, que aún respira. / Su hijita yace en el colchón, muerta. / ¿Cuántos se le han echado encima? / ¿Un pelotón? ¿Una compañía? / La niña se convirtió en mujer / y la mujer, en cadáver. / Sólo se escuchan frases simples: / ¡Ni olvido ni perdón! / ¡Quien a hierro mata, a hierro muere! / ¡Ojo por ojo y diente por diente! / Y la madre suplica al soldado que la mate.*"



Alexander Solzhenitsin (1918-2008) en una imagen tomada en 1994.

FECHAS

diciembre 1941
El ejército alemán llega a las puertas de Moscú y propaga la noticia de la salvaje tortura y muerte de una joven partisana.

abril 1945
Se inicia el asedio y toma de Berlín por las tropas rusas, un hito en la historia de la violencia sexual como arma de guerra.

La guerra, uno de los temas más tratados por el cine, tiene como protagonistas a aquellos que han llenado con sus hazañas bélicas las páginas de la historia. En el retrato cinematográfico de estos guerreros influye la época en que se rodó, los vientos políticos o la ideología dominante en cada sociedad.



Lean descubrió en esta película a actores como Peter O'Toole y Omar Sharif.

Lawrence de Arabia
David Lean, 1962

Nada como la pantalla de un cine para disfrutar de esta cinta épica. David Lean firmó un buen puñado de obras maestras, pero en ninguna llevó tan lejos su talento, su comprensión del lenguaje cinematográfico a la hora de sacarle todo el jugo al formato panorámico, a los colores, al desierto, al paisaje. Dejando aparte sus errores y omisiones de la verdad histórica sobre T. E. Lawrence, quedan una sucesión de escenas brillantes que conforman un todo de casi cuatro horas donde resulta imposible apartar la vista de la pantalla.

McArthur, el general rebelde
Joseph Sargent, 1977



No ha pasado a la historia del cine esta cinta sobre otro de los generales míticos de la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, los productores no escatimaron en gastos para conseguir la mayor fidelidad histórica posible y Gregory Peck se entregó a su interpretación de MacArthur, que pasó inadvertida para la Academia.

Juana de Arco
Luc Besson, 1999

Lo curioso de las distintas aproximaciones a la Doncella de Orleans es que ninguna se parece a la otra. Está la clásica de Victor Fleming (1948), con Ingrid Bergman, y las obras maestras de Carl Dreyer (1927) y Robert Bresson (1962). Esta se entrega con mucha más espectacularidad a las batallas y a la acción.





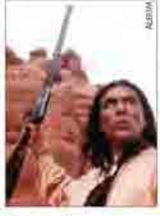
Napoleón,
Sacha Guitry, 1954

A la hora de repasar la vida del Gran Corso podemos optar por la genial cinta muda de Abel Gance (1927) o por esta polémica versión del excesivo y controvertido Sacha Guitry, con el mismo gusto por la megalomanía que su protagonista. Este film, que pasa de las tres horas de metraje, ha organizado su propio Waterloo de enemigos y defensores.

El Barón Rojo,
Nikolai Müllerschön, 2008

Una de esas películas que hacen desear que el cine europeo gozara de mayor distribución, ya que es la mejor aproximación al legendario Manfred von Richthofen, *El Barón Rojo*, as del combate aéreo de la I Guerra Mundial. Tan interesante que merece la pena buscarla en DVD.





Gerónimo, una leyenda
Walter Hill, 1993

Rodada por un director que se quedó en promesa, esta crónica sobre las últimas incursiones del legendario caudillo apache se filmó con el encanto y la fuerza de los *westerns* de toda la vida, pero con un personaje protagonista al que el Hollywood clásico nunca hubiera otorgado el papel principal.

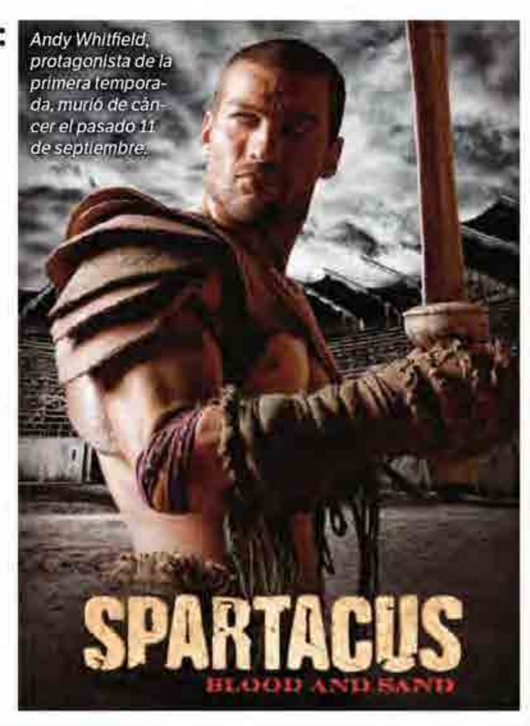
Escipión el Africano
Carmine Gallone, 1937

Superproducción de la época financiada con todo el respaldo económico y político de Mussolini, la cinta utiliza la figura de Escipión como el mejor ejemplo para transmitir los mensajes de la Italia fascista. Eso sí, con abundancia de medios y mucho sentido del espectáculo.



Espartaco: sangre y arena
TV, 2010

Cuando se habla del líder de la rebelión de los gladiadores, se piensa (y con razón) en la película de Kubrick, pero esta adaptación televisiva cuenta (también con razón) con su propia legión de seguidores. Hereda de otra serie, Roma, la afición por el realismo sucio, y basa buena parte de su atractivo en la representación descarnada del sexo y la violencia. Pero debajo de todo ello hay calidad, y por eso vale la pena verla.



Andy Whitfield, protagonista de la primera temporada, murió de cáncer el pasado 11 de septiembre.

COORDINACIÓN: VICENTE FERNÁNDEZ DE BOBADILLA

Genghis Khan,
Henry Levin, 1965

La vida del conquistador mongol daba para mucho más. Esta cinta, nacida con aires de superproducción, se quedó a medio camino. El protagonismo de Omar Sharif y Stephen Boyd no hizo olvidar la falta de nervio en la dirección de Henry Levin. Tiene, eso sí, la curiosidad de disfrazar de orientales a muchos actores ingleses y norteamericanos.





Agustina de Aragón,
Juan de Orduña, 1950

Toda la fuerza del cine nacional de la España de los 50, representado por la actriz Aurora Bautista y el realizador Juan de Orduña. El tratamiento histórico de la heroína de Zaragoza no se desvía de las normas de glorificación del honor patrio y del sacrificio, en aras de una españolidad amenazada por los pérfidos franceses.

Patton,
Franklin J. Schaffner, 1970

La escena inicial de esta película, con el discurso de George C. Scott ante una monumental bandera estadounidense, es de las que no se olvidan. El resto continúa con la misma fuerza que su incontrolable protagonista. Se admira el guión de Francis Ford Coppola, pero se tiende a olvidar a un realizador lleno de talento como Franklin J. Schaffner.





El actor Nikolai Cherkasov encarnó la figura del zar ruso Iván el Terrible.

Iván el Terrible
Sergei Eisenstein, 1944 y 1958

Como tantas otras películas nacidas en regímenes totalitarios, esta cinta iba a ser una glorificación del dictador de turno, en este caso Stalin, que la encargó. Pero el monumental talento de uno de los directores clave de la historia del cine la elevó por encima de cultos y delirios de grandeza, quedando sólo uno de los mayores frescos jamás filmados sobre la guerra y el poder. La segunda parte, *La conjura de los boyardos*, se rodó en 1958, y hubo planes para realizar una tercera y última que jamás llegó a hacerse.

Vanessa Redgrave, Trevor Howard, David Hemmings..., grandes actores para una magnífica película.

La última carga
Tony Richardson, 1968

Muy alejada de la fantasiosa versión con Errol Flynn, la mirada del inglés Tony Richardson a la famosa Carga de la Brigada Ligera de la guerra de Crimea presenta sin tapujos la concatenación de errores e incompetencia que llevaron a una de las masacres más absurdas de la historia militar. El ejército aparece como un organismo sin misericordia, que elimina la humanidad de sus integrantes. El trabajo de sus magníficos actores está a la altura de la crudeza en las escenas de batalla.

Operación Cicerón,
Joseph Mankiewicz, 1952

Director, guionista y protagonista (James Mason) hacen avanzar esta cinta como un reloj. Atrapan al espectador en una trama con el desembarco de Normandía como telón de fondo, donde quedan al descubierto los peores aspectos de la vida de un espía.

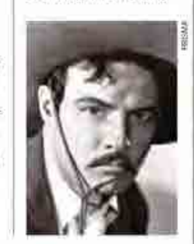


Roma, ciudad abierta
Roberto Rosellini, 1945

Los efectos de la guerra se han tratado en otras cintas, pero pocas veces se ha plasmado con tanta desnudez la desolación de una ciudad tomada. Ruinas y escombros forman parte del reparto, en el que destaca una impresionante, inolvidable Anna Magnani.

¡Viva Zapata!
Elia Kazan, 1952

Aunque algo envejecida y con bastantes tópicos, esta visión del revolucionario Emiliano Zapata tiene aún mucho que ofrecer y mantiene la fuerza de la conjunción Kazan / Brando, con John Steinbeck en el guión y un enorme Anthony Quinn interpretando al hermano del líder mexicano.



Efemérides

Durante estos meses recordaremos en nuestra web (www.muyinteresante.es/historia) algunos hitos:

05/mayo
1862
Hace 150 años que los mexicanos vencieron a los franceses en la Batalla de Puebla.



28/junio
1712
Celebramos el tricentenario del nacimiento del escritor, filósofo y músico suizo Jean-Jacques Rousseau.

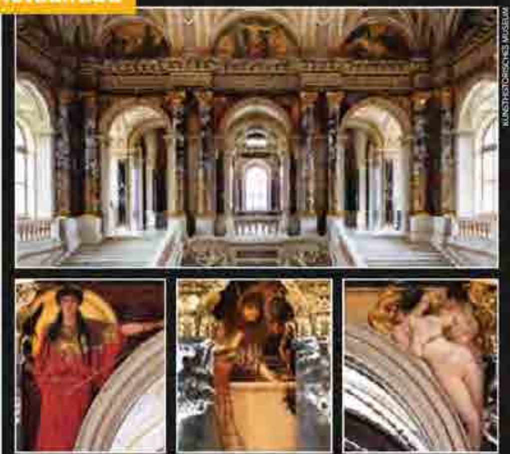


04/junio
1942
En esta fecha dio comienzo la Batalla de Midway, que enfrentó al ejército americano con la fuerza aeronaval japonesa.



COORDINACIÓN: TERESA PACHECO

Actualidad


KUNSTHISTORISCHES MUSEUM

Pinturas de Gustav Klimt en la escalinata principal del museo vienés de Historia del Arte (Kunsthistorisches Museum).

ANIVERSARIO
La Viena de Klimt

La capital austriaca se viste de gala (¡más todavía!) para celebrar por todo lo alto el 150 aniversario del nacimiento del pintor Gustav Klimt (1862–1918), precursor del arte moderno y miembro fundador del movimiento *Secesión*, que abarca todas las facetas artísticas. Durante todo este año conmemorativo, el Burgtheater, el Kunsthistorisches, el Belvedere, el Leopold, el Albertina, el edificio de la Secesión, el Museo de Artes Aplicadas..., las grandes pinacotecas de la ciudad de Viena, punto creativo del cambio de siglo y quinta capital mundial en esa época, se ponen al servicio (con numerosos actos y exposiciones) del autor de *El Beso*, del que desvelan hasta su lado más íntimo.


PHOTOGRAPHY SASHA / VIA IMAGES

El ballet Apolo Musageta, 1928.

EXPOSICIÓN
Cuando el arte baila con la música

CaixaForum Madrid nos invita (hasta el 3 de junio) a visitar la exposición *Los Ballets rusos de Serguéi Diáguilev 1909-1929*, en la que podremos disfrutar de un fascinante recorrido por los veinte años de historia de la compañía y conocer a fondo la figura de su impulsor, el empresario Serguéi Diáguilev, un personaje clave para entender la evolución de la danza, el arte y la música del siglo XX.

Lectores interactivos

¡Hazte nuestro fan en facebook!



Fanáticos de la historia

¿Todavía no te has unido a la comunidad de MUY HISTORIA en Facebook? Ya contamos con más de 4.500 fans que siguen a diario todas las novedades y curiosidades publicadas. En nuestro muro podrás leer las últimas noticias de historia y comentarlas. ¡Agréganos!

La historia a debate

¿Crees que los soldados de hoy se alistan en el ejército movidos por su amor a la patria y vocación?


CORBIS

Reclutamiento de soldados en la I Guerra Mundial.

Sí, es una profesión con muchos riesgos que requiere hombres comprometidos.

No, lo hacen para tener un trabajo fijo y bien remunerado.

Resultados del número anterior:
¿Crees que el amor influye actualmente en la política?

SÍ,	30,8 %
NO,	69,2 %

Vuestras opiniones:
"Lo que influye realmente es la falta de amor. Si los dirigentes mundiales tuvieran plenamente satisfechas sus necesidades de amor (en el más amplio sentido de la palabra), no estarían tan necesitados de mandar en los demás y sentirse poderosos." (Vaiounonvai)
"Aún pueden existir políticos que velen por los intereses de los demás, pero en su mayoría toman la decisión pensando en su cartera" (Juan Martínez)



Síguenos en @muyinteresante
Cada día, las últimas noticias sobre descubrimientos arqueológicos, aniversarios históricos, recomendaciones de exposiciones, cursos y conferencias, reseñas de libros de historia... Hemos superado con creces los 1.400.000 followers en **@muyinteresante.** ¡Anímate a seguirnos y no olvides retuitearnos!

